TRADICIONES CUZQUEÑAS

- Y -

Hojas Sueltas

Clorinda Matto de Turner

(NUEVA EDICIÓN)

TOMO SEGUNDO

1917

LIB. IMP. H. G. ROZAS

TRADICIONES CUZQUEÑAS

Un doble y un repique

De cómo las campanas del Cuzco tomaron parte en la guerra de la Independencia Americana.

I.

Mi ilustrado maestro e inventor de las TRADICIONES, Palma, acaba de narrar cómo el campanero de Vitigudino, se quedó a *tres dobles y un repique* dejando el refrán a trueque de su salario menguado, merced a las alimañas del Cura, pues que "el pobrete no sabía que quien hizo la ley hizo la trampa".

La lectura de ese documento que honra la historia de la lengua refranera, tráenos el recuerdo del campanero patriota de los tiempos del coloniage que, con un doble y un repique, hizo rasgarse la cabeza a todo un Virrey La-Serna y tornar de colorado a amarillo al mismito Corregidor, cuando, mohino y cariacontecido, apenas, si, tomaba un primer sorbo de chocolate después de noche perra y mal dormida.

II.

Es la tradición que, cuando empeñada la guerra de la independencia, nacida en el alto Perú (Bolivia) en la que los patriotas pugnaban por rescatar la preciada li-

bertad que, malhaya si nos ha aprovechado; y los *godos* se retorcían por no soltar la presa, las cosas no se iban en zaga, de tal calidad que venían repitiéndose combates en distintas direcciones donde los bravos, al grito de *patria y libertad*, entregaban el ánima a Dios, rifando cara su existencia.

El general Canterac, al mando del grueso del ejército realista, compuesto de nueve mil veteranos entre los que se contaban dos mil ginetes, guapos y mocetones, marchó a hacer morder el polvo a cuatro mil *emperegilados* ordenados por Bolívar, en consorcio de La-Mar, Sucre, Lara, Córdova, Necochea, Carbajal y el *gringo* Miller.

Cada recibo de noticias que comunicaban los triunfos parciales obtenidos por los realistas en diversos puntos donde se levantaba la llama de la guerra magna, era motivo de algazara. repiques de campanas y comentarios de interesados y de los desocupados en la ciudad del Cuzco donde residían muchas familias españolas. Pero, es el caso que el campanero de la iglesia Matriz (El Triunfo) a cuya señal se regían todas las campanas de la población, tenía entripados de patriotero y cada vez que se le mandaba sacudir el bronce para celebrar a los godos, hacíalo de mal grado rumiando en sus adentros el modo cómo vengarse de aquellos repiques que mal sonaban en su corazón de peruano, y así, se dió a seguir la pista a la marcha de la política.

La guerra surgió: los espíritus se encontraban abstraidos y todos aguardaban el éxito de las armas de Canterac, cuando una noche llegó el funesto *chasqui* de a caballo que, recibido con misterios en la casa de Cabildo, comunicó la seriedad a los semblantes del Virrey La-Serna y el general Cacho, acelerando la organización de las fuerzas que se disciplinaban en el corregimiento.

El campanero patriota, que listo se andaba, se fué donde sus compadres y después instalóse en su campanario. Al rayar la aurora del 9 de Agosto, sus campanas y las de las parroquias circunvecinas rompieron en doble general preocupando hondamente a La-Serna, y causando efecto explosivo en el vecindario.

El Virrey, que pestañada no había pegado durante la noche, concertando planes militares, rasgóse la cabeza y mandó en el acto traer al campanero de la Matriz, quien compareció ante su excelencia, humilde y besamanero,

agazapándose como los adulones que no dejan sentarse moscas ni sobre el sillón de los mandatarios.

—¿Porqué causa has doblado, zopenco, dando mal despertar a la ciudad e inquietando el ánimo de sus moradores? increpóle el Virrey.

—Vuesa Mercé me excuse, que malas lenguas me dijeron que las armas realistas habían sufrido, e como en los triunfos solido hé repicar, yó que *duélome* de todo lo que atañe a Su Real Majestad, que Dios Nuestro Señor guarde, deber he creido doblar.

—Verdad,—dijo, arrugando el entrecejo y con acento seco el Virrey y juzgando por inocentada lo que en el campanero fué meditado.—Vété mozarrón y cuida, que caerán sobre tus espaldas veinte ramalazos, si vuelves a doblar.

Salióse como una pascua el pazguato, quien, al toparse con un su compadre, le refirió el caso añadiendo por lo bajito *quien las sabe las tañe*, y media hora después, para nadie era secreto el triunfo de Bolívar, en Junín, el 6 de Agosto, ni los pormenores de la costosa retirada de Canterac.

El doble de las campanas del Cuzco causó profunda sensación en los ánimos, y los agoreros lo tuvieron por terrible presagio.

III.

El Virrey La-Serna, dizque salió del Cuzco con los nueve mil trescientos veinte hombres que reunió, resuelto a sonarle las costillas al General Antonio José de Sucre; que mandaba el ejército patriota, y dizque en el consejo de guerra que tuvo con los Brigadieres Monet y Ferraz y los Generales Villalobos, Valdez y Cacho; cada cual ofreció arrancarle una muela a don Antonio José, dispersando a los *descamisados*, como llamaron a los patriotas, sin duda por honesto vestir.

La presencia del desfile de las divisiones realistas fué de retemplanza para los espíritus abatidos por la victoria de Junín y de congoja para los adversarios que, midiendo los aprestos de guerra que llevaba La-Serna y el diminuto ejército de Sucre, debían temer una barrabasada peor que las que presenciamos los de la República en vigencia, en que la ley se archiva y se saca a lucir la arbitrariedad.

No escaseaban los partes minuciosos que recibía el Corregidor.

Súpose que en la tarde del 2 de Diciembre, se avistaron los dos ejércitos en las pampas de Matará. Después .....el silencio preparó los ánimos para la gran nueva.

La aurora del día 11 de Diciembre fué saludada con un repique tan significativo, que no tardó en hacerse geral en los campanarios de la ciudad que trinaban a competencia, haciendo temblar a los patriotas que no calculaban que la noticia era gorda para ellos.

Amostazado el Corregidor, y tornando de colorado a amarillo mandó *corchetes* a todos los campanarios e hizo llevar preso al campanero de la Matriz, que, interrogado por Su Señoría, contestó muy suelto de huesos y como quien traspira alegría.

—Usarsé: ¿cómo hemos de entendernos? El otro día toqué doble por la derrota de Su Señoría Canterac y se me mostraron veinte ramalazos en perspectiva: ahora he repicado porque dizque esos *malcomidos* de los patrioteros han frito a los *chapetones*.

—Verdad,—dijo para sus adentros el Corregidor, pués bien instruido estaba de que en la tarde del 9 de Diciembre, fué derrotado y hecho prisionero el Virrey La-Serna con el General Canterac y sus demás infortunados compañeros de armas.

Pero, aquel Corregidor tenía la prudencia del buen gobernante.

Comprendió que los momentos no eran propicios para castigar a un campanero patriota que, en el desempeño de su oficio, hizo que el bronce cuzqueño tomase parte en la guerra de la independencia americana, y contentóse con despedirlo ordenándole por toda carda que se estuviesen quedito sus campanas.

Que si en aquellos tiempos hubiesen vivido y gobernado un mi paisano y un paisano de los arequipeños, de seguro que mandan a *Taquili* al campanero y envían pergamino a Su Señoría Ilustrísima pidiendo que hiciese asegurar los badajos bullangueros que causaron tanto alboroto con *un doble y un repique*.

Divertido mundo éste donde hay tiempos de tiempos.

Las tres hermanas

I.

Rosa, Luz y Clavelina eran tres hermanas: la bendición del matrimonio de don Bartolomé Valenzuela de Peralta, hombre cuya honorabilidad tocó en adagio y por cuyas puertas cruzaba con frecuencia el ángel de la caridad sin los oropeles de filantropía que se estilan en nuestro siglo. Don Bartolomé tenía además bien arraigadas ciertas preocupaciones de edad y de educación que en familia rumiaba llevando a gran estima el texto refranesco; y tanto, que en recaudo tuvo buena provisión de refranes, considerándolos, como dijo mi maestro, evangelios chiquitos. Cuando, electo alcalde ordinario de la ciudad del Cuzco, ejercía oficio, toda vez que se trataba de castigos ejemplarizadores, repetía: *salga pez o salga rana, a la capacha,* y los alguaciles de servicio se llevaban a chirona a todo bicho con trazas de trastornador de la paz, llegando ocasión en que se reuniesen más de cien *chinches* de los que esquilman el hogar ageno.

Cuando los disturbios habidos entre el canónigo don Juan de Esquivel y Alvarado, y un mulato Ripalde, opúsose tenazmente a pedir favor en pro de Alvarado, arguyendo que reza el refrán que *rogar a ruines no alcanza fines; y el ruin cuanto más le ruegan más se ensancha,* verdades que le salieron de tomo y lomo, dejándole así enseñanza para agregar: *lo que rostro habla labio calla, y más vale rostro bermejo que corazón negro.*

Tal era, en suma, el fondo moral del padre de Rosa, Luz y Clavelina, que, llegadas a la edad de las ilusiones con sus horas nacaradas y sus días de celages purpurinos, edad del amor en la cual los enamorados tienen el corazón en cuerpo ageno, iban a ser víctimas de una grande sentencia de esos evangelios en miniatura.

Aquellas flores angelicales no crecían aisladas: existían tres corazones cuyo cariño les pertenecía en espiritual correspondencia; corazones de antigua nobleza. Pero, don Bartolomé, encerrado en *quien las sabe las tañe,* prestó atención a la ronda del barrio hecha por los tres tulipanes frescos y lozanos, y atando una que otra palabra

de sus contertulios al comenzar la báciga o él solo, cuando llegó la hora de la cena, después del primer sorbo de chocolate, se mordió el labio inferior diciendo: *el pez que busca el anzuelo busca su duelo*; y llamando a sus tres hijas, huérfanas de madre, les dió parte de que como *a boca cerrada no entra mosca*, había resuelto consagrarlas al Señor a todas tres, bajo el hábito de las carmelitas descalzas de Santa Teresa.

Ninguna gracia debió tener la noticia para las tres hermanas, pues que no llevaba olor de cazoleta. Y mientras ellas se resignan entre cuita y cuita, echaremos parrafito histórico de ordenanza.

II.

Doña Leonor Gallinato, viuda de don Diego López de Zúñiga, pretendió hacer la fundación de Santa Teresa, y al efecto, Felipe IV pidió informe al cabildo del Cuzco sobre la utilidad de esta fundación, en cédula real expedida en Zaragoza el 7 de Agosto de 1646, pero no llegó a efectuarse, por razones que no sabemos sacar a canto, y la llevó a realidad el capitán don Antonio de Cea, caballero del hábito de Santiago, donando cien mil pesos de a ocho para la fundación y sustento de las religiosas. El 9 de Marzo de 1673, se puso la piedra fundamental en el lugar que fué casa de un ilustre caballero llamado don Diego de Vargas, junto a las márgenes del Río Huatanay; piedra en la que se grabaron los nombres del Papa Clemente X y de S. R M. Carlos II, haciendo constar que era tiempo de vacantes por la muerte del Virrey don Pedro de Castro, Conde de Lemus y del Arzobispo de Lima don Pedro de Villagómez y ausencia tanto del Corregidor don Alonso Pérez de Guzmán, como del Obispo don Manuel de Mollinedo y Angulo que estaba en viaje de España.

En 22 de Octubre de 1673 se hizo, por fin, la solemne clausura del monasterio, con tres religiosas profesas y tres novicias que vinieron de Chuquisaca a hacer la fundación del Convento, que en la actualidad es uno de los más austeros, por su observancia religiosa, llevando fuertes sumas dotales y acumulándose una fortuna tan respetable como saneada, pues las mejores fincas del corregimiento y alhajas más preciadas les pertenecían.

III.

Fecha 5 de Abril marcaba el calendario, cuando las *chinas* del Monasterio y muchas sirvientas de nobles familias cruzaban las calles de la imperial ciudad con grandes azafates de mixtura, enormes ramos de margaritas y abundante provisión de dulces en pasta, tomando camino de las Carmelitas por la antigua pontezuela que, sobre el Río *Huatanay*, se desliza hacia la plazoleta de Santa Teresa.

El campanario se agitaba entusiasta, y algo nōtable ocurría en el templo, repleto de un gentío escogido; repitiéndose esto igualmente en los días 6 y 7 de Abril.

Rosa, Luz y Clavelina tomaron consecutivamente el velo de las novicias, y con la última guedeja de ébano, arrebatada por las tijeras a la espléndida cabeza de Clavelina, cayeron por tierra, cual hojas desparramadas por el aire, las ilusiones de tres corazones enlazados con la flor de las esperanzas!

Poco tiempo después la nostalgia del alma enfermó aquellas tres existencias, que mustias y calladas se deslizaban por los misterios del claustro.

IV.

Sor Teresa, María y Espíritu Santo, ligadas por idéntico sentimiento, hallaban consuelo burlando alguna vez la vigilancia de la maestra de novicias para ir a la torre, y contemplando desde su altura la dormida ciudad en hermosa noche de luna, desplegaban las alas de su pensamiento. Una noche en que idéntica escena se repetía, acaso por la centésima vez, se dejó oir un concierto inimitable, formado de ayes que da el alma desconsolada, como el preludio de un adiós a la eternidad.

Aquello era desgarrador y sublime a la vez.

Corazón de roca que existiese, hubiérase deshecho en gotas de llanto, como vertieron las tres hermanas de la tradición.

Mas ¡ay! cayeron sólo dos lágrimas distintamente. La una fué gota de agua que resbala chisporroteante sobre metal encandecido; la otra diamante cristalino que se desprende de las nevadas cimas de los volcanes, enti-

biada por el oculto fuego de la montaña.

La una llevaba recuerdos a la tierra: la otra subió al cielo como la prenda del perdón!.....

Detúvose la música, como para principiar el canto con mayor sentimentalismo. Calló la materia, y habló el alma el lenguaje de la desesperación, interpretado en el verso del *yaraví*, como el quejido del que, soñando con flores, toma manojo de espinas!

Las cuerdas del campanario se agitaron como movidas por una sola mano!.....

Un segundo más, y.....tres cuerpos vinieron rodando hacia el suelo, donde cayeron yertos y destrozados, atraidos por el concierto misterioso formado por la música de una *quena* tocada en cántaro y acompañada por dos cañas sueltas. Los que arrancaron sus tristes notas, ayes del amante sin consuelo, fueron los tres jóvenes prometidos de las tres hermanas, de las que recogieron los cadáveres, dándose en seguida la muerte y legando su fortuna en oro a un indio *mitayo*, a quien ordenaron que sepultase en una fosa común los seis cuerpos helados por la mano traidora del infortunio.

V.

El indio *mitayo* cumplió, fiel, el postrer mandato de los desgraciados amantes y dióles sepultura en el borde de un camino, de donde, poco tiempo después, comenzó a verter agua dulce y cristalina; bautizándose el manantial con el nombre de Sipas Pucyo, como si dijéramos la fuente de la juventud, en recuerdo de las tres hermanas, cuya historia está poetizada por el indio errante, que la cuenta en el fácil verso del yaraví, interpretado por la triste caña, compañera inseparable de la dulzura y de la tristeza del amor.

Caer a hora.

Epoca del Virrey Príncipe de Esquilache.

I.

En 6 de Febrero de 1620 cayó lote de Corregimiento del Cuzco a don Nicolás de Mendoza Carbajal, quien, poco tiempo después, era conocido con el sobrenombre de el *devoto*; no porque frecuentase la casa de Dios, ni mojara a menudeo la diestra en el agua lustral de la parroquia, sino en mira de que inició la época de su gobierno con pomposa manda general para que la festividad del *Corpus Christi* se celebrase con mayores manifestaciones de la devoción del vecindario, y porque, personalmente, pidió limosna para la canonización de María de las Cabezas, mujer de San Isidro Labrador.

De aquella época data, pues, la magnificencia de la festividad del Corpus, que tanta nombradía dió al Cuzco y que devoto pincel ha legado a la posteridad en los cuadros que sirven de adorno al templo de Santa Ana.

Solamente el carro de plata en que se sacaba al Santísimo Sacramento, pesa 732 marcos que, según acta de Cabildo, se compraron a siete pesos cada uno. Se pagaron cuatrocientos pesos por clavos y cerragero, doscientos diez y nueve pesos por el cajón para guardarlo, y dos mil trescientos pesos al platero que machucó el metal dándole la elegante forma que tiene actualmente.

Apuntamos estos datos más como curiosidad histórica que como hilo de la tradición, a cuyo relato volvemos.

II.

Tenemos para nosotras que Mendoza Carbajal ha sido uno de los gobernantes mejor intencionados entre los muchos que tuvo la Metrópoli; hombre de quien nada *se dijo* en voz baja por calumnia ni por verdad. Y cuenta que el tal *se dice*, arma que esgrimen a placer los envidiosos de negra laya, es capaz de levantar montaña donde nunca

creció mata, no decimos de olivo, ni aun del humilde peregil.

Sin embargo, la recta y pacífica administración de Mendoza, no lo dejó fuera del alcance de disputas y pleitos caseros, entre los cuales le hizo morderse las uñas más de una vez el litigio presentado por los Alvarez, Pedraza y Montes, en asunto de interés general.

Es el caso que el Corregidor, prestando apoyo decidido a los Padres Jusuitas para la fundación del Colegio de San Francisco de Borja, que hicieron el referido año de 1620, cedióles unas tierras a las que alegaban tener derechos exagerados los coloniales, sin que faltase prójimo forense para presentar títulos en prueba de que aquellas tierras las recibieron por sucesión directa los Pedraza, de manos del mismo Dios, el día en que despidió a la pareja desobediente.

Tan ruidoso litigio marchó a Lima y mientras volvían papeles, Mendoza Carbajal se ocupó en dictar otras disposiciones, cediendo el hospital de indígenas a los "Hermanos de San Juan de Dios", donde establecieron el gran hospicio de insanos, hasta la época en que, extinguida la comunidad, marcharon a Urquillos los cuatro frailes, residuo de la hermandad, utilizándose para casa de moneda el local que hoy sirve al Colegio de Educandas.

III.

Como quien afianza el inocente título que le diera el pueblo al llamar devoto a Mendoza, mandó éste que se celebrase una *comedia sacra* en obsequio de Santo Tomás de Villanueva, a la que asistieron las corporaciones civiles y eclesiásticas, sin rezagar al Obispo doctor don Lorenzo Pérez Grado.

Preparábase, pues, el Corregidor para salir al coliseo, cuando arribaron los *chasquis* con los *cajones* de Potosí y de Lima.

El litigio abierto con Alvarez, Pedraza y Montes traía como hemos dicho *engringado* al Corregidor y no pudiendo resistir comején de curiosidad resolvió abrir antes los papeles del virreinato, y así, cabalgó sobre la nariz los cristales guarnecidos de oro, y dió lectura al pliego en que, el Virrey Príncipe de Esquilache resolvía demanda justa y favorable, no sólo aprobando la conducta de Men-

doza, sino ordenando que al Colegio de San Borja se recogiesen los hijos de los Caciques del Cuzco, Arequipa y Guamanga para enseñarles a leer y escribir; dotó la fundación con dinero de la Caja de Comunidad, mandando abonar a los litigantes el valor del solar, a arbitrio del Corregidor, y especificó el vestido que debían usar los hijos de caciques, consistiendo éste en camiseta y capa color verde, en la forma de los naturales, con una banda de seda roja terciada al hombro y las armas reales en un escudo de plata.

El Corregidor, colocando el pliego en la mesa y limpiando a manera de regocijo los lentes con la falda de su casaca, dijo:—Esto se llama CAER A HORA; buena fiesta tendremos;—saliendo a dar la nueva a los cabildantes que lo aguardaban para ir a ver la comedia sacra.

Pobre importuno, saca mendrugo.

I.

¡SACRILEGIO! ¡Sacrilegio!

Fueron las últimas palabras que pronunció un hombre, al desplomarse y caer tendido, cuán largo era, en la esquina que forma el portal denominado "de harina" en la ciudad del Cuzco.

Escudriñemos antecedentes.

II.

Nadie ignora los graves disturbios habidos en el Corregimiento de Puno, entre naturales y españoles, en los minerales de Laicacota, ni la procesión en que fué sacada su Majestad Divina para calma de unos y retractamiento de otros. A este respecto dice un cronista:

"*Este año (1668), pasó el Conde de Lemus a pacificar las guerras civiles, causadas de la riqueza de Puno, cuya principal mina perteneciente a Joseph Salcedo, fué el ori-*

gen de las facciones, que en aquel país se suscitaron entre los oriundos de esta tierra (que llaman criollos) y los europeos, con funesto estrago, hasta haberse dado campal batalla en Laicacota, de cuyo destrozo testifica el campo lleno aun hoy de huesos. Llegó el Virrey a Puno por el mes de Julio: quitó la vida a Salcedo por parecer siniestro al Assesor, aunque reconocida después por injusta la sentencia, se le restituyeron los honores que goza su descendencia. Cesó del todo el marcial furor a las severas providencias del Conde, si bien ya poco antes avían desmayado los ánimos con la súbita decadencia del metal y la imposibilidad de la labor que se atribuyó a mas que natural influjo castigando el cielo los graves insultos y desacatos a lo sagrado, quando al exponerse el Augustísimo Sacramento, por último medio de paz, a los católicos pechos corrieron las balas por entre la custodia". En aquella guerra civil de mineros no faltó tampoco títere bautizado que suelto de huesos se decía: *dar que van dando: buena va la danza y da el granizo en la albarda.*

Con todo, aquello no duró eternidad como las horas del que no ha almorzado y en cuya cocina la sartén no chilla.

Proclamada la paz en Puno, el Conde de Lemus, don Pedro Fernández de Castro, aplicó espuelas al macho en dirección al Cuzco, donde hizo su entrada el 24 de Octubre de 1668, siendo recibido por el Cabildo, Justicia y Regimiento, con grandeza de palio, entregándosele las llaves de la ciudad en el Arco y puertas de ella, con las sólemnidades del estilo, y obsequiándosele con varios festejos, cuya narración consta en el libro 12 de "Provisiones de la ciudad", las mismas que omitimos trasladar aquí porque no queremos que la tradición salga tan larga como la misa de Fr. Domingo.

Aunque en aquellos tiempos la mesa no alcanzó en política las preeminencias de nuestros días, escusado es decir que los cabildantes prepararon confortable *once* para el Virrey, donde cruzaron mistelas y pastas en nada parecidas a los *"rompe-dientes" y suspiros de monja* del año 85, que son aire y nada mas. Regalonas de peso y de sustancia, fueron, pues, aquellas once, con *sorbetes de almendra, cinta blanca, flor de capulí,* etc., etc., gollerías, que nosotros conocemos por la descripción de pacienzudos vejetes cuya amistad frecuentamos.

Y bien.

En lo mejor del recibimiento se encontraban los cabildantes, cuando llegó un sujeto fatigado y afanoso: sudosa la frente, la voz entrecortada y carrillos de grana. Llamábase don Blas Ramiro de Maldonado, a quien presentaremos en párrafo aparte.

III.

Si bien es cierto que los muchachos de aquellas épocas eran criados con *calzón crecedero*, que se amarraba al sobaco, también es verdad que no alcanzaron a mirar con pena la plaga de los niños que se creen sabios con unos cuantos acertijos que leen en las cajetillas de los cigarros que fuman. Y, no te escandalices, lector de Tradiciones, que sí, fuman los niños de hoy, aun delante de sus padres, y ainda maiz beben, y hablan de Venus a sus mayores.

Don Blas Ramiro de Maldonado era un hombre honrado a las derechas, quitándole el flaco de ser noticiero y halagador de los gobernantes, con ciertos tintes de adulación, fea yerba que tanto ha enraizado en los años siguientes al coloniage, maleando la prensa, la amistad, los respetos sociales y hasta los vínculos de familia.

La llegada del Virrey, Conde de Lemus, naturalmente fué una novedad en el Cuzco, y como recientes estaban los funestos sucesos del sacrificio de Salcedo, nada mas verosímil que se hicieran comentarios justos e injustos, que uno sin otro nunca dan paso en esta tierra de mortales.

El hombre que cayó muerto exclamando: ¡sacrilegio! ¡sacrilegio! fué uno de los que llegaron en la comitiva del Conde, sus palabras y su muerte repentina alarmaron a la gente sencilla e hicieron ver un monte de peligros para el Virrey, al bueno de Maldonado, y como él sabía aquello de *quien da luego da dos veces*, se fué delante del Virrey en cuya presencia le dejamos acalorado, y comenzó así ligera digresión:

—Excelencia, fiel siervo de S. R. M. el Rey mi Señor, indiferente no he de ser a la paz y buen gobierno del reino.

El Conde que no daba su brazo a torcer, practicó rápido examen del hidalgo que le hablaba, y calmoso interrogóle:

—Y ¿qué sucede?

—Excelencia, la ciudad comenta acremente, los suce-

sos de Laicacota, se critica a vuesa señoría, se le muerde, se le increpa..... se le calumnia!.....

—¡Hum!..... Interrumpióle el Conde lleno de gracia, de fondo sentencioso y reprimenda moralizadora a la vez.

—Esa gente *se parece al perro de Juan de Ateca que antes de que se le dé se queja*, y a chismografía que se levanta mas abajo de las rodillas, no presta oido el que grande es en la villa y grande en Sevilla.

—Excelencia, acaba de morir un hombre, exclamando ¡sacrilegio! y ese hombre.....!

—*Pobre importuno, saca mendrugo*, agregó el de Lemus girando su cuerpo hacia la mesa, porque su espíritu perspicaz comprendió que aquel era un adulador de enfadosa calidad.

IV.

El Corregidor sabía ya y participó al Virrey, que el hombre muerto en la esquina del portal era uno de los revoltosos de Laicacota que hizo fuego a los contrarios en presencia del Santísimo Sacramento.

Su repentino fin se interpretó por castigo del cielo, y en memoria del siniestro se colocó una cruz que se venera hasta el presente.

Chico pleito.

I.

La costumbre de conservar los objetos históricos, data desde tiempo inmemorial, y es de todas las naciones. Testimonio de ello dan los museos de antigüedades, que lucen la casaca de Bolívar, junto al violín de Strauss y a la carona del caballo que montó La-Serna en la batalla de Ayacucho.

¡Qué contrastes!

Los conquistadores, despreciando la conservación de los *qquipos* y los objetos que podían revelar la historia primitiva del país conquistado, guardaron escrupulosos la borla real de Atahuallpa y el cuchillo de Pizarro que, después de unas docenas de años, vino a promover chico pleito, nada menos que con una de las repúblicas hermanas.

II.

Planta en tierra de Tumbes; Pizarro y los suyos, sin excluir al Padre Valverde, dejaron al embate de la mar, conciencia y escrúpulos de cristiano, que mala sombra hacen a cuerpo inclinado a la codicia y a ánima empeñada en conquista usurera.

Ni una ni otros llevaron, pues, a Cajamarca al marchar a entrevistarse con el confiado Monarca, y cuando resuelta la perfidia asaltaron la anda real de Atahuallpa; mientras los españoles se ocupaban en matar a los indios conductores de ella, Miguel Astete arrancó de la frente real la insignia regia, echándola a buen recaudo, como botín de guerra tomada en *leal batalla*, y la conservó hasta 1557, fecha en que obsequióla al Inca Sayri Tupac, que, salido de la montaña, fué llevado a Lima.

Astete, a quien le tocaron 362 marcos de plata y 8,980 pesos de oro en el repartimiento que hizo Pizarro en 18 de Junio de 1533, del caudal reunido por Atahuallpa para su rescate, fué el mismo que en el valle de Chuma recibió mandato para elegir sitio y trazar una población de españoles: en efecto se fundó con el nombre de Trujillo.

Trazó el plano con la punta de la espada conquistadora, que si bien conservóla limpia en el asalto de Atahuallpa por atender a la *proesa* de la borla, no tardó en mancharla con sangre inocente vertida sin necesidad sobre campo estéril.

Pizarro, muy al contrario, guardó su espada para sólo trazo semejante.

III.

Resuelta por la corte de España la consulta elevada respecto al lugar donde debería fundarse la capital de la metrópoli, en el sentido de elegirse el mismo donde la va-

ra de Manco-Ccapac encontró tierra ligera y fértil, desechando la propuesta de elegir Calca, procedió Francisco Pizarro a trazar la población bajo el mismo nombre de Cosco o Cuzco.

El acta de fundación escrita sobre grueso papiro con anilina azul oscuro, que original existe en la Biblioteca Nacional del Cuzco, hace constar que Pizarro delineó personalmente la plaza mayor con un cuchillo de fierro, que en gran estima tenía, sin duda por ser prenda que le acompañó desde el comienzo de su expedición.

Este cuchillo histórico fué llevado, no aseguramos si por Monteagudo, a La Paz de Bolivia. Promovido litigio por nuestro gobierno acerca de la propiedad del cuchillo, se cortó este chico pleito con la devolución que hicieron los vecinos de La Paz, por mano del general don Juan Buendía, Prefecto del Departamento del Cuzco, hacia los años 1856 o 57.

IV.

Dichosos tiempos aquellos, esclamaremos al terminar, en los que se abría litigio de nación a nación por un cuchillo histórico.

Hoy que corremos tras de quimeras filosófico-sociales, con el corazón metalizado, ya no es usanza tomarse tales molestias.

Nosotros, que pregonamos a los cuatro vientos patriotismo, libertad, autonomía, hemos visto arrebatarnos un girón de la patria, envuelto en el sudario de la honra nacional.

Nuestros padres, que poca prédica estilaban, no permitieron usurdación ni del cuchillo de Pizarro [que, válganos la codicia del siglo, ni siquiera fué de hoja de plata ni mango de oro que, para contraste, de allende la época, fué de fierro él y ella no de madera humilde sino de fierro también, pero, así abrieron los abuelos CHICO PLEITO resueltos a medir acero con los vecinos por el cuchillo, que al presente existe guardado en el Museo público de la ciudad del Cuzco, cuya plaza mayor delineó por mano de Francisco Pizarro Marqués de los Atavillos.

[illegible] mayúscula.

I.

No sabremos decir, sin riesgo de faltar al octavo mandamiento, si la costumbre de los *danzantes de librea* se adoptó generalmente en el virreynato, más, la verdad del caso es que los españoles la introdujeron como medida estratégica en sus luchas civiles, pues, los naturales, subyugados bajo el dominio de la conquista, servían de instrumento a las ambiciones personales de los conquistadores.

Presumiendo que los lectores no sepan a punto redondo las especialidades de un *danzante*, vamos a copiar de apergaminada crónica la descripción de éste, agregando breve reseña de su origen y actualidad.

"Son los danzantes,—dice el maestro Gil González "Dávila,—indios con máscaras, vestidos a la española, "con ropones de razos y brocatos guarnecidos de pasa- "manos de plata, rapasejos y franjas y a las veces con "sobrepuestos de plata de realce, bellotas y alamares y "este ropaje llaman librea. Llevan gorra con plumages "o torreones de plata, botas cuajadas de cascabeles y un "bastón en la mano. Van continuamente danzando al "son de atambor conque le sigue otro haziendo a cada "dos golpes acelerados una breve pausa o compás y to- "cando al mismo tiempo una delgada flauta cuyo triste "eco atraviesa las entrañas.

Pues, lector, ése es el danzante, y esta figura inventaron los españoles para colocarla en las encrucijadas de los caminos por donde debían pasar ginetes enemigos, cuyos corceles, sorprendidos por semejante fantasma que a la hora precisa sacudía botas, cascabeles y librea, echaban carrera y corcobos dando en tierra con el ginete, el cual quedaba costilli-acontecido, algo de la facha del bachiller Sansón Carrasco cuando don Quijote le perdonó vida y salud.

Y bien. Pacificados los disturbios y cimentado el gobierno del virreynato y los corregimientos, el danzante quedó como semillero de explotación, con ribetes de inmoralidad, que no es nuestra pluma la que haya de describillos. Baile de lujo en las procesiones religiosas, en las entradas de nuevo gobernante y festejos de la corona, desa-

rrolló la competencia entre los indígenas y todo el año trasudaban para pasar *cargo*.

El año 1699 aparecieron en la procesión de la Octava del Corpus de la ciudad del Cuzco, trescientos veinte y siete danzantes, casi en su totalidad llevando en la cabeza los humos de Baco, y se armó una de mazagatos tan seria y de pipilinilla, que pasaron al otro barrio diez y ocho indios heridos de piedra, alcanzando a pacificarse la revolcanda sólo ante las oportunas medidas tomadas por don Joseph de la Torre Vela, Corregidor recientemente ingresado; el mismo que mandó encerrar a los culpables ordenando después AZOTAINA MAYÚSCULA, como veremos adelante.

II.

El sábado 26 del ya citado año pasó a mejor vida el ilustrísimo don Manuel de Mollinedo y Angulo, XII obispo del Cuzco, que fué presentado para tal por S. R. M. doña Mariana de Austria, madre de Carlos II.

Profunda sensación causó la muerte de aquel Pastor a quien un cronista apellida *pozo de virtudes, ciencia y consejo*, que hizo sus estudios en Alcalá de Henares llegando a ser examinador sinodal y visitador del Arzobispado de Toledo, y cuyos méritos se hallan extensamente relacionados en el prólogo de la "Lógica" del Padre Nicolás de Olea de la Compañía de Jesús.

Se hace también notable aquel año por haberse terminado en él el trabajo de la casa de moneda, recibiéndose la obra por la diputación de cabildo compuesta de los dos Marqueses, de Valleumbroso y de Moscoso, sellándose gran cantidad de doblones hasta 1736 en que fué vendida en pública almoneda, por cinco mil pesos, a un vecino notable, pasando, en 1744 a ser propiedad del convento de la Merced.

Y con esto, basta y sobra de datos que llevan curiosidad histórica.

III.

La muerte de un obispo dizque es ocasión de rarezas en la crónica de lo ocurrido.

Sin duda que esto fué motivo justificado para que La-Torre Vela olvidase a los danzantes, que hacía tres días gemían encarcelados. Como no hay plazo que no se cumpla, mandó sacarlos a la plaza pública donde fueron *agraciados*, no con el número gordo de la lotería ni con la cruz de ninguna orden, sino con doscientos azotes cada uno, de modo que, consultando aritmética en la tarde de aquel día cayeron 65,400 ramalazos de varillas de membrillo sobre la humanidad de 327 cristianos: fué prohibido el baile, quedando en su lugar la expresión de *ración de danzante*, para significar los castigos exagerados que los cobradores de tributos, aleccionados por el Corregidor, solían endilgar a los *mitayos* de su jurisdicción, pues, que, en todo tiempo, como canta el abate responde el sacristán.

De cabildo a cabildo.

I.

Acababa de hacer su entrada a Lima don Diego Fernández de Córdova Marqués de Guadalcazar, como sucesor del Príncipe de Esquilache en el Virreynato.

El XII gobernante del Perú, al bajar de la curul de mando, dejó plana surtida de buen gobierno, y memoria de ser gran ministro de la corona; pues, no sólo mandó fabricar mucha artillería y levantó en el Callao los tres baluartes defensivos, sino que, se distinguió por los suministros pecunarios a España y prestó gran atención a las minas de Azogue de Huancavelica, donde las quejas de los indios contra el general don Pedro Sores de Ulloa, a la sazón gobernador, se hacían por demás repetidas y dolorosas. D. Francisco de Borja mandó al doctor don Juan de Solórsano Pereira, Oidor de la real audiencia de los Reyes, para que, visitando Huancavelica y los minerales, enderezase gobierno torcido por Sores de Ulloa, visita que produjo resultado provechoso para los naturales, cayendo en desgracia del Virrey y el gobernador Sores, de quien

sus camaradas se alejaron *huyendo como de un apestado, que cualidad de almas mesquinas era en aquellos tiempos el abandonar al enemigo en la hora de la desgracia*, cosa que hoy se estila sin que prógimo viviente pare considerandos en esos monstruosos hijos del materialismo y del *metalismo*; que tal llamamos a quien no respeta el infortunio ni ampara la debilidad.

Sores de Ulloa se contentó con encender cigarrillo y echando bocanada de humo dejó al tiempo el reparo de dañosa actualidad, tomando trabajo particular en los minerales.

Posteriormente, dueño de una respetable fortuna adquirida en la estracción de azogue, se trasladó a Lima, y volvió a contemplar *moscas* junto al plato de plata.

Y bien.

Recibida en el Cuzco la nueva de que el Marqués de Guadalcazar arribó a la ciudad de los Virreyes, la ciudad haría los festejos de ceremonial y los cabildantes debían enviar la comisión de usanza para besar las manos del nuevo Virrey, rindiendo en él homenaje a S. M. Real a nombre del Corregimiento y provincias del reino, pero la ciudad estaba en entredicho político-eclesiástico.

II.

Hemos hablado ya a nuestros lectores de la *comedia sacra* que mandó representar el Corregidor Mendoza Carbajal, en obsequio de Santo Tomás de Villanueva, y a la que se dirigió en día de satisfacción particular. Era de esperarse que la fiesta fuese regalona, pero, incidente caido como empréstito sobre fortuna menguada, amargó a los circunstantes y dejó dividida la ciudad en dos bandos.

Es el caso que, habiendo asistido su Señoría Iltma. el Obispo, colocaron su sitial en el lugar preeminente: al lado derecho el Corregidor, Justicia y Regimiento, y al izquierdo el Maestrescuela don Alonso Pérez Villarejo y el Canónigo Licenciado Paz del Río.

Así como los abogados cabulistas, enredosos que en la punta de la sin hueso tienen la mentira, la difamación y la calumnia, los adulones y gente de cuchicheo son frutas de toda estación y se gozan en el mal y la zozobra de

suadiéronle de que [illegible] IV miento ocupaba mejor lugar que su Señoría.

Mostróse airado y ofendido el Obispo, que era de carne y hueso con menjurge de bilis, como todo prógimo nacido después del uso de la hoja de parra, antes y despues de que Noé empinase el sumo de la vid. Salió, pues, su Señoría de la función, dejando resentido al cabildo secular que, sin duda, se chupó el dedo chiquito en vista del desaire público, determinando dar cuenta inmediata al Virrey y al Gobierno, así de este manejo de su Señoría como del lugar que había tomado en las procesiones, desde su entrada, contra lo dispuesto por las provisiones reales, y quedó declarada la guerra de CABILDO A CABILDO.

Aquí fué la de soltarse de las sin pelo ni freno.

Quién llamaba a su Señoría monigote, y quién increpaba a Villarejo como a preste tonsurado por mano de barbero.

El palacio episcopal, por su parte, tampoco escaseaba apreciaciones injuriosas para los cabildantes. Ello es que la comedia sacra introdujo desbarajuste mayúsculo en el corregimiento, todo por dar oídas a chismosas palabrerías.

Caso análogo al que narramos aconteció en Lima entre el Virrey don José Manso de Velasco, Conde de Superunda y el Arzobispo don Pedro Antonio de Barroeta, como refiere Palma, y aunque allá se apeló a "citar a los Santos Padres, se ocurrió a los breves secretos de Paulo III y otros Pontífices, y se destrozaron los cánones", la rencilleja no alcanzó a apaciguarse sino con la separación de los contendores, cuando Manso entregó el Virreynato al excelentísimo señor don Manuel de Amat y Juniet.

Estos entredichos de Gobierno, ponen entre punto de pluma narradora de cuentos lo que pasa en los pueblecitos del interior del Perú entre el cura y el gobernador, personajes los mas encumbrados de esos trigos de Dios, que descomponen amistad por quítame estas pajas y rompen hostilidades en menos de un *sursum corda*.

Se declara la enemistad.

El gobernador notifica sin dilación a los agentes de gobierno que, al cura no se le pone *pongo* ni *mitanis*.

El párroco, por su parte, advierte al sacristán que no se le dá el *pax tecum* al gobernador, y que, cuando éste o alguno de su parentela ocurre con padrinazgo de bautis-

mo no suena el órgano ni [illegible] pomas, siendo excusado decir que no se movería de dicho sitio la cruz alta, el cirio bendito y el salero de plata; que para un *descomulgado*, sobran el cabo de humilde sebo y el salero de barro.

Y he ahí, lector amigo, una guerra casera de potencia a potencia.

III.

Su Señoría Iltma. en el fondo era un hombre reflexivo.

Apaciguado, sin necesidad de muchos tamarindos ni ruibarbos, hizo llamar al Canónigo doctor don Francisco Calderón de Robles, para que interviniera en el litigio abierto con los cabildantes.

Robles, según cronista concienzudo, tenía la firmeza tal como reza su apellido y era varón de ciencia adquirida en las veladas del estudio serio, que está, por cierto, distante de la erudición de cajetillas de cigarros que ogaño lucen los hijos de vecina. Habló claro al Obispo mostrándole de pe a pa la cartilla de las inconveniencias de llevar a terreno de agravio piltrafilla de vanidad que, por ende, debía desaparecer de manos ungidas con el óleo de la paz.

Su Señoría Iltma. prestó oido atento a las razones del magistral y mandóle inmediatamente donde el Corregidor para darle una cumplida satisfacción. Los cabildantes correspondieron con singular comedimiento, acordando que don Alonso de Vera y Figueroa y don Rodrigo de Esquibel y Cáceres, pasasen a presentar al Obispo y su cabildo el justo sentimiento con el que se habían visto desfavorecidos en acto público, pero, que aceptando y retribuyendo satisfacción, rogaban a su Señoría mandase que todos guardaran en adelante sus lugares señalados por el Ceremonial y Cédulas reales, quedando así consumada la reconciliación.

Con motivo de este aveniminento magno y aparte del regocijo por el arribo del nuevo Virrey a Lima, se hicieron festejos a su Señoría Iltma. por cinco días, comenzando el 9 de noviembre, y se cruzaron regalos particulares entre el Obispo y el Corregidor. Aquél recibió una elegante palmatoria de metal maciso, en forma de flor de floripondio y éste unas zapatillas bordadas por mongitas que, calzadas, dejaban ver el más pulido pié de Corregidor.

IV.

Entrado en paz el corregimiento del Cuzco y sustituido Mendoza de Carbajal con don Antonio de Ulloa y Contreras, recibió comisión para ir a Lima, como embajador de parte de los cabildos del Cuzco, el Almirante don Francisco de Valverde Mercado, quien tuvo la buena suerte de asistir al combate que se libró en el Callao, contra los once galeones extrangeros, mandados por Jacobo Hermit y rechazados por el Marqués de Guadalcazar, XIII Virrey del Perú.

Buena laya de hombre.

I.

La votación del ayuntamiento para elegir cargo solía ser, durante el coloniage, motivo de gritas partidaristas, aunque la crónica que nos sirve de base para estos hilvanes, no puntualiza que en la repartición de varas hubiesen ocurrido escenas como las que más tarde presenciaríamos los republiqueros; escenas con todas esas tramoyas de provincia, para la confección de actas electorales, que dan asiento que calentar en las cámaras parlamentarias. Ya se vé, como en ese tiempo S. R. M. proveía los virreynatos y corregimientos, no había campo para pleitearse años de años, el *plato de lentejas*, y como cada cual se concretaba a cumplir sus cargos, siendo duramente penadas las infracciones de la ley, también permanecía cerrada con doble llave la caja de los abusos y buscas que labran fortuna y que algunos apellidan candorosamente *industriarse*.

A fuer de cronistas de lo viejo, y pidiendo a los cielos que nos libren de torcer plumada a lo nuevo, tan calamitoso, sulfúrico y enmarañado, vamos a referir pasaje que

trasluce enseñanza, aun cuando no falte quien murmure, por lo bajo, que, a título de mujer, digamos verdades. Mejor opinión tenemos formada de nuestra época para creer que éste sea motivo de avergonzarse, y si narrar historia patria es culpa mortal, llueva pues la chismografía de los Zoilos y allá va la referencia.

II.

Fecha 1º de Enero del año 1667 rezaba el almanaque, y debía proveerse el Corregimiento del Cuzco de alcaldes ordinarios y juez de naturales.

Se estilaba entonces que los empleos buscaban al hombre por su honradez y méritos, sin que los compadres ni los empeños pusieran mano en el platillo de la justa repartición.

Para alcaldes fueron designados don Pablo Castilla y don Antonio de Zea y para juez don Felipe Balboso, que era muy conocido por cultivador de chochos, escrupuloso, como manda la iglesia, en el pago de peones, y que miraba con horror los préstamos a usura. Hombre como pocos quedan, aceptó de mal grado el cargo repitiendo enfadado: *el día que no escobé, vino quien no pensé.* Balboso, como todos los de aquellos tiempos, creía en los evangelios y practicaba los refranes.

Mirándose en sus adentros sin vena autoritativa confesaba que *más dá el duro que el desnudo* y dando palmaditas sobre su mesa forrada en bayeta color verde pacay, se repetía:—"Balboso, no, no tienes mollera para ajustar " al prógimo en ley y razón y tú no has de ser lo que dice " el refrán: *el hidalgo de Guadalajara lo que pone a la* " *noche no cumple a la mañana,* y para tí se escribió aque- " llo de *hidalgo honrado antes roto que rematado,* y des- " engáñate, cristiano; que *cuando no hay blanca todo es* " *barranca,* no, Balboso, no naciste para juez".

Apurado estuvo esta buena laya de hombre con la vara que le encomendó el Corregidor don Luis Ibáñez de Peralta y Cárdenas, de la orden de Santiago. Con todo, debía obediencia al superior y se consagró al desempeño hasta el día en que tomó resolución santa y honorable, como veremos más adelante, pues, antes, vamos a apuntar otros datos históricos de no escaso interés.

III.

La época de la administración judicial de don Felipe Balboso abunda en curiosidades de crónica.

La "Chrónica Historial" dice: "*viernes 2 de Mayo de 1668, se vió un cometa de hechura de una lanza larga y angosta, muy reluciente y que llegaba desde el horizonte hasta la mitad del cielo, de los que llaman Verú, de naturaleza, según dicen, de Saturno. Duró diez y ocho días.*"

El 3 de Mayo consagró la iglesia de San Francisco, al obispo del Paraguay, Fray Gabriel de Guillestegui; la ciudad hizo solemne recepción al nuevo corregidor don Pedro Ballejo, de la orden de Alcántara, trasladado a Lima Ibáñez Peralta y Cárdenas, y fué en este tiempo que el virrey Conde de Lemus, visitó el Cuzco, después de pacificar los disturbios ocurridos en Laicacota, dando muerte al rico minero Salcedo.

El 31 de Julio se estrenó el templo de la Compañía, con oficios celebrados por el Deán, pronunciando el panegírico de San Ignacio de Loyola el canónigo don Eugenio Gómez de la Vaquera; y el 16 de Agosto se verificó la gran consagración de la Catedral, por el obispo doctor don Bernardo Izaguirre, quien bendijo también ocho campanas y las doce cruces colocadas en las pilastras del templo.

IV.

Vamos ahora a la tradición.

Los atrensos del juez Balboso fueron mayores con el litigio que entablaron el negro Cartolín y Ramiro de Ordoñez, en el que agitó entendimiento, enredándose cada hora más y más, en medio de la digresión que apuntaremos de corrido.—*Dar uno en el clavo y ciento en la herradura*, es pobreza de alma y *¿qué aprovecha candil sin mecha?* Balboso, estás andando tras de la flor del berro y a este paso *no dá puntada* la buena admistración judicial, tú no naciste para juez ni pontífice, y *más vale un toma que dos te daré;* presenta dimisión, y ¡vámonos a sembrar chochos!

Después de lo dicho, Balboso escribió dimisoria con verdades foliadas que llamaron la atención en aquellos tiempos, y que, en los nuestros, con mayor razón servi-

rían de escándalo a todos aquellos que, sin mirar sus aptitudes, así se creen capaces para agente diplomático como para mayordomear el palacio episcopal.

V.

Al costado izquierdo del camino que conduce a la ciudad del Cuzco, por San Jerónimo, existe una planicie conocida con el nombre de *Tarhui-pampa*, y fué ese el terruño cultivado con chochos por esa BUENA LAYA DE HOMBRE.

¿La del Arzobispo?

I.

Las Revoltosas ondas del mar que baña la costa de Mollendo, aparecieron tranquilas cual manso lago, en la mañana del 4 de Abril de 1886, y ligera balandra pintada de azul y blanco nos condujo a bordo del vapor "Maipu" para hacer la travesía a la rada del Callao,

El capitán Stewart, tan galante como experimentado marino de la flota inglesa, nos dió exquisita acogida; y bien luego, pasajeros y tripulación establecimos esa intimidad de familia tan pronta en formarse como fácil en desaparecer al tocar la playa de arribo.

Los primeros momentos de marcha, cuando las cadenas del ancla han tocado la serviola y el buque vira para tomar rumbo, y la tierra, alejándose, voltejea a la vista *volteando* el estómago; son amarguísimos para quien sucumbe al *mareo*. Muchas pagamos aquel tributo al placer de viajar, pero, el mal no fué duradero. Vino la calma y principiaron las alegres pláticas de sobre cubierta, amenizadas por la excelente compañía de personas distinguidas.

Nuestro modesto nombre no era desconocido para los compañeros de viaje, y todos principiaron el relato de una Tradición.

Disponíame a contarles algo, cuando uno de los pasajeros dijo:

—Por favor, suspéndase la palabra por cinco minutos. Tengo que ir al camarote a inspeccionar la maleta, porque me han dado una encomienda que quita mi sociego, desvela mi sueño y acorta mis horas de salón y de sobremesa.

¿La del Arzobispo?—preguntamos nosotras en vista de semejante sumario que manifestaba todas las molestias que lleva en sí la tal costumbre encomendera, y, para salir de compromiso, con lucida oportunidad, contamos más tarde, la tradición que los lectores encontrarán en párrafo seguido.

II.

En los tiempos del Virrey don Manuel de Omans y Sante Pan, Marqués de Castel-dos-Rius, un viaje del Cuzco a Lima era obra que emprendían hombres de hígado y tesón; y, a Europa no se diga, pues, que, confesado, comulgado y con testimonio testamentario de manos de escribano arriesgaba tales viajes uno que otro *temerario* con *alma* de toreador.

Bien, pues:

Una de aquellas almas era la que funcionaba en el cuerpo de don Felipe de Azán y Risco que bebía agua en la época Sante Pan, español de no despreciable estampa y que en foja de heroicidades cuenta diez y ocho viajes a Lima en demanda de mantillas, lentejuelas, zapatillas de raso y otras quincallerías de la laya con las que regalaba a las buenas mozas cuzqueñas a trueque de los doblones que ellas dejaban en el tenducho de "Siete Cajones" Felipe de Azán preparaba su XIX viaje de comerciante y se dirijió al palacio episcopal tanto para recibir la bendición de su Señoría Ilustrísima cuanto por darle filial despedida, que particular estima profesada lo requería.

—Voy á dar una encomiendita, hijito, para el señor Arzobispo—dijo S. I. palmeando afectuoso la espalda de Felipe y dándole la mano á besar la esposa.

Azán aceptó gustoso y quedó convenido que a las seis de la tarde remitiría la encomienda su Señoría retirándose don Felipe a continuar sus preparativos de viaje.

Sonó la hora consabida, y presentóse en la casa de Azán picarón monaguillo seguido de un cargador fletero que, sudoso y encorbado, apenas si caminaba bajo el peso de una petaca de cuero sellada y rotulada.

Aquella era la *encomiendita* del Obispo para el Arzobispo.

El lector viajero podrá explicarse el efecto que en el bueno de Risco produjo tan rápido aumento de equipaje. Tuvo que demorar la salida, contratar bestia y gastar no poco dinero y paciencia para llevar semejante encomienda.

Pero entre trota y trota llegó a Lima, y se fué donde el Señor Arzobispo. Aquí el remate que cuando viene azul el tiempo, azules han de ser las barajas.

Leido que hubo el Arzobispo el pliego remisorio, desmontando de la nariz las pesadas gafas de limpio cristal, hermanas mayores de las que usaba Palmirano Roseta, de Verne, dijo:

—Estimo en gran valimento la encomienda de S. S. I. que surte mi humilde mesa de las preciadas pastas cuzqueñas, que sobre ellas *saborea* el vaso de agua cristalina; y como retornarle hé regalo tan fino, ruégoos, don Felipe, llevarle a la vuelta pequeña encomienda de mi parte.

Mohino y tembloroso se retiró Azán pensando en que aquella petaca de todos sus trabajos contuviera variedad de dulces confeccionados en las celdas monacales de las Teresas, Claras, Catalinas, y Nazarenas, cuando iguales, sino mejores, se fabricaban en Lima.

¿Y la nueva encomienda?.....

Casi resolvió no volver á los umbrales del palacio, pero legítimo temor de provocar enojo del obispo inclinólo a aceptar otra carga, con la esperanza de que en esta vez acaso sería ligera como regalos de monja que consisten en escapularios o cosas semejantes.

Próximo a desandar lo andado desde la ciudad del Cuzco, fué a recoger la encomiendita y se le entregó un rollo de 157 libras de peso, forrado en cotín de Filipinas y cuidadosamente rotulado a Su Señoría Ilustrísima.

Era un alfombrado tejido en la India, con variado paisaje de macetas, jarrones y un sol al centro, rodeado por pequeños serafincitos alados.

¡Pobre don Felipe!

Ignoraba, al recibir aquella encomiendita, que ella sería la mengua de su hacienda adquirida con asidua labor.

Nuevos gastos, nuevas fatigas, y como la arriería del Perú no estaba entonces en las condiciones en que se vió el año 1870, el rollo de 157 libras produjo la desbarrancadura de dos *machos*, la pérdida de arnés, y el doble flete

del capataz, haciendo suspirar al bueno de Azán y Risco por todas las descomunales laderas del camino terrestre.

III.

Si bien no se usan en estos tiempos de la luz eléctrica encomiendas como las de sus Señorías, en cambio se ha desarrollado curiosa variedad de fastidio para los prójimos que salen de un punto a otro, bajo pretexto de encomienditas y encarguitos, todo en diminutivo y que podríamos calificar del modo siguiente:

Tachuela, encomienda que produce las molestias puramente de conducción, acomodado y entrega, como cartas, paquetes, etc.

Clavo, encomienda que consiste en encargar un objeto sin mandar la plata.

Metralla, la que sin mandar el importe pide rebaja al presentar la factura de compra, u obliga a llevar baúl y no maleta.

Tirabuzón, la encomienda de poco valor que, no se puede cobrar al amigo, pero que, repetida por varios a la vez, saca el último *papel* de la cartera.

—¡Exacto!—dijeron todos los pasajeros, a una voz.

—Yo llevo *tachuelas*.

—Yo *clavos*.

—Yo *tirabuzones*.

—Yo *metrallas!*

A lo que el aludido compañero agregó, entre formal y risueño:

—Pero a mí me ha tocado *¡la del Arzobispo!*

El Risco de Yaya-Huarcuscca.

Epoca del Marqués de Manzera.

I.

Existía en la catedral del Cuzco, a mano derecha de la entrada, un cuadro al óleo mandado pintar por D. Alonso

Cortés de Monroy, representando el terremoto que asoló la ciudad y muchos pueblos del corregimiento el 31 de Mayo de 1650 y que dió motivo a la importante publicación que, con el título de "Tratado de los Temblores," hizo el Licenciado Antonio de Robles Cornejo, Protomédico de S. M., natural de Salamanca, hombre de ciencia y conciencia probada a fragua de crítica contemporánea, y a quien cita con frecuencia la "Chrónica Historial".

En nuestra niñez contemplamos aquel cuadro con pavorosa admiración, más tarde, trabada amistad con las polillas, los pergaminos, don Ricardo Palma y los manuscritos amarillosos, hemos fojeado el "Teatro Eclesiástico" del maestro Gil González Dávila, la "Chrónica de San Antonio de las Charcas" de Fray Diego de Mendoza y el libro de Cabildo: todos ellos hablan extensamente del fenómeno terrestre que, sea dicho en descargo del miedo que nos infundió el sacudón de 1° de Octubre de 1883, precursor de la entrada de los chilenos a Arequipa, es la pesadilla de los habitantes de la ciudad del *Misti*.

Robles, a quien llevamos mencionado, afirma que en diez meses se contaron 823 temblores, y entre las minuciosidades que intercala en la baraja la "Chrónica" citada, aparece el relato del siniestro que arrebató la existencia al Licenciado Juan de Olave y Arenas, cura del pueblo de *Cuchoa*.

Vamos también a apuntarlo, sin usar el privilegio que los cronistas tenemos para desbautizar prójimos, que a pelo no viene, y así, nombre de pila y apellido de rama van de pe a pa.

II.

Viniendo de confesar a sus feligreses, baxando a pié una dilatada cuesta toda de piedra laxa, le cogió el temblor en ella en lo más agrio de la baxada (que dizen la cuesta de la vieja) y se partió tan de improviso la peña sobre que venía baxando y con tan gran violencia, que sin poder repararse ni hallar resguardo alguno a tanta furia quedó colgado en el aire, asido por los vestidos de un pedazo de risco que se dividió con tal ímpetu, que le llevó tras sí el peñasco y le tuvo suspenso de las vestiduras cinco días pendiente, al cabo entregó el alma al Criador y que-

dó aplacada la tierra que cesó de temblar, y con gran dificultad pudieron los naturales sacar el cuerpo despedazados los brazos; y así le trajeron a enterrar al Cuzco.

Hémosnos copiado íntegro el parrafito anterior de la "Chrónica Historial" como testimonio para asegurar los fueros cronistales, apartando al lector de la tentación de acusarnos del pecado que se atribuye a los ordenadores de emperegiladas antiguallas, que consiste en quebrantar el siguiente al sétimo de los mandamientos, y ésto, por el título de la tradición, que prestarse puede a interpretación anticristiana.

III.

El licenciado Olave y Arenas, fué uno de los que, días antes del siniestro, en 5 de Enero de 1650, estuvo comisionado para saludar en *Añay-pampa* al Corregidor D. Juan de la Cerda y de la Coruña, que llegaba al Cuzco mandado por la Cédula Real dada en Madrid a 25 de Julio de 1648, y así mismo fué el número de los que hablaron en la jura de Patrones y reforma de fiestas que preceptúa la Bula de Su Santidad Urbano VIII, expedida en Roma en 13 de Setiembre de 1642.

No será fuera de texto consignar aquí que entonces se tomó por patrones de la ciudad imperial a la *Purísima* y al Apóstol Santiago el Mayor, jura que fué solemnizada posteriormente en 7 de Diciembre de 1651.

Las circunstancias anotadas, bastarán para explicar la sensación que produjo el fin triste de Olave, y justificar el cambio de nombre que desde esa fecha recibió la cima de *Paya-pata*, donde, según creencia, moraban las brujas, llamándose YAYA-HUARCUSCCA, que quiere decir sacerdote colgado.

Por aquel risco histórico pasaban los indios con planta cautelosa, santiguándose y empalmando las manos al cielo. Hoy, quizá nadie para mientes en aquel oculto calvario de varón justo.

Plagas humanas.

Explicaciones necesarias.

I.

El título que hemos apuntado para esta referencia, en verdad que más se amolda para capítulo de *Alta filosofía*, pues que hablar de plagas humanas equivale a sacar a lucir todas las flaquezas del prójimo que han plagado la sociedad en tono de *re* mayor; aunque reforma, reconstitucionalidad, regeneración, rehabilitación y todo el tecnicismo politiquero, sin olvidar, por supuesto, RENTA, serían vicoca y cosas de alucinar prójima si no hallásemos inmediatamente otras plagas que han venido al país, no sabremos decir si importadas por los alemanes, o por los microbios. Más, nuestro relato, no es de gravedad semejante, como ha de persuadirse el lector que tenga la paciencia, y rara paciencia en estos tiempos, de leer lo que se escribe, y seguirnos bondadoso hasta la rúbrica.

II.

De cómo antaño se ajusticiaba por lo alto y se hurtaba por lo bajo.

La llegada del *cajón* anotició a la ciudad, en 20 de Noviembre de 1719, que S. M. había expedido cédula real, en 3 de aquel mes, nombrando por sucesor del Príncipe de Santo Bono, en el Virreynato, al Ilustrísimo Diego Morcillo Rubio de Auñón, y el Cabildo recibió carta expresa del nuevo gobernante en la cual prometía inmediato arribo a la imperial ciudad en su tránsito a Lima.

Gorda era la nueva.

Las sin hueso desocupadas tenían trabajo, por lo menos, de dos semanas, que no es poco trabajar.

Con todo, lo que antaño removía la chismografía, a guisa de plaga noticiera, no hacía trasudar ni dormir corto a los naturales como sucede en nuestros tiempos al tránsito de las autoridades nuevas.

Los dineros de la caja real hacían los honores *de fun-*

damento y el porte de los vecinos notables los de perifolla y elegancias.

Así fué también en la ocasión que nos ocupa.

El Cabildo procedió al nombramiento de las diputaciones respectivas para la recepción del Virrey *nuevo*, que del *viejo* no había para qué acordarse, pues, en cuanto al agasajo y mudanzas gubernamentales se estilaba entonces como se usa hoy, en que, al santo en anda flores le llueven y al que pasó su novena desnúdanlo en la sacristía y..... a un rincón por favor.

¿Habráse visto veleidad de la laya? ¡Cosas de hombres!

Vamos a consignar el *listín* de comisiones, así por curiosidad croniquera como para recuerdo de los que, en calidad de notables, comían pan en la imperial metrópoli.

Para la embajada.

Conde de Laguna, D. Diego de Peralta.
Juan Enríquez Polo.
Juan de Peralta.
Procurador General, Fernando de Antequera.

Para el hospicio y tres días de mantel largo.

Depositario General, D. Agustín Jara.
Manuel de Rivera Bravo.
Alguacil mayor de cajas, Gaspar Cedillo.

Para colgar las calles, toda la plaza del regocijo y para cuatro arcos triunfales.

Juez, D. Manuel Dávila Pacheco.
Alcalde, Mateo de Cáceres.
Luis de Soto.

Para colgar los balcones de Cabildo y toda la acera los días de toros, hacer adornar la plaza y docel para el Corregidor principal.

D. Joseph de Peralta.
Diego de Albarrazín.
Francisco de Pineda.

Para el aderezo de casa y hospicio de Su Excelencia.

Corregidor, D. Juan de Oblitas.
Miguel de La-Torre.

Para entregar las llaves de la ciudad, hacer las puertas del arco y prevenir la música.

D. Francisco Farfán de los Godos, Regidor decano.

Para el aderezo del camino desde la parroquia de San Jerónimo hasta la ciudad, dos leguas.

Fiel Ejecutor, D. Antonio de Cáceres.

Para Capitán de infantería, guarda de Su Excelencia y marcha a su entrada.

General Domingo Pérez Inclán.

Para Capitán del Comercio y batallón.

D. Juan Antonio Arriola.

Que las diputaciones se desempeñaron mejor que *ingeniero gringo*, y que las fiestas fueron de lustre y sonaja, consta en raído papel caminero y minucioso, que no calla el hurto que, por lo bajo, hizo Carlos Cuellar (alias el *lampiño*) de un aderezo de danzante con el que se presentó en la danza sin que le asomase tantica de vergüenza por tan fea acción, denunciada ante el Corregidor Juan de Oblitas que, en menos de un *dominus vobiscum*, hizo justicia, por lo alto, castigando al ladrón y devolviendo la prenda a su legítimo dueño.

III.

De cómo ogaño se hurta por lo alto y se llora por injusticia.

El final del capítulo precedente habrá traído al recuerdo del lector serrano lo que en los tiempos de la república acontece en los pueblos del tránsito en ese va y vuelve de tropas, mandatarios comisionados etc. plagas de ogaño que han creado descendencia como la que Dios prometió a la raza de Abraham en los dichosos tiempos del vino extraído de vid sin concurso de campeche ni otros leños colorantes. La sección comunicados de las hojas volantes que circulan en la prensa nacional, contiene la verdadera crónica de estas plagas y a ella me atengo para señalar el esquileo, hurtos, donativos *forzosos* y otros feos excesos que el pequeño sufre en su fortuna, más pequeña aún.

Torillo—caballo—carnero—gallina—huevos—conejos—alfalfa—aguardiente; he ahí la escala que recorren las contribuciones que, *ad hoc*, imponen, comenzando desde la primera autoridad hasta el último alguacil de vara, para atender a las recepciones, y al indio no le queda más refugio que sus lágrimas por injusticia semejante.

¿Ni quién ha de mejorarla?

¡Esperemos que la buena administración del Perú tiene más esperanzas que un ahorcado: ya llegará su tiempo: entre tanto cerremos capítulo que puede traernos *cara feira* de parte de quienes no soportan interrogatorio. Son tiempos de libertad; cada uno hace lo que quiere, y mejor es volver a lo viejo anudando relato.

IV.

Piltrafa de Gobierno del Arzobispo Virrey.

La ciudad de Lima recibió al Virrey Arzobispo de la Plata en 26 de Enero de 1720, y su gobierno se inició con la caza que emprendió contra el corsario inglés Clíperton, quien ejecutaba bellaquería y cuarto en las mares y costa peruana, llevándose, entre otras buenas presas, al Marqués de Villarrocha y esposa, libertados en Nicoya a consecuencia de la persecución del navío "Aguila volante" al mando del General Bartolomé de Urdinzu.

Escapóse el pirata, pero se aseguró la calma marítima y el Marqués de Villarocha fuése a Filipinas.

Después de los festejos de la recepción de Morcillo Auñón, en el Cuzco, siguieron otros con luminarias por el nacimiento de Felipe Segundo, infante de Castilla, que vino al mundo entre pañales de grandeza, en Madrid el 15 de Mayo de 1720. Pero, como en estos trigos de los que mascan cebolla no todo ha de ser regalía y estar con la barriga llena y el corazón contento, se siguió el tremendo flajelo de la epidemia que en nueve meses de duración que tuvo, asoló la ciudad y provincias, pues, se contaron ochenta mil víctimas de la fiebre, y se espectaron las calles plagadas de cadáveres.

Aquí otra plaga humana de la cual esperamos ocuparnos otro día, si Dios nos manda salud y paciencia.

Ccata-hueqque.

(*Origen tradicional del nombre de la cueva*).

I.

Es sabído que cuando Atahuallpa fué encarcelado en Cajamarca, ofreció rescate fabuloso, extendiendo su diestra para marcar en la pared la señal hasta donde debía alcanzar la acumulación de metales; y aceptado por Pizarro, quedó hecha la línea con color rojo, según algunos con *taco* (tierra colorada).

Cerrado el pacto desleal de parte de Pizarro, el infortunado Monarca mandó *chasquis* en todas las direcciones del imperio ordenando que sus súbditos reuniesen los caudales.

Entonces marcharon también en comisión al Cuzco, Pedro Moguer, Francisco Martínez de Zárate y Martín Bueno, los primeros españoles que llegaron á la capital, donde los indios, prevenidos por Atahuallpa, les dieron suntuoso hospedaje, del que, bien pronto debían arrepentirse en vista de los hurtos y otros feos excesos cometidos sin miramiento, lo que motivó que Pizarro enviase á su hermano Hernándo en Enero de 1533, al mando de veinte hombres de caballería, el mismo que regresó a Cajamarca llevando veintisiete cargas de oro y dos mil marcos de plata.

Los tres historiadores, Quintana, Herrera y Mendiburu, están acordes en este relato, de modo que, va con bautismo cristianamente administrado.

II.

La actividad desplegada por los diferentes *cacíques* del imperio para dar lleno a la orden del soberano, puede comprenderse fácilmente haciendo memoria del cariño que los súbditos tenían por su Monarca, cuya existencia quedaba a merced del codicioso acero de los conquistadores.

Los caminos eran cruzados, pues, por diferentes carabanas de indios con carga valiosa.

De las alturas de Chumbivilcas, donde no sólo existen ricos minerales sino también lavaderos de oro, bajaron veinte indios mandados por el Cacique *Chumpi-chumpi*, para dejar en el Cuzco gran cantidad de oro destinado a Cajamarca.

Jadeantes y resueltos caminaban los hijos de opulenta patria por el camino que, atravesando Tinta, conduce al Cuzco, cuando les salió al encuentro, de Combapata, un indio envuelto en manta roja llevando borlas negras en la frente, bañada en llanto la faz, y anuncióles la traición de Pizarro y el asesinato del Monarca.

Aquellos huérfanos, que desde entonces perdieron padre, patria y libertad para entrar en cautiverio, estrecháronse en un solo abrazo, formando un lago de lágrimas y levantando las manos al cielo sin decirse una sola palabra. Los sollozos únicamente, turbaban aquel silencio.

Uno de los indios soltando con ira la pesada carga, exclamó: *¡ccata-huecqe!!*

Exclamación inimitable, profunda, capaz de *partir el alma* de un descreído. Poema de dolor encerrado en una sola palabra, dictada por un alma que se sacude al impulso de una pena sin nombre y estalla en lloro.

Ccata-huecque significa lágrima turbia, lágrima amargada por la desgracia sin remedio, a la vez que encierra una maldición lanzada con la furia del averno contra quien la provoca.

Con esa palabra se pactó entre aquellos indios el juramento de la guerra sin cuartel a los victimarios del Monarca; con esa palabra se comenzó a esconder las riquezas del Imperio, y repitiéndola se cavaron mil subterráneos inaccesibles a la planta del europeo.

Los veinte indios ocultaron en aquel lugar todo el oro que llevaban, socavando la dura peña, en la cual quedó una cueva sombría que esconde aquellos tesoros, Dios sabe en qué dirección.

III.

Actualmente existe la cueva de *Ccata-huecque*, a una media milla de la histórica población de Tinta.

Parece formada de petrificaciones, y ¡extraña coincidencia! en todas direcciones se ven como gotas de agua próximas a desprenderse.

Acaso las piedras siguen llorando el duelo de Atahuallpa; acaso vierte la roca la lágrima turbia de una raza desheredada!!.....

IV.

¡Cuántas veces hemos ido también nosotras a sentarnos bajo la sombra de aquella cueva misteriosa para fojear, en la soledad las páginas de Garcilaso y de Prescott, contemplando la pasada opulencia del Perú, junto a autores añejos, cuyo nombre ni siquiera consta en el raído pergamino!

¡Alguna vez también fué a juntarse con aquellas lágrimas turbias petrificadas, el llanto del corazón que cae sobre las ruinas de la patria, y en la hora de la tempestad, quien sabe, si exclamando, como nuestros compatriotas: ¡CCATA-HUEQQE!!

Llamada de sepulcro.

I.

No hace mucho tiempo que nos ocupamos de la peste que grasó en el Corregimiento del Cuzco, en el año 1720, cuyas proporciones fueron más horribles que las de 1589, pues unos cronistas calculan en setenta y otros en ochenta mil el número de víctimas de aquel flagelo desolador.

Antes de pasar adelante, para orden tradicional y buena inteligencia del lector, conviene que sea debidamente presentado el doctor don Félix Cortés, abogado de la Real Audiencia de los Reyes, cura Rector de la Iglesia Catedral de mi tierra. Las campanillas del personaje lo exigen y por esto le consagraremos párrafo aparte.

II.

El porte, los modales e ilustración del señor Cortés estaban predicando, de a legua, que no era hombre cualquie-

rita. Escrupuloso en el aseo del vestido, manejaba tanto el cepillo como el rosario, poniendo particular cuidado en la limpieza de la sotana y en el acicalado de la cabellera que en blancas y rizadas guedejas caía sobre el cuello de rica bordadura negra. El señor Cortés iba siempre *hecho un aniz* y aquel esmero exterior daba buen indicio de su compostura interna. Su virtud ejemplarizaba al vecino y su ciencia ilustraba a todos con fácil y galano buen decir. Pero tenía su viciesito, como todo hijo de Adán; vicio inofensivo y en boga por aquel tiempo entre la gente de tono. Dominábalo el rapé, fino polvillo que cargaba en valiosas cajas de oro guarnecidas de pedrerías, al lado de las cuales habría lucido las suyas sin rival mi digno amigo y paisano el General don Luis La-Puerta.

Y digan ustedes si no sería simpático el personaje cuyo retrato hemos intentado diseñar, garantidas por la notable circunstancia de que hace ciento sesenta y seis agostos que el hombre duerme bajo tierra; pues que, a tomar todavía el rapé con la zurda, no faltaría maledicencia humana que nos acusase de intenciones preferenciales como ocurrió en la bendita tierra del *Misti* con motivo de la loa que nos endilgara escritor con votos en mano de Obispo, pronto a retractarse de ¡tamaño escándalo! por más que nosotras siempre miramos de tejas para abajo el humo del zahumerio que, en literatura, ni quita ni pone, y en vanidad de mujer, ni pone ni quita.

Ya que conocen ustedes a mi gran amigo el doctor Cortés, comenzaremos la tradición.

III.

La peste asolaba, pues, de tal suerte a los habitantes del Cuzco, que las calles se veían *cuajadas* de cadáveres, llegando vez en que no se encontrase ya mano amiga que les diera sepultura, faltando también el lugar a propósito, porque antiguamente enterraban a los muertos en los templos y sus cementerios.

Fué en aquella época cuando el Obispo bendijo dos campos santos, uno al poniente y otro al medio día de la ciudad, llamado uno *Ayahuaycco*, y *Cconcho-pata* el otro, lugares que hasta el presente, conservan sus nombres, de significación histórica y sentenciosa, como todo nombre quechua;

pues, refiriéndose a la época de la peste aquella, en la cual los cadáveres eran arrojados en anchas fosas que hizo abrir el Cabildo, donde los cuerpos se descomponían sin un puñado de tierra echado por el cariño o la caridad, *Ayahuaicco* quiere decir zanja de cadáveres, así como *Cconchopata*, la cima de los restos.

Los apuntes que tenemos a la vista concuerdan con el relato que se halla a fojas 20 y 22 del "Libro de Cabildo", y hacen constar que en los primeros meses del flajelo los muertos eran cargados sobre llamas para sepultarlos, pero, muriendo también las acémilas que conducían aquella carga, una persona devota, cuyo nombre calla la crónica que nos da luz sobre la materia, mandó fabricar un carro en el cual conducían veinte y treinta cuerpos a la vez.

Puesto que de peste hablamos, y ello no será agua de cerrajas para el lector investigador, haremos constar la noticia que las "Cartas annuas" de los jesuitas dicen al respecto. La superstición halló asiento en el corazón del indio como avaricia en alma de usurero. El indio es supersticioso a tal grado que guarda una especie de religión, y así, los indios—dicen las "Cartas"—creyeron ver llegar del Callao un personaje llamado *Peste*, trayendo entre manos un cráneo descarnado y amenazando a cada pueblo del tránsito donde, una vez llegada la huéspeda, comenzaban la fiebre y la mortandad. Para conjurarla se entregaron a pactos con el enemigo común, que adoraban pintado en lienzos bajo figuras extrañas y disparatadas. Los Padres Fray Joseph de Aspilcueta y Fray Gabriel Romero de la Orden de Predicadores, fueron quienes recogieron mayor número de aquellas pinturas, reprimiendo la idolatría".

El caso de la tradición es que el doctor Cortés, con ciencia, prudencia y santidad, también cayó en pecado gordo: pecado de superstición que lo llevó al sepulcro.

IV.

Plática sazonada con Filosofía y Cánones tenía todas las noches el señor Cortés, en compañía de cuatro o cinco amigos y discípulos suyos. En una de aquellas discutieron largamente sobre la muerte, la otra vida y el poder de la peste, sin mencionar, por supuesto, los microbios de oga-

ño, ni echar ribetes de incredulidad, que se estilan al presente con la negación de la inmortalidad del alma, dejando en fosa igual a víctima y verdugo, a leal y traidor, a usurero y caritativo, etcétera.

Usando broma uno de los contertulios dijo al doctor Cortés:

—Si a acariñarme viene primero la ñata, y voy a sitio cómodo, he de llamar a usarced para compañía e mejor eternidad.

Aprobó Cortés la trata y no volvió a ver a su amigo en los días siguientes.

El 8 de Setiembre se fué a la Catedral a celebrar misa y echó de ver que un cuerpo enterrado el día anterior cerca de la valla del altar de Nuestra Señora de la Antigua, sacaba un brazo que sobresalía gran parte de la superficie del pavimento. El doctor Cortés al verle exclamó:

—¡Aquella mano me llama!.....y cayó exánime, muriendo el día 15 al influjo de esa *llamada de sepulcro.*

V.

Para terminar, nos permitiremos trasladar íntegra la relación de la "Chrónica historial":

"*La mano la recogieron poniendo bastante tierra por encima, mas el día 9 de dicho mes, la hallaron otra vez fuera. Y ya con algún cuidado la volvieron a entrar echando más tierra y para su mayor resguardo pusieron sobre ella una piedra cuadrada y sin embargo de este peso se vió el día 10 levantada y la piedra a un lado. Lo que dió que discurrir aun que no se puso más diligencia porque luego un clérigo haciéndola cortar la arrojó en una de las zanjas del cementerio*".

Comente el lector cómo se discurriría en aquel tiempo sobre accidente que hoy definiríamos, qué horror! un vivo enterrado, y le cortan el brazo! lo que el doctor don Félix Cortés tomó por llamada de sepulcro, a la cual acudió solícito y cumplido.

Moscas y moscardones.

I.

Para los que hemos nacido a respirar el aura de la libertad republicana, existen muchos casos en los que, rememorando el pasado, no se sabe, en verdad, a qué carta quedarse. Tal acontecería por ejemplo a la humilde servidora de ustedes si fuerza y razón no hubiesen ya puesto fin a pleitos caseros.

Voy a explicarme.

Los abuelos maternos, godos macisos, más que onza de Luis Felipe de Borbón, malas trazas encontraban a la emancipación de la Metrópoli, abrazando la causa realista con la lealtad y firmeza de convicciones que ya ogaño no se acostumbra en política. Don Joaquín Tadeo Gárate, a quien apasionada e injustamente trata el *gringo* Miller en sus "Memorias", protestando contra el refrancico *hombre entrado en días, las pasiones frías;* fué quien permaneció más inflexible a sus creencias, recibiendo la justa estima del Rey. "La Gaceta de Madrid" de 1º de Enero de 1825 registró las siguientes líneas que vienen en corroboración de nuestro aserto:

"El Rey nuestro Señor, en atención a los méritos, apreciables circunstancias y distinguidos servicios de don Joaquín Tadeo Gárate, intendente de la provincia de Puno, así como a las costosas pruebas de fidelidad y amor a su Real Persona y soberanía con que tanto se ha señalado en épocas las más críticas, se ha dignado concederle los honores de Ministro del Supremo Consejo de Indias".

En cambio, los abuelos paternos hacían bonita guiñada a la causa de la libertad, protegiendo a todo patriota que asomaba cabeza audaz por los linderos del Cuzco.

De este modo, vivían siempre divididas en política las dos familias a las que ya en tiempo de la República, Cupido (y quién había de ser?) las juntó, flechando al hijo primogénito de la una por los parleros ojos de la hija del otro, y aunque resabios quedaban en la abuela que respiraba a veces reclamos *de sus tiempos*, ello no significó pulla en familia, y tanto es que, igualmente llegaron a estimar al Libertador Bolívar, de quien merecieron distinciones.

Pero es otra la dirección en que vamos a perjeñar las presentes páginas.

II.

Willam Miller, uno de esos caracteres esencialmente ingleses, dejó, según es sabido, su patria, donde sirvió como valiente soldado desde Enero de 1811 hasta 1813 llenándose de glorias en los campos de batalla de la Victoria y el asalto de Bayona, haciendo figurar su nombre en los sitios de Rodrigo, Badajoz y San Sebastián.

Llegado en 1819 a la República Argentina, entró bien pronto a alistarse en el ejército libertador, bajo las órdenes de San Martín, que ya supo distinguirlo desde su presencia valerosa en Cancha-Rayada.

La hoja de servicios del General Miller, llegado a tan alta graduación con la lentitud propia de quien conquista grado por grado las amables charreteras, a costa de méritos; no puede ser mejor laureada.

Le vemos desde la toma de la fragata española "Esmeralda" cuando mandaba la infantería del Bergantín "Lautaro", hasta las últimas acciones de armas en Junín y Ayacucho.

Miller había visitado varias ocasiones el Cuzco, hospedándose siempre en casa de la señora Angela Miranda y Astete de Matto, donde era tratado en familia.

Gustábale con preferencia a todo otro postre, el que en mi país fabrican con el nombre de *sopa borracha*, y frecuentemente decíale a la señora de la casa.

—Patrona, mándame hacer *burracho sopa*.

Complacíanlo de buen grado, pero sucedió que siendo expansivo en su charla de sobremesa, que regularmente comenzaba al servirse el dulce, dejaba distraido su plato en el que se asentaban las moscas atraidas por el almíbar de la sopa, y era preciso renovarle dos o tres veces el plato.

En aquel tiempo, aun no se sabía el arte de conocer la nacionalidad por medio de una mosca, ignorándose por consiguiente que el inglés que encuentra una mosca, en el vaso de cerveza, llama al mozo y le pide otro; el yankee tira la mosca con la mitad de la cerveza y se bebe el resto: el español sopla fuerte la espuma para que la mosca caiga: el italiano aparta el insecto con la punta de un cuchi-

llo: el francés saca la mosca con el dedo meñique: y el alemán se bebe todo cerveza y mosca.

Ahora bien, Miller, siguiendo la inspiración de nacionalidad, cuando veía moscas en su plato de *sopa borracha* lo retiraba con educación diciendo:—¡uf que *moscos!* y pedía otro, hasta que, un día, sin duda un tanto fastidiado por las muchas veces que llegó a repetirse aquello notificó a la dueño:

—Patrona, *mí remmcia buracho sopa.*

—¿La causa, General?—apresuróse a preguntar Angelita, recibiendo la respuesta lacónica:—Por los *moscas! muchos* moscas.

Posteriormente, la frase de Miller fué sublimizada epigramáticamente por el Gran Mariscal Castilla, que para espantar a los impertinentes de Palacio, solía decir sacudiendo el pañuelo con la gracia que le era peculiar:—Moscas, moscas, moscardones, moscardones.

Presumo que los últimos serían de los que invaden la cartera de Hacienda. Mas, ¡oh dolor! con el tiempo las moscas de Miller y los moscardones de Castilla han llegado ya, según referencias, a alacranes que invaden el Palacio de Gobierno, donde, ignoramos las trazas que se dará el Presidente Cáceres para librarse de ellos.

III.

Al escribir sus "Memorias" el ilustre Miller, sin duda ignoraba que el hijo primogénito de su predilecta amiga era esposo de la nieta del franco realista a quien increpaba con dureza apasionada, sin adivinar tampoco que la primogénita de ese matrimonio trazaría algún día los expansivos cuadros de familia donde él fué tratado como hijo, mencionándolo quien estas líneas rubrica, con el cariño y respeto que se merecen los próceres que derramaron su sangre para legarnos patria libre.

De llama y fuego.

I.

Todavía se saboreaban los residuos de mesa regalona con motivo de la entrada, al Cuzco del Corregidor General don Pedro de Balbín, que, desde el principado de Asturias, vino provisto de Real Cédula, que en 1º de Agosto de 1680 fuéle otorgada en el palacio de Madrid.

Noticia cominera y minuciosa tienen ya los lectores de nuestras Tradiciones acerca de las mesas confortables con las cuales agazajaban los pueblos a sus nuevos mandatarios, en las que, la sustancia del puchero español no le iba en zaga a los apetitosos ostiones con que, en zuculenta sopa, provoca la patriotería, porque, si antaño se comía por placer y nutrimiento, ogaño se manduca por fines de política; y observado llevamos, que los *menus* han arrinconado a los *memoriales, cédulas de nota* y otras letras de la laya en las que nuestros mayores recopilaban datos y apuntes para buen gobierno.

Instalado Balbín, se eligieron también los Alcaldes de la ciudad, recayendo vara en don Diego de Navía Salas y Valdez y don Martín Valero, quienes se estrenaron en la asistencia oficial a la procesión del Señor llamado de *los Temblores*, el Lunes Santo, 31 de Marzo de 1683.

Convendría citar aquí lo que son hoy las procesiones del Lunes Santo en la ciudad del Cuzco, para que el lector hiciese referencias comparativas con la pompa del año citado, año de gracia en que también se festejó el nacimiento del Duque de Anjou; pero, viniendo el tiempo estrecho, bástenos decir que, los habitantes de aquel hermoso, rico e histórico departamento, se reunen casi en su totalidad en la plaza mayor del Cuzco, ciudad donde ya no existe fiesta religiosa de mayor solemnidad que la del Lunes Santo, de tierna y cariñosa memoria para los cuzqueños ausentes del suelo querido, y cuyo recuerdo ha inspirado estrofas como las del señor Berriozábal, Marqués de Casajara, en su canto "al Señor de los Temblores".

Volviendo al relato: aquel año terminó la solemne fiesta hacia las seis y media de la noche hallándose la Luna

suspendida en el Cielo, alumbrando la ciudad, en su cuarto creciente.

II.

Recogido el vecindario, la mayor parte de él se había entregado al sueño. después de ligera plática religiosa, cuando indistintamente partieron voces desesperadas de las plazas y calles, gritando ¡fuego! ¡misericordia!.....

Las campanas de los templos lanzaron también voces de rebato. Entonces, aun no se oía, en las colonias españolas la misericordiosa vibración de las campanitas de Bomberos, ni las Compañías de Salvadores se habían organizado para tan sublime y heroica misión.

El hormigueo y la confusión de los habitantes crecía con la misma rapidez con que consume el voraz elemento el combustible que halla a su alcance.

Aunque la naturaleza de las construcciones cuzqueñas, que son de adobe, teja y ladrillo cocido, sin contar los templos ni monasterios, hechos de piedra granítica sobre los muros de las construcciones de los Incas, las pone a salvamento de los incendios que deboran a las ciudades donde prevalece la madera, fué tal el aspecto del fuego y llamas del que nos ocupa, que la consternación y los lamentos se disputaban primasía.

¡Fuego!! fuego!! misericordia!! perdón!! eran las palabras que el eco repercutía por los ámbitos de la noche, haciendo saltar de sus camas a muchísimos en paños menores.

La cosa era gorda.

Pasaba de tornasolada a roja.

No faltaron quienes acudiesen a los templos en demanda de confesión sacramental, haciendo públicos actos de contrición, como que tenían la muerte a los ojos.

Presumo que aquellos serían cifra entre los que corderos por el forro, llevan entrañas de tigre.

Hubo gran número de penitentes con cruces pesadas y arrastrando cadenas, dice el cronista que surte de datos la pluma narradora.

III.

Lo que puso en alboroto mayúsculo a la ciudad y en miraje aterrador a los mortales aficionados a quebrantar

mandamientos, fué un fenómeno celeste: unas auroras boreales, que presentándose por la parte septentrional en forma de piras, se levantaban en el horizonte iluminando tan fuertemente la ciudad y los pueblecitos circunvecinos como San Sebastián, San Jerónimo, etc. que el más adiestrado bombero de los muchos elegantes y buenos mozos que visten uniforme en el siglo diez y nueve habría jurado, por las niñas de sus ojos, que aquellas piras eran incendio de llama y fuego, corriendo veloz en busca de escalas, chacó de hule, botas enlustradas, chaqueta roja, pantalón blanco y demás adminículos del oficio; pero, al llegar al lugar del siniestro, habríase chasqueado, como los *chapetones* y los peruanos de 1683, con las tales auroras boreales; cuya pintura existe en cuadros que posee el Museo del Cuzco, y que, también tiene la servidora de ustedes, en lámina de un libro antiguo como la verdad, con más señales que la cara del vecino escapado de viruelas y con forro de pergamino tan durable como el cuello de jebe que, blanco y lustroso, luce más de un elegante *gentleman* de los que tuercen bigote dorado.

Las auroras boreales del 31 de Marzo de 1683 desaparecieron a las nueve y media de la noche, habiendo durado más de una hora, y no se volvieron a ver hasta el 26 de Julio de 1720 y el 20 de Abril de 1744. Pero, estas veces, avisados ya los habitantes, por referencias tradicionales de voz de abuela, miraron los fenómenos sin terror, observándolos con atención y dejando datos en memoriales curiosos, como serán, indudablemente, los que se recojan de la fiesta a beneficio de la *Bomba*, donde tiene vela y ración mi popular colega y festivo escritor el *Tunante*, a quien Dios guarde, y para quien hemos hilvanado estos renglones de *llama y fuego*.

HOJAS SUELTAS

La romería a Cayma.

I.

La mañana se presenta apacible y tibia con sus ligeras nubes de verano, tras de las cuales se oculta el sol abrazador del medio día.

Nuestros caballos esperaban desde la madrugada, y a las cinco partíamos formando una comitiva de doce personas.

La ciudad dormía y las brisas olorosas del crepúsculo, próximo a fenecer, llevaban el perfume de los naranjos, los limoneros y las magnolias, evaporándose hacia la cumbre del rey *Misti*, que, como en mi país el *Rodadero* o el *Ausangati*, se presenta en la primera fila de esas moles andinas coronadas de nieve, pregonando la majestad y la pompa de la naturaleza.

Las herraduras de los brutos parecían asentarse con mayor sonoridad sobre las baldosas de la ciudad desierta, donde solo era interrumpido el ruido de nuestro paso por la voz de algún can, celoso vigilante de la hacienda del amo. Mi hermano Daniel fué el primero que rompió el silencio de los caminantes para trazarnos el itinerario del día, y todos dijimos a una voz.

¡Cayma!

Un sentimiento religioso de antigua promesa debía conducirnos a ese Lourdes mistiano, en busca de la portentosa agua; en demanda de una oración, un suspiro, un quejido del alma enferma!.....

El camino quebrado y fatigoso recorrímoslo breve y se ofreció a nuestra vista *Yanahuara;* y desde allí la espléndida campiña de verdor esmeralda, bañada por brazos de agua, corrientes en todas direcciones, con sus blanquesinas casitas diseminadas como las poéticas tiendas de la Arabia, llevando atada a la estaca, en lugar del camello, la *yunta*, que es el sostén del arado y de la labranza.

¡Qué agradables comparaciones acuden en tropel a la memoria evocando el recuerdo de las campiñas del interior del Perú!

Allá la paja, ligero juguete del viento, aquí la piedra orgulloso elemento; ambas sirviendo de habitación al hombre, formando la belleza del campo y llevando el alma a la obra de Dios.

¡Qué breve y dichosa parece la vida en el campo!

II.

Teníamos al frente el templo de Cayma que se destaca detrás de moreras y molles: pedimos hospedaje en la casa del cura, un varón santo y de fama de milagrero que nos recibió con la bondad de su Maestro.

Ese templo es, como todos los de Arequipa, de piedra blanca: sus torres y la fachada principal, algo irregulares, la distribución interior ordenada, pero se deja notar la falta de luz por la carencia de ventanas. Sus paredes de la izquierda ostentan diezisiete cuadros representando la historia de los milagros de la Virgen de Cayma.

En los altares existen efigies de perfecta escultura, particularmente la de san Juan de Dios y el Señor del Sepulcro. En el altar mayor está la Virgen de la Candelaria, llamada de Cayma, mandada a Arequipa por la piedad de Carlos V en igual fecha que el Señor de los Temblores y la Virgen de Belén que se veneran en el Cuzco.

Después de conocer todas tres, podríamos aventurarnos a asegurar que son imágenes salidas de un mismo taller, aunque en distintos momentos de inspiración.

Es la Virgen de Cayma, una imagen de sorprendente perfección y vivacidad, y expresión de mirada tales, que alcanzan a herir las fibras más encallecidas de los corazones ausentes de las relaciones místicas.

III.

Subimos al camarín mismo de la Virgen de Cayma, donde nos condujo el señor cura: la veneramos en silencio, alcanzamos a besar la orla de su manto, y en un momento de rodillas le dirijimos..... el quejido del alma que sufre y llora!.....

Los espíritus habíanse absorbido en la secreta y profunda meditación de aquel dulce éxtasis del que cree y espera.....

¿Quién, en aquellos trasportes de la tierra hasta el cielo no ha sollozado alguna vez repitiéndose con el Rey arpista "Restitúyeme aquella alegría prenda de mi paz con vos; e inspírame un espíritu de fortaleza que me confirme en el bien?".....

.....

Uno de nuestros compañeros, que mandó buscar algunas ceras, llegó con aquella mística ofrenda del corazón sencillo y la depositó a los piés de la Virgen: todos bebimos un vaso del agua portentosa, y terminó así LA ROMERIA.

IV.

Salimos, otra vez en demanda de la campiña, el cielo velado, y el arzón de nuestras cabalgaduras, para tomar la ruta de *Tio*, *Tiyabaya* y *Tingo*, trayecto bellísimo en el cual se ostenta la naturaleza con la exhuberancia de las playas americanas, y el brazo industrial del hombre se deja contemplar vigoroso.

Grandes llanuras, cultivadas con esmero, van orladas en su contorno con bosques de perales, moreras, limoneros, sauces y otros árboles de matizado verdor y las planicies en que se cultivan las frutillas se esconden en medio de un verde oscuro salpicado de florecitas rojas.

¡Qué alegre romería!

Casi nos hemos sentido felices por unas horas, poniendo un paréntesis a estos afanes del vivir y sufrir, y siempre sufrir!.....

Nocturno.

I.

El hastío es el cansancio del alma en el penoso viaje de la vida.

El nublado es el hastío de la naturaleza, y cuando, derramada la lluvia, dora el sol los espacios donde se levantan los montes coronados de nieve, así como los árboles que forman diadema de esmeraldas circundados por las trepadoras campanillas olorosas; es el reir de la naturaleza. La cristalina gota de agua luce aún sobre la verde hoja cual diamante próximo a desprenderse, y la mañana vestida de nacar y de flores nos habla de la esperanza; nos habla de Dios.

....

Cuando la noche del caos circunda el espíritu ofuscándole, da un paso el descreido.

Si fuese posible concebir al ateo, sería viéndole surgir de entre esas sombras tétricas para envolverse en el sudario maldito del que ni cree, ni espera; pero el ateo no existe.

Si "la inteligencia discurre, el corazón adivina". "Lo que en la inteligencia es un cálculo, en el corazón es una esperanza".

He allí por qué no podemos convenir en la existencia del ateo, pues no creemos haber llegado al siglo de los hombres descorazonados.

II.

¿Quién no se ha sentido con el alma oprimida en los días de hastío?

Todos: ya tristes en los momentos de recuerdo, ya enloquecidos en las horas de la lucidez, vagamos durante un año, diez, veinte años, pasando por entre escombros y ruinas que en su áspero laberinto hieren la planta, hasta que, un día ha brotado sangre, esa sangre del alma, que en lluvia cristalina inunda la mejilla alijerando el corazón.

¡Lloramos!..... ¡Volvemos!.....

Y ese día, entre la distracción o el halago indefinido de un algo dulce que nos invade, nos paramos ya sea en el pórtico de un templo donde arde la lámpara de Dios, faro de las almas extraviadas en la encrespada borrasca. ya sea en el misterioso dintel de nuestro propio corazón para creer y esperar.

Ellos suelen detenerse también en el santuario del hogar donde una mujer buena, pura, afectuosa, les sonríe enviándoles en el rayo de su pupila la creencia en Dios.

¡Sonrisa salvadora de la esposa cristiana!

.....

Las desiertas naves de los templos, cuyo silencio turba apenas el eco de un suspiro, un sollozo, un ¡ay! consolado en seguida, hablan siempre al alma un lenguaje que no es de este mundo.

Allí muere el egoismo. Allí se nivela el harapo con la seda y se vierte victorioso el óleo con que está ungido el que cree y espera; y ¡sube, dulce oración, al cielo.

III.

Un día anduvimos conociendo los edificios de la ciudad poética que, como sultana orgullosa se recuesta al pié del Misti gigantesco.

Para nosotras, nacidas en la tierra de las grandezas y de los monumentos sorprendentes, eternos como la piedra de que están formados, todo nos pareció pobre, deleznable y pequeño.

Los monumentos del Cuzco, van pregonando al través de los siglos, su magnificencia, su poder, su eternidad.

Sin embargo, edificios eternos también encuentra el espíritu reflexivo, sea que se confunda en la multitud del poblado, sea que cruce solitario por la selva desierta.

Nuestros pasos se dirijieron, independientes de la voluntad, hacia el centro de las naves sombrías de un templo: fuimos a arrodillarnos cerca del sitio donde un ministro del altar confortaba alma agonizante, absolviendo al pecador por cuyo corazón cruzó el rayo benéfico del arrepentimiento.

Y pensamos en el edificio moral, que, grandioso y perenne se alza junto al hombre mismo, que, caído, quiere levantarse.

Esta idea nos llevó el recuerdo del Rey arpista que lloró un día sobre las cenizas de su pasado, en aras de su penitencia, de donde salieron raudales de luz, levantándose de ellas, el Fénix de la purificación, que aplacó la venganza invocada por la sangre de Urías. De su arpa salieron notas que estremecen el alma, y conmovido el cielo repitió, allá en las alturas incomensurables, uno a uno, los acordes de los SALMOS inmortales.

Y desde entonces, David es el amigo inseparable de los que han llorado por el amor en la plenitud del sentimiento. Es el amigo de los que tienen corazón.

....

La naturaleza nos habla de Dios. La tempestad pregona su poder; el corazón lo adivina, suspira por él y por él llora. Ella nos muestra su bondad. Allí está Dios.

IV.

Nos alejamos implorando a nuestra vez la paz del espíritu.

El recuerdo de aquel día de dulce peregrinación ha venido en medio de nuestras meditaciones para dar vida a este nocturno.

La quena.

I.

Los que cruzáis el mundo con el corazón oprimido, llorando con la nostalgia del cielo que os cobijó al nacer y envolviendo en los ayes de la congoja el recuerdo del árbol secular de la montaña, cuya fronda sombreó vuestras tristezas, vosotros ¿no habéis sentido *estremecerse el alma* con las notas que da la quena como quejidos del cautivo desgraciado?

La quena que tocaba el peruano del imperio, resonando con eco melancólico, en el fondo de la cabaña, con el presentimiento de la esclavitud, es la misma que hoy llora en los pajonales y en la aridez de la puna, el eterno cautiverio del hijo de opulenta patria, y en cada nota parece escaparse un pedazo del alma sollozante del indio triste, convertido en acémila por el rigor de la suerte.

Escuchar la quena a la luz plateada de la luna, es soñar despierto con las dulces tristezas del amor ausente,

Oirla en noche tenebrosa cuando las sombras envuelven la campiña, es desgarrarse el alma con sensaciones de un dolor sin nombre.

El duo de las quenas, según la expresión de un ilustre viajero contemporáneo, nos lleva a pensar en el dolor compartido, mientras que el monólogo es la querella del solitario sin consuelo, partiendo del corazón del indio errante o del alma de amante traicionado.

"El primero llora su libertad y su esposa, dos ilusiones perdidas, el otro pide a Pachacamac que le devuelva el corazón de la mujer a quien pretende levantar en la montaña un altar adornado con flores de amancay y perfumado por las recinas de las selvas". Y ambos lloran sin que el llanto asome a las pupilas, porque, condensado en el corazón, sólo halla curso libre en las notas de la quena.

¡Cuántas veces, atravesando la helada cordillera donde el sol dora la paja y la nieve blanquea las cimas, hemos contemplado al pastor vertiendo en la quena el llanto de su alma.

Alguna vez hemos oído junto al fogón de la choza solitaria, la historia del *Manchay-puito* entrelazada con la leyenda y la tradición, confundiéndose el nombre de Camporreal, con el del cura de Yanaquihua.

II.

Ningún instrumento puede traducir, como la quena, los lamentos del amor desgraciado. Sin duda por eso la leyenda ha puesto en manos de Camporreal la quena aterradora.

¡Historia tremenda de tristeza y de espanto!

Dos corazones que alcanzan a confundirse en un suspiro, formando una arma sola, nunca pueden ser separados por el hombre.

Camporreal conoció y amó a la hija de un español y una india. Sus padres concibieron el imposible de su unión por la desigualdad de cuna y le alejaron del lugar, fingiendo, poco tiempo después, que la predilecta de su corazón se había enlazado con otro.

Camporreal, en su desesperación, abandonó el mundo, abrazando la carrera del sacerdocio, pero, cuando regresó al lugar que fué testigo de sus castas y vehementes impresiones, vió al objeto de su amor, y supo que, libre y fiel, como los mártires lloraba su ausencia.

Desde aquel momento se despertó en el pecho de Camporreal la dormida y fiera pasión. La casualidad descorrió el velo que había enlutado la vida del sacerdote. Acudió la tentación atraida por el amor y Camporreal fué perjuro a sus sagrados votos. ¡Nunca mayor tempestad destrozó el alma de un hombre amante de la virtud! Pero Camporreal amaba más que todo a aquella mujer, en la cual vió reunido el compendio de lo bueno y de lo bello.

Tronchada la flor de su tallo, arrebatóla el huracán de las pasiones: ella y él, vencidos mutuamente, fueron a pedir albergue a la soledad de la montaña, pero ¡ah! el clima de la azucena y el amancay cobijó el teatro del dolor y del espanto. La muerte cerró los ojos de ella a la luz de las miradas de él, que en el colmo de su frenético cariño no quiso depositar los despojos de la mujer adorada en el seno de la tierra presenciando día a día la descomposición de la materia..... Consumada la obra de la destrucción, aun quiso el amante conservar consigo los más duraderos de sus despojos para inmortalizar con ellos su dolor, e inventó la quena, formando el instrumento de su tristeza de la canilla izquierda del esqueleto, y entre los ayes de su alma enferma, sintió irse la razón dando paso a la locura....

.....

.....

III.

¡Misterios del corazón humano que se traslucen así en lágrima cristalina como en suspiro del alma! Ellos tienen fiel intérprete en los ayes de la quena; y los consuelos que el hombre y la sociedad niegan al desgraciado sin patria y sin familia, brindaselos la triste caña que modula el lenguaje del alma.

¿Queréis *sentir la poesía* de la tristeza o del amor? Escuchad la quena quejumbrosa que suena al través de los rayos de la luna.

En la paz de Dios.

I.

Y ese día, entre la nube de las reminiscencias que se levantan en alas de lo que fué y de lo que será, cerniéndose en el presente, opacado por la tiniebla de la desventura, sentimos surgir el espíritu en la vaporosa somnolencia del que *finge realidades*.

Habíamos llegado.

La ciudad populosa despedía sus gentes en una tarde de *baratillo*, tarde de sábado en que la plaza de San Francisco solía lucir hermosura y talento en ojos moriscos y cabezas de sultanas.

Nuestra casa materna ocupa la esquina.

Eramos veinticuatro de comparsa viajera.

El bullicio de las herraduras de alegres corceles, aumentando de pronto al penetrar al zaguán, fuése perdiendo a medida que *ellos* echaban pié a tierra.

Y alzando nuestra vista ansiosa hacia las barandas de los altos, esperamos miradas, sonrisas abrazos de satisfacción que en otro tiempo colmaban de dicha el día de la llegada.

Y.....en vano aguardamos.

Nadie salió a nuestro encuentro.

La viajera, al tomar, encontró apagado el fuego de la chimenea, frías sus cenizas, la estancia sola y esparcidos por todos lados los recuerdos del alma.

—Ese es el cuarto de mi tía, mi segunda madre, que cuidaba la cantina del colegio mientras papá preguntaba por la gramática y la lección.

¿Dó está?

Y una amiga de aquel tiempo, sobreviviente a la catástrofe respondiónos casi en secreto.

—¡Murió la pobre! ¡descansa en la paz de Dios!

¡Aquella es la alegre alcoba donde blanqueaba la cabeza de mi abuela, esa tierna madre de nuestra madre, dos veces madre, que en la noche repetía el *ora pro nobis* del rosario y en la mañana surtía de bizcochos las canastillas de provisión estudiantil, inundando de besos la cabellera que fué de oro en la niñez. ¡La abuelita! ¡Ah! decidle, que la nieta ha vuelto, que ya llegó, que espera sus brazos, su voz de bendición.

Y la palabra tétrica de la amiga volvió a murmurar.

—¡Murió la pobre! ¡Descansa en la paz de Dios!

Y nadie salió a nuestra demanda. Todo había muerto; sin embargo, aun restaban nombres que evocar: ¿Andrea, la ama querida, Manuela, ese tipo de la sirvienta fiel de los tiempos de nuestros padres?

—¡Las pobres murieron! ¡descansan en la paz de Dios!

Y aquí fué preciso apelar al cielo para no desfallecer en la tierra.

Y sentadas sobre las ruinas del encantado alcázar doméstico, como en otro tiempo el profeta doliente, sobre las ruinas de la ciudad babilónica; puestos los codos sobre las rodillas, la manos en la mejilla, cerrados los ojos y el alma en mustio recogimiento, vimos pasar ante la memoria, idénticos y actuales, los sucesos de treinta años?.....

¿Para qué volver?

Allá, los recuerdos.

Aquí, el alma regenerada porque lloró en la paz de Dios, humedeciendo tierra extraña, bajo cielo que no es el mismo que nos vió nacer.

¡Tierra bendita, suelo hospitalario, donde se levanta ciudad cristiana!

Caminantes del desierto ¿llegaremos a la meta con la frente coronada de espinas y el alma vacía?

¿Para qué volver?

¡Oh, nó! Aun nos quedan de nuestro padre la sombra bendecida y los venerandos cabellos de plata que hemos de besar.

Malccoy.

(Leyenda india).

I.

Si bien es cierto que el cautiverio ha hecho degenerar la raza indígena, dejando caer denso velo sobre sus facultades intelectuales, que al presente parecen adormidas en la atonía; no menos verdad es la de que en sus épocas primaverales, los indios dejan correr un tanto aquel funesto velo, y como quien vuelve a la alborada de la vida se entregan a las fiestas tradicionales de sus mayores.

Una de esas es el *malccoy*. Traduciendo libremente al castellano esta palabra, diríamos: la juventud con sus umbrales encantados de amor y de ensueños; la primera ilusión del niño trocado en hombre, la primera sonrisa intencionada, después del reir de la felicidad, que no deja cuenta clara para quien se reconcentre en su examen psicológico.

¡Malccoy! Infinitas veces hemos asistido a estas fiestas campesinas, compartiendo la sencilla alegría de nuestros compatriotas, sentadas sobre el surco abierto por el arado en tierra húmeda, apagando la sed, en igual basija de barro legendario, con la chicha de maiz y cebada elaborada por la feliz madre del malcco, allá en esas poéticas praderas del Cuzco; así se llamen Calca, Urubamba o Tinta. Los nombres de aquellos indios casi los podríamos apuntar, tan frescos viven en la mente. Pero entre ellos descuellan los de una pareja que aun vive resignada y feliz tras la cima de los Andes, allá muy al otro lado de las saladas aguas del mar. Su historia no es un secreto, y narrarla voy, ofreciéndola como el fruto de nuestras observaciones.

II.

Conviene saber lo que es un *malcco*, para la ordenada narración de esta leyenda.

Todos los jóvenes varones que frisan ya con los 16

años, están obligados a correr la carrera del malcco (pichón).

Los padres se afanan y los hijos llevan la mente abstraida desde uno o dos meses antes, con la idea de la carrera.

Generalmente se elige la época de los sembríos o de la cosecha para hacer la carrera, al finalizar las labores consiguientes.

Se reunen todos los mocetoncitos de un *aillo*, entrados en la edad, y el más caracterizado de los indios, que ya está por lo regular jubilado de cargos, elige los dos que han de ser el malcco y correr la carrera: el que la gana, ha de casarse aquel año.

Figúrese el lector los aprietos de los mancebos que ya tienen el corazón en cuerpo de alguna ñustta.

Su felicidad queda a merced de la pujanza de sus piés y pulmones.

III.

Pedro y Pituca, nacidos en chozas vecinas; desde los tres años al cuidado de las manadas de ovejas, habían crecido compartiendo el pobre fiambre de mote frío y chuño cocido al vapor, corriendo campos iguales y contándose cuentos al borde de las zanjas festoneadas de *matteellos* y de grama. Allí, en esos bordes aprendieron tanto los tejidos de sus ondas como el hilado de los bellones que caían en el tiempo de la trasquila.

Ya no eran niños.

Pituca, aunque la menor, entró la primera en la edad de las efervecencias del alma que suspira por otra alma. Sus negros ojos adquirieron mayor brillo y sus pupilas respiraban fuego.

Pedro, talvez más tranquilo, comenzó a ver que sólo al lado de Pituca se sentía bien, y los días de *faena*, en que tenía que suplir a su padre e iba al pueblo, taciturno y caviloso, suspiraba por la choza, por la manada y por la zanja.

—Pituca—se decía, al tomar la ración de coca ofrecida por su cacique, en cuyos campos labraba, sin otra recompensa. ¡Pituca! al mirar las *lieilas* coloradas y de *puito* verdes tramados con vicuña que lucían las esposas del alcalde o del regidor de su *aillo*.

Un día, sentando a Pituca sobre su falda.

—*Urpillay*, le dijo:—mi padre, mi hermano mayor, el compadre Huancachoqque, todos tienen su mujercita. ¿Quieres tú ser mi palomita compañera? Yo correré el malcco este año, ¡ay! lo correré por tí, y, si tengo tu palabra, no habrá venado que me dispute la carrera.

—Córrela, Pedrucha—contestó Pituca—porque yo seré buena mujercita para tí, pues, dormida, sueño contigo, tu nombre soplan a mi oido los *machulas* de otra vida, y, despierta, cuando te ausentas, me duele el corazón.

—Escupe al suelo—respondióle Pedro abrazándola, y aquel compromiso quedó sellado así.

IV.

Los maizales verde esmeralda se tornaron amarillos como el oro.

El balido de las ovejas y el bufar de los bueyes, los nidos de palomitas cenizas multiplicados en las ramas de los algarrobos, las retamas y manzanos, anuncian en aquellos campos que ha llegado la estación del otoño: los tendales se preparan para la cosecha, el agricultor suspira con inquietud codiciosa y las indiecitas casaderas comienzan a componer las cantatas del *yaraví* con el cual han de celebrar el *malccoy*.

Es el día de la faena.

Los mayordomos, cabalgados en lomillos puestos sobre los lomos de vetusto *repasiri mayordomil*, que de estos hay dos o tres en las fincas, recorren al galope las cabañas. Suena la vocina del indio *segunda* y pronto los prados se cubren de indios que llevan la segadera y la *coyunta* con asa de fierro lustroso.

Son los alegres afanes de la cosecha.

Terminado el recojo de las mieses, viene luego el malccoy.

V.

Aquella vez eran las planicies de *Hattunccolla*, en la finca de mi padre, las que servían de teatro a las poéticas fiestas de esos buenos indios.

Comenzaron a llegar las indias acompañadas de sus hijas.

En el solar de la izquierda, llamado *Tinaco*, se reunieron los varones para la designación de los malcocos.

La voz unánime señaló a Pedro y a Sebastián. Este último era un indiecito de carrillos de terebinto, trenza de azabache y mirada de cernícalo. En la comarca no le designaban con otro nombre que con el de *Chapacucha*, y tenía como tres cosechas de más sobre la edad de Pedro.

Chapacucha llevaba el alma enferma: su dolor casi podía distinguirse al través de la indiferencia con la cual se adelantó de la fila cuando escuchó su nombre.

Toda la alegre comitiva se fué derecho al campo de *Hatunccolla*.

Al salir, se cruzó entre Pedro y Sebastián, este breve diálogo.

Sebastián.—Tienes tu novia aquí?

Pedro.—Presente y muy hermosa. ¿La tuya?

Sebastián.—Duerme en el seno de *Allpamama*. Murió la pobre de pena cuando me llevaron en la leva para servir de redoblante en el Batallón 6º de línea, dispersado en las alturas de Quilinquilin.

En aquel momento llegaron al lugar donde aguardaban las mujeres. La mirada de su madre produjo ligera reacción en el semblante de *Chapacucha*, y con rapidez prodigiosa quedaron, él y su contendor, adornados con la *liella* colorada, terciada como banda, un birrete de lana de colores y ojotas con tientos corredizos. Se midió la distancia, la señal de la vocina sonó y los dos mancebos se lanzaron al aire como gamos perseguidos por tirano cazador.

VI.

Pituca tenía el corazón en los ojos.

Llevaba pendiente del brazo una guirnalda de claveles rojos y yedra morada, como las llevan, casi todas las mujeres para coronar al ganancioso.

Veinte pasos más, y Pedro traspasó el lindero.

La victoria quedó por él. Chapacucha, con calmosa indiferencia, fué el primero que abrazó a su vencedor diciéndole al oido.—Tuya es, pero, ¡me duele por mi madre!

La algazara no tuvo límites, coronas, flores y abrazos fueron para Pedrucha, a quien preocupaba un solo pensamiento. Pituca tardaba en abrazarlo porque es usanza

aguardar que lo hagan los mayores. Por fin, adelantóse hermosa y risueña con la felicidad del alma, y antes que coronase las sienes de Pedrucha, vió caer a sus piés todas las flores con que aquel estaba adornado, señalándola ante la asamblea y diciendo en voz alta:—Esta es la virgen que he ganado.

Los indios tienen el corazón lleno de ternura y de generosidad, sus goces se confunden íntimamente. Chapacucha y su madre olvidaron que formaban número en la contienda, y sólo pensaron en cumplimentar a la dichosa pareja, por cuya felicidad fueron todos los *yaravíes*, cantados en el malecoy.

VII.

Tres meses después, tuvimos, muy cordial, el gusto de servir de madrina de las bodas de Pituca y Pedro, en cuya celebración epitalámica podríamos escribir: Amor.

Entre dos luces.

I.

La festiva ciudad despertó acariciada por los efluvios de su riente campiña, y las graciosas sultanas de ojos tentadores, buscando las albas vestiduras, y preparando las cajas de *poudre de riz*, y los pomos que iban a surtir la lluvia olorosa y matizada del *airampo* decían alegres: amaneció el carnaval.

Era la mañana del Domingo 15 de Febrero de 1885, de aurora sonrosada, de luz diáfana y brisa tibia que oreaba la frente meciendo las sedosas guedejas de cabelleras, así de oro como de ébano, que lucen las hijas del Misti.

¡Qué de ilusiones despierta el carnaval en el corazón

adolescente que sólo ha levantado un canto del cortinaje que cubre los misterios del vivir!

Luz dichosa, que hace sonreir a la juventud; luz que irá a ocuparse, sin remedio, con las tinieblas del ataud.

II.

Un grupo salmantino festeja también la llegada del carnaval, con la graciosa castañuela, encanto de la salerosa andaluza, la pandereta y la guitarra que, templada al pié de los muros de Granada, fué testigo de más de una de aquellas leyendas moriscas, donde Zaida o Rail, asomando al alfeizar, dejaron escuchar la queja del alma que hirió el corazón, ora con voz de trueno, ora con acento de paloma.

Ese grupo viste el ropaje tradicional del travieso estudiante de Salamanca, con el bonete que, a las veces, tomaba parte en las disputas universitarias, la capa, bajo cuyos pliegues se escondían ingeniosas travesuras, y la cuchara dispuesta a hacer los honores a la sopa española: se llama *estudiantina*.

En el corazón caballeresco, el placer o el dolor arrancan actos de nobleza.

La festiva comparsa ha sabido enlazar ambos sentimientos abrazando el placer para aliviar el dolor; y así, en sus coplas de música fascinadora y letra melancólica, ha mostrado, entre dos luces, la antorcha de la caridad para llevar, desde el salón de la danza, el alivio al lecho del dolor.

¡Poesía cristiana!

III.

Las sultanas de ojos parleros, al ver a la estudiantina, han dado tregua a la guerra de cascarones para depositar en la bolsa estudiantil doble ofrenda, también como dos luces: el modesto óbolo del monetario y el tributo de bendición y gratitud para españoles y arequipeños que así saben divertirse con beneficio del prójimo desvalido.

Y cuando ha pasado la falange de estudiantes batiendo el estandarte significativo, termina la tregua y vuelven los carnavalistas, otra vez locos, al fragor del combate, y en la lucha.....sonó la tétrica vibración del bronce

imponiendo paz en nombre de los vencidos, recogimiento y penitencia en nombre de la Iglesia!.....

Habían trascurrido tres días como una sola hora que resbala feliz.

Nadie alcanza a detener esos momentos que abren paréntesis de olvido a los tristes afanes del vivir.

Y el lenguaje de las ruinas, mudo y sombrío, otra vez torna a decir al hombre, que en este mundo todo muere así!

IV.

Los carnavalistas van al templo, llevando la amargura de un recuerdo, porque la memoria de la felicidad que pasó, es, lo dijo Mármol, "el veneno de la felicidad futura", que siempre distinguimos velada por la duda.

El corazón sin sentimientos conserva un vacío como de algo que voló al infinito.

La estudiantina, la festiva comparsa que tantas simpatías ha cosechado se dirije al asilo de los enfermos llevando el fruto de su ingeniosa manera de pedir "una limosna por amor de Dios!!"

El corazón generoso se expande, lleno de un algo celestial que hemos distinguido entre dos luces.

Armonías.

I.

Vístese el collado de flores y las corrientes resbalan cristalinas por el césped mullido que les ofrece lecho de esmeraldas.

Caen copos de nieve y las plantas escarchadas, mostrando su brillo, reflejan los rayos con que el sol dora la naturaleza; ¡ensayan el preludio invernal! Entonces ca-

llan las aves parleras de garganta trinadora y grazna la codorniz y huye el ruiseñor en busca de regiones templadas donde modular sus himnos.

Se entristece el campo al cubrirse del ropaje amarillento, las doradas espigas del trigo se doblan reclamando la mano del rey hombre, los árboles se despojan de sus galas de otoño, y sopla el viento del norte arrastrando por el espacio las hojas, esparcidas junto al tronco que ayer adornaran para pompa del vallado.

El sol abrazador vivifica la creación, y los rayos de la plácida luna vienen en pos de él como a refrescar con su luz de plata los ardores del medio día; en las noches de conjunción, cuando la luna se esconde tímida, quedan los astros del firmamento que, como luciérnagas del vasto empíreo, reverberan a los piés de Aquél que todo lo creó por un acto de su querer, y aun cuando la naturaleza se entolde y truene la tempestad aterradora, no falta un rayo que, rompiendo los aires, pregona luz.

¡Armonías de la creación!

.....

II.

El hombre, batallador sin tregua en el proceloso mar de cuyas orillas tanto más se aleja cuanto más pretende alcanzarlas, lucha con su pensamiento, organizador del mundo, que sensiblemente se revela en el comienzo, en el medio, en el fin de todas las cosas, y aun de su propia suerte.

Para él también alumbra un rayo de sol como una mirada cariñosa del Justo. Y a su luz distingue orilla plácida, suelta anclas y saltando alegre sobre playa amiga, halla frondoso árbol do reclinar la frente empapada con el sudor de la perdurable jornada.

Allí inca la rodilla reverente, allí calla, suspira, llora, se sublimiza y descansa.

Es el tiempo de cuaresma, son los días de la semana llamada *santa;* es el apartarse de los afanes de esta materia apegada a la materia; es la estación do reina el espíritu componente de la armonía del mundo en relación con el Creador.

III.

El llorar al pié de los altares, ¡sublime llorar! trae paz consuelos y dicha, puesto que acercándonos al Supremo Autor de la armonía, nos lleva a contemplar en sus obras, y nos hace decir con el ilustre publicista francés—"¿Qué serás tú siendo tu obra tan grande? ¿Qué es lo que somos nosotros? Miserables mitos humanos que han llegado a figurarse que te conocen a plenitud! ¡Oh gran Dios! ¡qué pequeños somos! ¡cuán pequeños! ¡átomos, nada!

¡Cuán grande eres! ¿Quién fué el que se atrevió a nombrarte, por primera vez, acá abajo? ¡Omnipotencia y ternura infinitas! ¡Inmensidad sublime!"

Y aquí surca una lágrima y esa gota caida nos recuerda que de la primera lágrima vertida por la mujer en el Paraiso, nació una flor balsámica: nació la esperanza, que siglos después, encarnando en el seno de otra mujer Virgen, sería la fuente de toda consolación para la desheredada estirpe de Adán.

Y adoramos a Jesús el Nazareno, hijo de María, la blanca paloma de Galilea, desposada de José.

Seguimos con la memoria su predicación, sus tormentos, su muerte afrentosa y llegamos por fin a la hora de tornar otra vez a la batalla de la vida; mas encontramos nuestro bagel engalanado con las simbólicas flores de la santa peregrinación que, fresca y lozana, nos circundan mostrándonos el reir de la alegre mañana de resurrección.

Sublimes armonías del mundo espiritual.

.....

IV.

Bogamos, bogamos contentos y felices.

Suena otra vez la tormenta del alma, arrecia la tempestad, caen las flores una a una, soplan los vientos invernales que nos hacen suspirar: rotos los mástiles, pero ¡ay! la voz atronadora de las pasiones no alcanza a sofocar la voz del alma que implora salvamento, y Aquél que da a la florecilla de los campos su belleza y perfume, tiñéndola de colores matizados, escucha la voz del hombre y señala el momento del volver a las playas de la esperanza.

Ahí la armonía universal en sus distintas manifestaciones.

.....

¡Días de cuaresma y semana santa, con su olor de incienso, sus cirios y sus palmas, sus vestiduras moradas, sus himnos y su música, que no son himnos ni música de las ciudades humanas; días que señalan fa patria celestial días que trascurren desde el tornar a la playa!..... .....

¡Felices si alcanzásemos a quedarnos en ella mientras pasa la rugidora ola de los mares!

Entre las sombras.

(De los apuntes de viaje).

I.

Doblando la colina del norte para ir a Tinta, se distingue una espléndida planicie de tres millas en contorno, dividida por una cinta de plata que luce en las noches de luna: el río *Vilcanota*. A la derecha están los paredones del templo del Inca Viracocha, VIII Emperador, que lo mandó construir en recuerdo del fantasma que se le apareció en Chita; destinado después por Pacha-Cutecc a la fábrica de *llautos* y colchas de *puitos* tornasolados; célebre también porque bajo sus muros purgó liviandades juveniles uno de los descendientes de Ccapacc-Yupanqui.

En todas direcciones se ven asfaltos, traquitas y piedra pómez, como residuo de una erupción volcánica, realizada siglos ha, de entre las sombras se alzan las casuchas indígenas.

La izquierda ofrece panorama variado.

Una milla de terreno comprende la superficie resbaladiza de lava enfriada, exhibiendo a trechos manchones de sal, como si fuese el signo de la amargura que encierra sus

entrañas. ¡Cuántas veces, al cruzar esa playa árida nos hemos dicho: "¡ni una flor, ni un arbusto con vida! ni siquiera una de esas trepadoras parásitas que van a albergarse en la grieta de la peña, porque ésta, como la higuera maldecida por el Nazareno, nunca más producirá verdor! y hemos pensado en la filosofía materialista; lava volcánica que cayendo sobre el corazón humano esteriliza los más dulces sentimientos.

Una milla recorrida, y el contraste es como la sonrisa de la naturaleza cuando sale el sol en mañana lluviosa, haciendo brillar la gota cristalina, temblorosa aun sobre las verdes hojas.

Todo es alegre desde donde comienza *Qqueromarca*. Las corrientes de agua resbalan sobre grama, bañando así los saucos y así los arbustos que, como el árnica, de florecita amarilla, perfuman el aire, y en su contorno se destacan las cabañas poéticas, con su palomar, su perro que vigila y su buey que lame la granza de la cosecha anterior.

II.

Desandando el camino, pintado con tinta lúgubre, está la campiña vestida de floresta y sembrados, que deja ver una blanquecina quinta donde el ángel de la felicidad tendió un día sus alas de nacar. La verde grama de los vallados, como diadema de esmeraldas, circundaba aquel solitario recinto en donde el amor habló con el suave acento de los corazones satisfechos.

¿Quién se hubiese atrevido a hablar de la muerte y la ruina allí do moraban la vida y la alegría?

¡Sacrilegio! ¡profanación!.....

.....

Una noche húmeda y fría, aun lo recordamos, los inocentes moradores salieron de sus casas espantados, llevando en su semblante el reflejo del pavor.

Un fantasma, colosal como el abismo, desplegando la bandera negra de la muerte había cruzado el espacio.

Era el fantasma de la guerra llevando el estandarte de Caín, maldecido por Dios.

Iba a dar comienzo la lucha de hermano a hermano.

Y Chile, esa aguda *lengua* de tierra, pregonó la ira de Luzbel.....

III.

Sobre campo desierto se alza humilde cruz de piedra guardando las reliquias del amor.

Tarde sombría y plomiza como las tardes en que las negras golondrinas revoletean al borde de las techumbres anunciando con el batir de sus alas la melancolía de los espíritus enfermos, fué aquella tarde en que una sombra enlutada permanecía de rodillas al pié de la cruz que extendía cariñosa sus brazos de redención y de esperanza sobre la frente inclinada en huérfana oración.

¿Quién penetra los misterios del alma que habla con los muertos?

¡Sollozos, que son oraciones, suben al cielo como nube de incienso y de ámbar!

Lágrima que cae, sin más testigo que Dios, allá en la soledad del alma, es el rocío para esa flor de los recuerdos, tierna sensitiva que dejan en el corazón los que amamos, de quienes fuimos amados.

Aquella sombra era la hija adoptiva de la desgracia, la hermana de la orfandad; ¡sombra de alegría que fué!.....

.....

—La distancia que nos ha de separar un año, diez, veinte, verá su fin; el tiempo: también pasarán, y al fin moraremos juntos—dijo, y levantándose con ánimo resuelto, tornó camino de la quinta.

Allá, todo hallábase cambiado.

Todo había muerto y sólo restaba un corazón enfermo y una alma fuerte.

El estandarte negro, paseándose triunfador de un punto al otro de la patria, todo lo había tronchado como el aquilón bramador que ceba su furia en el arbusto indefenso.

Luto y lágrimas, desolación y miseria, he allí el legado que deja la guerra al volver hacia el seno de la cueva tenebrosa de donde saliera en hora malhadada, atraida por el desquiciamiento social.

También esa herencia recibió la quinta. Pero, aun restaba una esperanza, y donde alumbra esa luz bendita no penetran las tinieblas.

Restaba la esperanza del trabajo.

Mas ¡ay! mentidas ilusiones! La crueldad es el pasto

de los corazones mezquinos y la avaricia pocas cuentas abre a la desgracia.

Todo debía derrumbarse al soplar de la perfidia. En rededor se extendía ya el campo de la desolación espantosa, y faltó hasta el alimento que en las ciudades se prodiga a los pobres en la hora de la misericordia.

En la quinta restaba un ser querido, que alzándose en la desnuda vivienda, solía consolar la desgracia dulcificando los suspiros, esos quejidos del que llora en silencio. Era un negro y hermoso *Pleyel*, en cuyo frente estaba cincelado, sobre rica madera, el escudo de la patria peruana.

De todos los amigos del tiempo de la opulencia, quedaba uno, fiel y cariñoso como siempre; *Nep* el lindo terranova de piel ondulosa, que, sin participar del egoismo del siglo no acertó a retirarse ni supo medir la diferencia entre los delicados bizcochos y el humilde pan de cebada.

Un día llegó el armador a exigir los restos de la quinta.

Señor, le dijimos—con voz entrecortada—dejadnos el *Pleyel* que será el consuelo de la orfandad agonizante, cuando al caen de esas tardes, enlutadas por las nubes de la desgracia, sus notas interpretan a Gounod en el "Ave María", subirá por vos tierna oración al cielo!

No fué escuchada nuestra súplica.

El comercio vive del número y su cielo es la multiplicación de un ciento sobre otro ciento.

Las notas de Gounod son vibraciones que van al aire sin penetrar nunca la fibra de los corazones escépticos con el escepticismo calculador del materialismo.

El dinero o el *Pleyel*.

Ah! era fuerza entregarlo!

Y el Pleyel fué sacado en hombros, y le vimos alejarse como el ataud de un ser querido a quien se llevan a la soledad del cementerio!!.....

Y aquel día, día horrible cuyo recuerdo enferma el presente, dichoso en el taller del trabajo, escribimos una página donde se distinguen las huellas de la lluvia del alma, y trazamos las sentidas frases de la autora de "Sueños y Realidades" en los apuntes del viaje de la vida, acercándonos a esas sombras que vagan junto a los sepulcros, sombras que velaron un momento nuestra infancia para alzarse después hacia ese infinito desconocido:

"¡Ah! yo también, sombra viviente entre esas vanas sombras; yo también voy allí con el recuerdo a reconstruir mi vida despedazada por tantos dolores, y extraer del delicioso oasis de la infancia, algunos rayos de luz, algunas flores para alumbrar y perfumar mi camino. ¡Ah! cuantas veces, huyendo del desolado presente, he tenido necesidad de refugiarme, como a mi único asilo, en las sombras del pasado, y evocar las nobles acciones de los muertos para olvidar las infamias de los vivos; asirme a la memoria de las virtudes de aquellos, para perdonar a la Providencia los crímenes de éstos; colocar en la misma balanza la deslealtad, la perfidia, la cobardía y la impiedad con que los unos han escandalizado y entristecido mi juventud, y la lealtad, la fé, el heroismo y la piedad con que los otros ungieron mi infancia, para poder decir, ¡Dios es justo!..... Mas, ahora, como entonces, apartemos nuestra mirada de los malos, esa bilis necesaria, quizá, en la eterna sabiduría, al equilibrio de la humanidad moral; y adornado aun en ellos, los designios de Dios, que ha enviado esa sombra para realzar más su divina luz, volvámonos, hacia ésta: hacia los buenos, sigamos la huella de admiración y de amor que deja en pos de sí, esa aureola, preludio de la eterna beatitud".

IV.

Y entre las sombras vino para nuestro espíritu el bálsamo reparador que Dios derrama sobre la tierra. Y pensando un momento en el acíbar que guarda escondida en su seno la alegre copa de espumante champagne, sentimos cerca el batir de las alas del ángel guardián que adormeció nuestros dolores. Y tembló en nuetras pestañas esa gota de lágrima que pide la paz al cielo.....

¡Getsemaní!

La desobediencia de la primera pareja humana tornó en desierto sombrío el Edén, y apareció el Universo poblado de espinas y abrojos. Sazonado fué el pan con las lágrimas del destierro y se humilló la frente ante la ley del trabajo, que en adelante, sería el santo lenitivo en la dura peregrinación.

Sangre inocente enrojeció la tierra por mano fratricida, armada por el genio de la envidia, y quedó plantado el estandarte de la sedición. La discordia y las ambiciones se pasearán ufanas.

El error prevalece, triunfa la impiedad, atrae los furores del diluvio cuyas tormentas desatadas no alcanzan a restablecer el imperio de la moral, porque en el Arca Santa que flota, merced a la permisión de Dios, se ha cobijado al espíritu del mal, y la raza de Canaán perpetúa los vicios caínicos.

La espada del ángel destructor luce sobre la tierra, pero ella no es un obstáculo para que Nemrod se entronice ni para que la idolatría se enseñoree junto a Simeón y Leví.

Isaac llora el engaño de Jacob, y el usurpador, fujitivo en la tienda de Labán, llora también al encontrar a Lía en lugar de Raquel como llorara con lágrimas paternales el día en que la venta del casto José le fué anunciada con el fraude de la victimación del hijo cuya túnica ensangrentada abraza.

La traición por doquiera pide sangre y venganza, y la sangre corre a torrentes por mandato de Tiberio, de César y de Herodes el Grande, cuya cuchilla exterminadora no se detiene ni ante su propia sangre, junto al templo mismo donde corre también la de Zacarías el justo.

Allí Cambises, Quinto Curcío, Athalía, Mario, Sila, ¡ah! mil otros nombres pregonan destrucción, y el mundo envuelto en el error, completa la iniquidad de Amán, la traición de Absalón, el patricidio de Aristíbulo y la debastación decretada por Hircano, escuchando el toque de la espada homicida, los ayes del moribundo cuyas entrañas

devora el veneno, y a oscuras se dice mata, y el rozar de las cadenas de la abyección acompasa ese ruido atronador.

Parece que la humanidad está en vísperas de perecer devorada por sí misma.

Mas, la Providencia es ignota, y su obra será salvada en el borde mismo de la destrucción.

Junto a la sangre que mana, como testimonio del desquiciamiento acarreado por el paganismo, correrá sangre inocente, sangre redentora.

Los tiempos se han cumplido. El pesebre de Belén recibió en noche bendita al Cordero inmaculado, y a los treinta años trascurridos del 25 de Diciembre del año 4004, las comarcas de la Judea escucharon la palabra de paz que lleva la consolación al desvalido y el terror al tirano. Al eco de esa voz aplaca la mar su rugidora tempestad, hiere el oido de los cadáveres que, obedientes, se levantan, recobran la luz los ciegos, abandonan su lecho los enfermos y los pecadores se estremecen oyendo el relato de sus desvíos.

He aquí que la hora se acerca.

La granja de Getsemaní esconde una gruta señalada de antemano por la palabra de los profetas.

Allí comenzaría el sacrificio cruento del Dios humanado.

Jesús, después de preparar a los discípulos en la última cena dejándoles su cuerpo y su sangre, va a prepararse también para la tribuna del madero afrentoso.

Apartándose de sus discípulos como un tiro de piedra, se postró en tierra para orar, diciendo: *Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz. Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya, y puesto en agonía oraba con mayor vehemencia.*—(San Lucas).

Un rayo de luna que cae como hilo de plata, ilumina la gruta de Getsemaní, y allí está el Dios Hombre, bañada en sangre su faz, caido el rostro sobre la yerba, su espíritu remontado a los cielos. *Y fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra.*—(San Lucas).

No es, pues, el palacio de Pilato ni el vestíbulo pretoriano de Anás donde comenzó la pasión de Cristo, que con humilde reverencia, conmemora en Semana Santa el orbe

cristiano. Getsemaní es el comienzo de esa vía de sangre donde la Verónica, María Magdalena y María Cleofas personifican la ternura y la gratitud donde la madre enseña el dolor más cruento, Pedro perjura y niega al Maestro, y el discípulo traidor le entrega, con la perfidia del ósculo de paz para ser victimado por la raza deicida que señala el Calvario y grita crucifícale, *sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre.*—(San Mateo).

¡¡Getsemaní!!

Gruta inmortal de donde partió al martirio la sagrada víctima, cuyos pasos vamos recorriendo con el recogimiento y los suspiros del corazón cristiano.

La humilde palabra de nuestros labios subirá también al cielo mezclada con la oración de todos en esta hora de místico recogimiento, suspendiendo sus labores cuotidianas.

¡Alleluia, alleluia!

I.

Ese que buscais resucitó:—dijeron dos ángeles de alas nacaradas que, cubiertos de blancos cendales, guardaban el sepulcro, puestos a un extremo y otro de la losa.

¡Alegrémonos, regocijémonos!

II.

El dolor también tiene su límite, y es el placer la tregua para cobrar aliento y tornar a la afanosa lucha que, si bien nos señala como lindero, para la materia, el oscuro recinto del ataud; también nos deja ver los albores de los Campos Eliseos en que el espíritu, aspirando los ámbares en ese día sin noche donde flotan las vaporosas som-

bras del bien, hallará la posesión de la Patria suspirada en el camino del destierro.

La Cuaresma y la Semana Santa representan la preparación del alma en el dolor, en el recogimiento y la recordación del Dios inmolado como víctima reparadora, para contemplar luego la Resurrección del Hijo de María, el que, triunfante de las tinieblas de la muerte, se levanta, deja pasmado al mundo y hace que el descreído de ayer caiga hoy en tierra, levante las manos al cielo y exclame en el alborozo del cristiano.

¡Alegrémonos!

Ese que sube al infinito, es el Hijo de Dios!

.....

Alabado sea Él!!

III.

Vístense los altares con el lino albo.

La Iglesia, despojándose del negro ropaje, luce de nuevo la corona simbólica de la desposada del Nazareno; el sacerdote entona los cánticos de dulce alleluia; el incienso sube en olorosa espiral, y el antes mudo bronce anuncia ya con regocijo, que ha rayado la aurora de la Resurrección, que es la Pascua del orbe cristiano.

Así está escrito, y así era menester, que el Cristo padeciese y resucitase al tercero día de entre los muertos.—Y los sacó fuera de Bethania: y alzando sus manos los bendijo.—Y aconteció que mientras los bendecía se partió de ellos y era llevado al cielo.—(San Lucas).

....

Suspensa la tierra, pone fin a los lamentos del Profeta doliente, y en las alturas ha resonado el alleluia para celebrar la reunión del Padre con el Hijo, salvado el hombre.

La resurrección del Hijo de María ha probado su divinidad.

Los panes ácimos o sin levadura, trocados por el Cordero Pascual, no serán ya el penoso alimento de la descendencia de Adán, encaminada por la palabra del Cristo a la Jerusalén prometida, y el cirio de la fé arderá perdurablemente.

¡Alegrémonos!

Música y amor.

I.

Los que cruzásteis las selvas ribereñas del caudaloso *Amazonas* y habeis contemplado esa mole plateada que resbala besando las orillas de esmeralda, grana y otros mil colores; que lamiendo el perfume de su floresta y de sus recinas se precipita en ondas murmuradoras, pareciendo, ora pregonar su dichoso vivir ora quejarse impetuosas por la inconstancia de preciado jazmín o delicada sensitiva; los que habeis visto en sus playas la palmera del Perú, sobre cuyas ramas gorgea el ruiseñor balanceándose como el rey de los aires de la selva y de la armonía, bien podeis decir que como ese fué el panorama encantado donde nació la música y tuvo vida el amor.

II.

Tenemos para nuestra creencia que fué la música triste la primitiva. Inventada por Yubal, acaso provino de esa "especie de nostalgia que domina a los poetas que se creen peregrinos en la tierra", y cuyo corazón, aun en medio de la solemnidad de una naturaleza extasiadora se inclina a la melodía triste que proviene de la idea del destino adverso con el cual fué señalada la raza de Adán; causa parecida a la que produjo el abatimiento de los hombres en el Milenio y que más tarde vino a cobijarse en las selvas peruanas donde el desheredado hijo de reyes canta y llora su cautiverio, "mezclando sus lágrimas con las aguas del "Titicaca" y con las ondas de sus ríos, cuyo caudal cruza lleno de majestad como llevando el eco de aquel *quejido del Profeta*—¡contemplad y ved si hay dolor semejante al dolor mío!" *lanzado desde las barbacanas de Jerusalén.* Ese eco melancólico irá cruzando de generación en generación mientras no se extinga la descendencia del peruano primitivo.

La nota arrancada en tono triste al laud de Yubal, iba a recorrer toda la escala crómatica, pasando del término menor al mayor, *sacudiendo el espíritu* y vibrando en

el alma que ora ríe festiva con esa música alegre que es como el espumar del champagne en rica copa de cristal de de Bohemia, ora suspira en el ¡ay! de la tristeza, al compás de la música melancólica, esa hermana de la lágri-ma de felicidad que brota en la estancia de la desposada.

El hombre ríe y llora de satisfacción, y la música alcanza a pintar en sus tonos los sentimientos más alejados, nacidos talvez en diversos climas.

Así, "Aida", última partitura del maestro Verdi, escrita sobre temas populares del Ejipto, recogidos en el Cairo hablará a todos los corazones por remotas que sean las playas en que palpitan.

III.

Preparado el corazón a las grandes sensaciones por la magia de la armonía, la mente creadora engendró la novela, vino el drama como epopeya del amor, y en medio de la electricidad deslumbradora fue elevado desde la cuna, en las sublimes alas de la música, hasta la ópera y la zarzuela, espectáculos que, absorviendo por completo los sentidos abren paréntesis a la idea del cautiverio terrenal. Allí, cadenas y destierro, truécanse en pradera cultivada por la música y el amor, y por eso la música y el amor, al nacer bajo la ligera fronda de la palmera, se unieron estrechamente a la voz del ruiseñor y al arrullo de todos los corazones capaces de sentir y de amar.

Y después, una y otro encontraron personificación en *ella* y *él*.

La mujer, armonía perenne del Universo; el hombre, corazón robusto y generoso; *ella*, nota que parte del alma enamorada, sea llorando la ausencia y sus ilusiones perdidas, sea cantando junto al altar levantado con las flores de sus ensueños; *él* luchando temerario para alzanzar la posesión de la armonía, cantando sus triunfos, o jurando a los cielos que le devuelvan el corazón de su amada!.....

Y ¿quién no ha sentido dilatarse el espíritu en álas del amor? ¿quién no ha medido la mágica influencia de la música sobre el alma enferma con la poesía de los veinte años?

¿Quién no ha rendido culto al amor, en la religión del sentimiento, entre las auras vaporosas de la dichosa juventud?

Religión de éxtasis y de sensaciones maravillosas del espíritu, también tiene sus vestales que cuidan de sublimizarla con los efluvios de argentina voz y con los encantos del arte, siempre nuevo, siempre atrayente.

IV.

La zarzuela en la que, música y amor se comparten el alma, es la que ha venido a dulcificar nuestras horas de nostalgia y de abatimiento melancólico.

Sentarse sobre las ruinas desoladas por la guerra; ver sufriendo a la patria, ese pedazo de tierra que lleva nuestras ternuras infinitas, verdaderamente que oprime el pecho y tortura el alma, y ésta, para no atrofiarse va a buscar respiro, por algunos segundos, en los ámbitos del coliseo.

Entre las tumbas.

I.

No es el paso cauteloso de aquél que, penetrando en la ciudad de los muertos va de sepulcro en sepulcro evocando el recuerdo de los que ya duermen en paz.

Distantes del suelo do yacen las tumbas de nuestro amor y de nuestra amistad, dejamos pasar la reminiscencia de la memoria por apartadas regiones. y en todas partes vaga un suspiro que recojer con el religioso respeto que de los vivos piden los muertos.

No son, empero, las tumbas de la madre ni del esposo las que han de pedirnos esa remembranza del dolor enlutado; que ellas, en oración perenne, la ven levantarse del corazón que suspiró y lloró con el ¡ay! del huérfano y de la viuda, con la lágrima de la errante viajera.

La amistad que fué del alma, al alma pide su ofrenda perdurable.

El silencio de la noche es el poseedor de los misterios que pueblan el universo, y entre las sombras casi siempre se alcanza a leer la lista de los que cruzaron la existencia finita para llegar a la vida infinita de la eternidad.

Cuando oscurece, la pupila, dilatada entre las sombras de la noche, luce radiante con la luz del cerebro agitado por esa fuerza creadora que le infundió el dedo de Dios al dotarle del pensamiento.

II.

Hemos llegado a los umbrales del panteón general de Arequipa.

La *Apacheta* dista tres millas de la población, y, camino regular, conduce al viajero por entre ranchos con arboleda de constante verdor, con su gallo que canta y con su buey que rumia, esperando el yugo que en la madrugada ha de llevarle a la labranza del campo.

Las ruinas del terremoto de Agosto del 68 se manifiestan en ese trayecto y en la plazoleta del panteón con muestras aterradoras.

Eramos diez paseantes; partimos a la madrugada sobre lustrosos corceles que, rápidos, nos llevaron a las puertas de fierro, de elegante trabajo, a cuyo dintel nos apeamos para cruzar el espacio que separaba el recinto de los vivos del de los muertos.

Al otro lado de esas puertas, ¡el silencio, la eterna paz de los sepulcros! Aquí bulla, miserias, envidia, murmuración, egoismo, vanidades; allá igualdad, quietud: el mismo polvo para el rico que para el pobre, el mismo guzano roedor en el fondo de los ataudes y en la humilde tierra el mismo misterioso sueño de la eterna noche!!.....

¡Envidiable sueño el de los que se durmieron en el Señor, velados por las sombras de la muerte, que pasea entre las tumbas!

III.

Un añoso árbol de *molle* cuya fronda convida al descanso, es el centinela de las puertas que diariamente se abren para recibir a los peregrinos de la tierra que allí encuentran el término de su viaje llegando a la meta en hombros del sepulturero.

Después se desparraman los monumentos de mármol con que la vanidad de los vivos ha invadido el recinto de los muertos. Contamos dieziocho mausuleos de bonita construcción, entre los se que distinguen por su elegancia los que guardan los restos de los señores Valcárcel, Osorio, García Calderón y Harmsen. Mas allá, entre ramas de *arrayán* y *retamas*, seis vóbedas que talvez son sepulcros de familia, y sobre la derecha los departamentos acondicionados con nichos que llevan lápidas, así de lujo como de modesto recuerdo. Inscripciones patéticas y sencillas al lado de letreros incoherentes y aun disparatados, son las que distingue el ojo investigador que no halla ni una flor ni una planta aromática, ni un ciprés que haga compañía a los muertos de esos nichos.

La carencia de agua mantiene la aridez de aquel suelo.

Está en seguida el *campo santo* donde van los que cruzaron el mundo silenciosos, formando lo que se llama *el pueblo*, ese conjunto de seres, notable en masa y desconocido su individualidad, que entre el trabajo y la miseria camina a una fosa común, pero sobre cuyas cenizas se alza el mismo madero en cruz que vela el sepulcro del rico. Hacia la izquierda de la entrada se levanta la capilla católica en cuyo centro existe un pobrísimo altar cuadrilátero, sobre el cual descansa una hermosa efigie del Señor del Sepulcro a cuyos piés van los vivos a depositar su oración por los muertos.

Recorrimos aquel lugar del eterno descanso, sin pena; cruzamos indiferentes por entre las tumbas que no guardaban ningún ser cuya existencia hubiese sido ligada con nuestros afectos.

¿Por qué no había alguna tumba que nos arrancase el llanto de la pena?

Tristeza sin nombre tiene también el ir andando sin emociones en el corazón, sin recuerdos en el alma!!

IV.

Cumplirá un año.

El 2 de Noviembre, el bullicio de los vivos irá a turbar el silencio de los muertos.

Las verjas de fierro, abriéndose de par en par, convidarán a los vivientes como diciéndoles: *acudid en tropel*,

en mi seno acaban las penas y no hay paz comparable con la paz de mis sepulcros. Y los que hablan irán sollozantes por entre las tumbas de los que callan; porque es el día que la iglesia ha consagrado a la memoria de sus hijos muertos en la materia, pero vivos en el espíritu.

En el templo se ofrecen sacrificios propiciatorios, entre las tumbas cae el agua lustral como el rocío de la oración que a Dios sube, y el afecto orna de flores la mansión de los que fueron.

Mañana no vagaremos, como ayer, indiferentes entre esas tumbas. Abrióse temprana sepultura para las que llamamos amigas, cuya amistad fué nuestra.—María Rodríguez de Ibáñez, Carlota Ibáñez de Arellano—Ya duermen en paz y nosotras, que les hemos sobrevivido, llevaremos, también, *entre las tumbas* las siempre vivas de nuestro recuerdo!

Para ellas.

Hermosura perfecta no consiste
en dar diversas formas al cabello,
perlas a las orejas y oro al cuello
ni en la costosa ropa que se viste.

Creo que las lectoras no dirán mal de nosotras, por haber comenzado estas humildes líneas con los versos de Argensola, puesto que somos amigas y nuestro anhelo es repetirles lo que antes ya han dicho otras escritoras de notable reputación, revelando el secreto de hacerse agradables desde la primera edad hasta la vejez. Basta, pues, enriquecerse con los encantos del espíritu de donde ha de desprenderse lo demás, accesorio a una buena educación fundada en aquellos.

El alma no envejece, el espíritu ilustrado se refleja aun al través de las rugosas mejillas y de las cabezas pobladas de canas.

El orgullo, la vanidad, la soberbia, la envidia y todo aquel horrible cortejo que tras de sí lleva una mala educación, huye despavorido ante la dignidad que ha comunicado el estudio, llevándonos a la práctica de las virtudes cristianas.

El espíritu atrofiado por la ignorancia, es como el organismo inerte por la acción de la parálisis.

Concepción Gimeno de Flaquer, esa brillante lumbrera del cielo literario de España, ha juzgado e instruido a la mujer con admirable tacto y arrobadora expresión, y entre la multitud de cuadros que ha pintado con pincel maestro de ricos coloridos, descuella la mujer estudiosa, como que no es ligera ni superficial. La noble pasión del estudio,—dice,—extingue en ella pequeñas pasiones, y mientras fortalece su inteligencia, no se ocupa en atisbar a la vecina, ni en *murmurar a la pariente*, ni en *fiscalizar* a la amiga; no hace crónica personal, clavando el aguijón de la envidia, o disparando las saetas de la calumnia.

La instrucción es el precioso talismán que la mujer lleva en sí misma, contra las puerilidades que, abundando en doloroso número, han llegado a invadir hasta el corazón del sexo llamado fuerte.

La instrucción ha declarado la guerra a la necedad.

¿Quién soportará la conversación de los necios, cuando todas las mujeres sean ilustradas? Aflije pensar en el porvenir de ellos".

Ya que hemos llamado, en apoyo de nuestra idea, la autoridad de una celebridad literaria femenina, no nos acusen *ellos* de parcialidad, y por esto, escuchemos a la vez la opinión de otras dos entidades masculinas, Stendhal y Rousseau, espiritual, uno, descreído el segundo. *Una mujer instruida que adquiere conocimientos sin perder las gracias de su sexo, está segura de encontrar entre los hombres la más distinguida consideración.* Pensamos que Stendhal se refiera a la consideración de los hombres ilustrados.

Oigamos ahora el segundo de los escritos citados: *¡Sólo un ingenio cultivado hace agradable el trato, y es muy triste para un padre de familia amante de su casa, el estar*

obligado a concentrarse en sí mismo y no poder ser entendido por nadie.

Páginas escribiríamos citando el testimonio de ingenios que se han hecho respetables ante el mundo del saber, lo cual nos llenaría de las complacencias del triunfo de la verdad y la justicia, tratándose de los hombres, para nosotras, acostumbradas en la antigua educación, a que ellos nos llamen ángeles cuando nos aman, y nos apelliden demonios cuando los menospreciamos. La instrucción ha traido el término propio para la mujer, conquistándonos el respeto de todos, cuando con frente serena podamos mirarlos del cielo brillante de la instrucción como a pigmeos encerrados en la vanidad de su saber, hasta hace poco, exclusivista.

Mujeres, ilustraos, aspirad a la gloria, cuyo resplandor es tan vívido que puede iluminar siglos, generaciones y mundos, sin aquel brillo efímero del oro.

Educaos, y podreis leer, serenas y satisfechas los versos que tal vez alarmaron vuestra delicada susceptibilidad, al tomar la modesta hoja que os visita, poniéndonos en contacto intelectual.

Las artistas.

Al confeccionar este artículo, literario puramente, querríamos dejar en esta página una flor gaya y lozana como las que perfuman nuestro modesto gabinete de trabajo. Pero, todas las flores del pensamiento yacen mustias, pues la helada de los sepulcros y del infortunio agostólas una a una sin respetar siquiera sus verdes hojas.

Muertas las flores,—ilusiones de la vida,—réstanos una hoja de papel donde, a veces, con la frente inclinada y la pluma suspendida, va cayendo la *lluvia del corazón*, y cada gota de ese llanto va a engrosar el caudal que lleva la

injusticia de la tierra a los piés de Dios.....

Escribamos.

La artista y la escritora nos parece que deberían ser hermanas.

Ambas tienen algo de más sobre el vulgo de las mujeres. ¿Será la aureola de gloria que ciñe su frente? ¿Será el rayo de luz que pasea en su cerebro; el reflejo atrayente que muestra su mirada, donde se vislumbra un alma; el sueño ideal que, perenne, acompaña sus meditaciones, agitando su corazón? Acaso es todo eso, reunido para hacerla inmortal.

El teatro es el libro práctico de la enseñanza, el libro en acción, si se nos permite la frase. Y en esa escuela de los progresos el literato y el artista van enlazados con unos mismos laureles y mirtos.

El literato es la idea: el artista la expresión de esa idea.

El uno inventa, el otro ejecuta, trasluciendo, por decirlo así, el sentimiento del autor, y sacudiendo, a su vez, las fibras delicadas del corazón de los espectadores.

¡Cuánta diferencia con el siglo de los espectáculos en el circo romano, donde el hombre presenciaba, *por pasa tiempo*, la muerte de otro hombre en las arenas enrojecidas por la sangre de los gladiadores! El teatro, donde el pensamiento y el arte son todo para conmover y moralizar, muestra la muerte del vicio y del delincuente al lado del triunfo de las virtudes. Aquél representa los horrores del paganismo; éste las dulzuras del cristianismo que por doquiera lleva la bandera de la paz y de la civilización.

Y allí la mujer viene a ser el alma.

Venciendo su timidez y las preocupaciones retrógradas, para poner en juego su sensibilidad y sus propios encantos a beneficio de la escuela propagandista, de la enseñanza moralizadora, se deja ver sublimizada en Lucrecia, temible en Catalina de Médicis, elevada en Isabel la Católica.

Hollando flores o recogiendo abrojos la escritora y la artista son la poesía del alma o del vértigo del pensamiento, pues el alma se agita en el drama, se estremece en la tragedia, se muestra suave en la zarzuela; ora se adormece, ora sueña en la ópera.

La artista, como la escritora, reune también abnegación, grandeza de alma, ternura de concepción. Ama el ar-

te como el músico la nota dulce que modula el arpa, y sueña como la virgen que acaricia la corona de azahares que ha de acercarla junto al sol de sus días, y se enseñorea cuando penetra al mundo del idealismo dominando la materialidad, y obliga a su público a tributarle sus aplausos.

Como la violeta, nace tímida al aura tibia de las mañanas de Abril o gallarda cual los nardos invernales que en mi país alfombran los vallados; pero más tarde, cortesana o reina, a la vez y entreambas, es la soberana del sentimiento.

La artista como la escritora han recibido atributos especiales de Aquél que da perfume a los lirios, color a la rosa y arrullo a la paloma que se queja en las soledades de los bosques, balanceando su nido en la rama del árbol secular.

Por primera vez nos hemos acercado a esos pequeños misterios que rodean la vida de los artistas. Y allí hemos contemplado también a la mujer regenerada por el cristianismo. Junto a ellas está la cruz y en su seno se veneran las reliquias de la augusta religión.

¿Qué importa que unos pocos murmuren?

Juan P. Richter ha dicho, y a él parafraseamos: "las mujeres más dignas, son generalmente las más calumniadas; así como suele ser la mujer fruta la más picada de los pájaros" y Ohlenscloeger deja escrito que "todo dicho sin hecho, es nube sin lluvia, arco sin cuerda".

La artista en medio de la seda, de las flores y de los aplausos, cumple también el duro mandato de la ley del trabajo.

La artista trabaja para vivir, y vive para trabajar.

La artista ríe para que rían, llora para que lloren los que saben tener sentimiento y corazón.

Remembranzas.

I.

Diez años habían pasado con las horas veloces de la felicidad.

Arcos de arrayán, de verdura constante, mi blanco rosal, saludado el alba por el trinar de canarios y *choccllo-poccochis;* aguas bullidoras lanzadas en juegos de diversa labor, el zaino y el tordillo listos para las escursiones campestres de alegre cabalgata, y *Nep*, el compañero inseparable, el mimado terranova de crespas lanas, eran los detalles del hogar donde moraban la amistad y el amor.

¡Diez años!

Pero llegó la muerte con demacrada mano y arrebató el amor del alma.

Tibio aun el nido de la alondra sin consuelo, asomó la fatalidad por los enlutecidos umbrales.

Un mercader *leguleyo* y un abogado *mercader* terminaron la destrucción iniciada por la muerte!.....

.....

II.

Aquel día caminábamos, abstraidas en nuestra propia existencia, sin volver siquiera la vista, por última vez, hacia aquellos encantados vergeles, como si llevásemos en el alma el mandato de Lot y temiésemos el castigo impuesto a la mujer de aquél.

¡La estatua de sal!

Amargura sin límites debiera leerse allí. Pero, la leyenda sólo ha marcado la señal de la desobediencia sin mencionar siquiera la curiosidad humana; así como lee sólo idiotismo o alienamiento en los que, enfermos del espíritu, vagan distraidos por entre la multitud que, en bullicio aturdidor, se entrega al afán del mundo.

Y bien.

La tierra bendecida se alejaba al compás del galope de nuestro *zaino:* apenas su brisa perfumada por las flores de las *habas* llegaba ya a orear nuestra frente calenturienta.

¡Oh!.....¡no, no!—dijimos, como quien delira, rompiendo el silencio y sujetando la brida al corcel. Dudamos

un minuto y, por fin, con decidida resolución, volteamos la rienda y con la pupila turbia por lágrima suspendida en la pestaña, distinguimos en el lejano horizonte de la pampa, un punto plateado, reverberando en techumbres de zinc acanalado, el campanario blanquecino y un pequeño grupo velado por una cruz.

¡Allá quedaba todo!

El corazón, hecho girones, vertía aun su sangre, comenzando, solo huérfano ya, su amarga peregrinación.

¡¡Adios!!.....balbuceamos entre un sollozo seco, de aquellos que destrozan el torax. Y extendiendo los brazos, otra vez ¡adios! dijimos y el corazón quería romper la lápida del pecho.

¡Dios justísimo quién rezarcirá estos dolores cruentos ante tu tribunal incohechable, en la hora de la cuenta arbitral?.....

Era el templo augusto del amor y la resignación cristiana profanado por los mercaderes de vil leyenda, y el Redentor no podía llegar con el látigo de la justicia porque mi país se devastaba con la guerra y el suelo peruano ofrecía a sus hijos, sólo gloriosa sepultura.

¡Templo, rosales y verdura!

Allá quedaba todo.

¿Quién ha de detener nunca su mente para contemplar a la pobre mujer solitaria, huérfana y errante que, sin asilo, se lanza en un mundo semejante al océano embravecido?

Su juventud inspira sólo codicia.

Su desolación, acaso indiferencia.

¡Ah! gotas de hiel destiló doquiera este corazón que en día tal alzóse resuelto, llevando el aleccionamiento de la amargura.

Esa hiel de la desgracia es para el corazón como el baño acerado que pulimenta el tosco fierro.

Y al llegar a la meta con la planta herida ¿qué podemos leer?

Libro de sabiduría, libro de grandeza cuyo sumario es *"Hemos sufrido, hemos aprendido"*.

Dos capítulos magníficos que, en conjunto, señalan nuestra playa de verdor perenne, allá, salvados los umbrales de lo desconocido.

Mas perdemos la ruta.

Volvamos.

III.

Qqueromarca se llama ese poético rincón del otro lado del mar, con sus casuchas de teja cocida, su palomar surtido de aves, su gallo que canta y la yunta atada en la estaca aguardando la coyunda para salir a la labranza. Al confinar de esa colina se extiende verde planicie con humilde solar llamado el CEMENTERIO, cercado de espinas, en cuyo centro se levanta modesto, pobrísimo mausuleo de piedra blanca con una cruz que extiende sus brazos sobre el pueblo.

Bajo esa tumba moran cenizas benditas; a la sombra de esa cruz duerme él!! .....

La cebada y el trigo, dorando los campos con espiga magnífica, bordan el paisaje de los maizales que esconden el nido del gorrión industrioso o de la perdiz embustera que oculta sus polluelos con cariño de madre calculadora.

En esos campos serpentea el Vilcanota con superficie de plata que, en mansa onda, corre hacia Calca, Urubamba y el abundoso *Santa Ana*.

¡Planicies inolvidables!..... .....

Su recuerdo pasea fantástico a veces, a veces miserable en la mente alucinada por el imsomnio mortífero; y el alma se queja en hondo sollozo que el suspiro traduce: ¡Allá quedó todo! ....

San Cristóbal.

(De los "Apuntes de Viaje")

I.

La mañana apareció cubierta con denso ropaje de nublado, escondiendo la ciudad de Pizarro como el largo manto del viajero que abriga la carabana del desierto.

Los días de invierno, en Lima, convidan a las escursiones campestres por todas esas colinas rientes que la circundan con verdor variado y panorama encantador.

Teníamos concertado uno de esos paseos invernales en los que el espíritu goza y se ensancha sin que la materia desfallezca ante el calor veraniego.

Magnífico carruaje, llevado por un elegante tronco de dos hermosos tordillos, paró en los umbrales de la bulliciosa habitación de la calle de *Polvos Azules*, y bien luego percibimos la voz de los compañeros de solaz, entre quienes figuraba en primer término la elegante y simpática Adelinda. En dos minutos quedó arreglado el viaje, y los tordillos se lanzaron a la carrera por los Descalzos, en el fin de cuya alameda magnífica, está, el principio de la ascención al gran cerro de San Cristóbal.

Nuestra planta, habituada a las ascenciones del *Sacsaihuamán* magestuoso, a cuyos piés duerme la ciudad del Cuzco la reina cautiva de pasado opulento, familiarizada con las escursiones a *Ollantaitambo*, *Urubamba*, la riente quebrada de *Taray*, las floridas cúspides de *Paucartica* y el famoso *Intihuatana* que es la gloria incaica de Pisac; nada de nuevo encontraba en aquella escursión aterradora para nuestras compañeras.

Pié a tierra, y comenzamos la subida, que duró hora y media entre plática entristecida por los recuerdos de la fatal guerra de desolación y duelo.

El camino, que mide dos metros de ancho, es llano y casi carretero. Rodeando completamente el San Cristóbal, pone de trecho en trecho, a la vista del viajero, Amancaes, Lurín, Santa Clara, Maravillas y por último la espléndida planicie donde yace Lima, este vergel florido cuyo ruido llega a la cima del cerro como el murmullo de lejana ola. El Callao, aparèce a lo lejos con sus tranquilas ondas, la mar anchurosa e infinita, y, en lontananza, San Lorenzo cuyos picos distingue el anteojo.

La meceta del San Cristóbal, donde fué la "Ciudadela Piérola" es hoy para el viajero como la ceniza *fría* del incendio, cuatro cadáveres de bronce, representando fragmentos de cañones de a 85 son el epitafio de aquellas cenizas que cuestan a la Nación cerca de 80,000 soles de plata, vidas preciosas y perjurio maldito!.....

Se alza en aquella cima una cruz bendita, como el signo del perdón: acaso es la enseña de que en esas cumbres

se juró vencer o morir junto al bicolor, y, ni se ha vencido, ni se ha muerto! .....

Sentadas sobre el polvorín que yace en escombros, tendimos la vista en babilónica meditación y arrancando aun la dureza de nuestras dudas, confiamos en el Dios de las Naciones, y nos dijimos, es preciso tener esperanza y fé.....

II.

De la cima del San Cristóbal, es de donde se distingue mejor la belleza topográfica de la ciudad. Por delante, Lima encerrando la encantada capital peruana: a la izquierda la ciudad de los muertos con opulentas sepulturas de marmol y floresta vívida, por la derecha los Descalzos, recinto augusto en donde el silencio es interrumpido sólo por el murmullo de la oración o las notas del órgano a cuyo acorde se entona la *salmodia* del alma: luego, esa espléndida planicie de dos leguas a la redonda, y en los mirajes del horizonte, el mar, la animada bahía del Callao con sus cien naves ancladas, y por norte y sur la locomotora cruzando el poblado y acortando las distancias.

¡Lima! quien te ha contemplado desde las alturas del *San Cristóbal*, lleva en su alma el grato miraje de tu poesía para rememorarla doquiera se dirija después en comenzada peregrinación.

Amor de redondel.

(A modo de novela).

I.

Cumplidos tenía sus 28 años y si ganó en el desarrollo muscular no redujo a cero el renombre en las plazas contiguas a la de su provincia.

Francisco Ccolqque nació en las faldas de un nevado perpetuo, recibiendo de la naturaleza carácter tétrico reconcentrado, casi frío; pero al salvar las colinas y llegar a la pampa sintió en sus venas el fuego de la sangre andaluza.

La bravura de los brutos de la montaña sublevó la fiereza de su instinto, y Pancho se hizo torero.

La fiesta de San Juan Bautista, patrón de su pueblo, se festejaba con lidias de toros y carreras de ceucerros; en las *plazas* improvisadas, dejó nombre de temerario, por su arrojo, y fué admirado por su agilidad para burlar la *dirección de la furia*.

Magnética era la fuerza de su pupila negra, puesta en ojos grandes y rasgados, sombreados doblemente por larga pestaña y por arqueada ceja.

Bucles castaños, rizados como la onda del lago y empolvados por la tierra, caían en graciosa melena sobre su hombro adornando su cabeza, a la que servía de pedestal, magnífico talle esbelto y porte aristocrático.

Francisco no vino al mundo para terminar su existencia en ignorado rincón, y alguno dijo a su oido ¡Lima!

La alegre plaza de Acho era el teatro de aquel actor, y desde que escuchó la palabra mágica—Lima,—su ideal querido, se reconcentró en aquellas cuatro letras que dicen placer, ventura, contento, nombradía, gloria y fortuna. ¡Lima!

Llegar a sus playas aromáticas, sentir su ambiente embriagador, era trasportarse al mundo desconocido, que nos aguarda con portada de inmortalidad.

Pero Pancho no contaba monedas, y el siglo pregunta a los huéspedes ¿cuánto tienes? para darles *patente*.

Una circunstancia favoreció al torero.

La guerra civil ardía con llama cada vez más elevada.

El querido ejército constitucional, cruzaba las agrestes soledades del interior, sin otro equipo que su patriotismo, sin más aliento que su fé en los grandes destinos de las naciones.

Una mañana, Pancho abrazó a sus dos hermanitas, María y Manuca, las besó en la frente, y les dijo:—Adios, pídanle a la Virgen de la Cueva Santa que me guíe, y alguna vez llegarán ustedes a Lima.

Después, partió, alegre y satisfecho como quien lleva actas unipersonales y va a sentarse en las poltronas del

soberano congreso.

En aquella fecha, el general, director de la guerra, pernoctaba en Apurimac, después de la penosa jornada de las *zetas* y el puente de *columpio*.

Pero a Francisco no debía oponérsele dificultad. Estaba resuelto a todo.

Llegar a Lima era su objeto.

Mi general.—dijo llegándose al conductor de las huestes,—presente Francisco Ccolqque, torero de los pueblos que, cansado de burlar al animal, quiere sacar suertes a sus semejantes. Quiero formar en filas y matar gente, matar hasta vencer o morir.

El general, con sorna intencionada, aprobó la resolución del torero, y lo mandó en calidad de distinguido al batallón "Junín" Nº 1 de línea.

II.

En Lima, ¡cómo se cruzan las impresiones del ánimo! Variantes todas sobre un mismo tema: placer y felicidad.

Lima comenta con ternura un balazo que un *gringo* se aplica como portante al otro mundo, y se lastima cuando un chino se balancea ahorcado por su propia mano para viajar a Tonquín; mas, luego, la *Mascota* o *Boccacio*, la alegre romería de la Exposición, o el listín de los toros le cambian la escena y le varían el sentimiento. La gran capital encierra el Perú, donde se condensa el bullicio de toda la República.

Sus mujeres sueñan en un campo en cuyos matices se alternan confundidos muchas veces, lo serio y lo supérfluo.

La limeña es grande, heroica, si se trata de acciones elevadas y nobles: es niña cuando desciende al nivel de las pequeñeces de la vida. Alarga la mano al desgraciado; alivia una dolencia, besa la frente de las víctimas del dolor, y después reparte sus niñerías entre las modas que confecciona madama Borrel Fontete, sus elegantes sombreros, los joyeles de las vidrieras de Bacigalupi y las alabastrinas mesas de la heladería de Capella.

Cuando se trata del Acho, Lima es la Babilonia del entusiasmo, y si *ainda* se beneficia a una Compañía de Bomberos, esos esforzados campeones del valor, el desprendimiento y el heroismo, el pueblo enloquece para dirijirse a la plaza histórica.

Era una tarde de toros.

Los listines prometían mucho. Espadas, capas y banderilleros estaban recomendados en letras de molde, y sólo un nombre quedaba en blanco.

—¿Será Papito el monta toros? se decían todos, y los niños, partidarios declarados de Papito, repetían alegres, arrojando las gorras al aire,—¡Papito, sí, Papito!

El circo quedó repleto de gente. Los clarines dieron la voz de salida, y las cuadrillas de a pié y de a caballo, se encaminaron a la venia de la Municipalidad.

Entre los toreros se adelantó un gallardo mozo de bigote perfectamente poblado; bestía ropa grana con bordaduras de plata, media blanca, zapatilla de terciopelo y gorra de idem con cintillo blanco.

¡Ese es nuevo! ¡Torero nuevo! decían todos! y diez mil ojos se dirijían hacia el torero, que aquella tarde hacía su *debut*, sin anuncios, sin recomendación, para todos desconocido, aun para casi todos sus mismos compañeros de toreo.

Salió el bicho: una, seis, diez suertes de a caballo; suena el clarín, y los de a pié adelantan: Francisco Plata, el torero de la montaña, seguirá a Pichilín y a Pastrana el gallardo. Es la primera vez que Francisco luchara con la fiera sujetando sus movimientos al arte y a la elegancia de gran torero.

Francisco conoce ya su puesto. Acométele *"Cien rayos;"* se para firme como pilastra: su mirada de león detiene por unos segundos al bravo animal, y luego una, tres, seis, diez suertes. La plaza repercute salva de aplausos, que llegan hasta el cerro de San Cristóbal. Ya saben todos que ese es Pancho Ccolqque.

Todos lo llaman, su nombre se repite con entusiasmo, y ese día Pancho que al llegar a Lima ha traducido en *Plata* su apellido indígena, recibió el bautismo del público para ser su ídolo.

Paco de Plata.

No es un nombre prosaico para un torero. El público ha simpatizado con él.

Nada de sobrenombres, cuando más un agregado, como aclaración emblemática. Paco de Plata, el fachoso, el inmortal.

Debía matar el quinto toro. Al cuarto, púsole las banderillas con la limpieza del maestro Valdez. Le llegó el tur-

no. "*Traga leones*" acometió y fué muerto por Pancho Plata como un humilde cordero al que troncha vibrante rayo en tarde tempestuosa.

La hoja del acero traspasó el corazón del bruto, y ahí no más, lanzando horrible mujido, quedó sin vida el animal, dominando el torbellino del circo.

El pueblo pierde el juicio cuando ve víctima a la fiera con rapidez semejante.

¡Paco de Plata!

¡Viva Paco de Plata!

Circulan las butifarras, *el agua de berros*, *el emoliente*, *el doctor*. Todos trincan a la salud de Paco de Plata.

¡Viva Paco de Plata!

Todas las galerías lo llaman, puñados de lucientes soles caen a sus piés. En aquel momento supremo el torero dirije su mirada a una galería de la izquierda.

Maquinalmente se llevó la mano al pecho, y arrojando boconada de aire comprimido, cual resoplido de locomotora contenida, sacudió la cabeza como para desechar algo mortificante.

III.

Es la décima vez que Pancho de Plata sale a la plaza. Tan pronto y ya es un veterano, y a su aparición, lo saluda ya el público con salva generosa de sus palmas.

Pero Pancho está taciturno. Su mirada es fosforescente: sus labios están secos y su andar es descuidado, distraido.

Ha pasado la noche anterior con sus amigos en la pulpería del italiano Rabich, que tan excelente *mosto* propina.

Se ha hablado de la próxima corrida, y Paco, dirijiéndose a un compañero suyo tan valiente como bondadoso, le ha dicho:

—Esta es mi última noche. Mañana dormiré bajo tierra después de balancearme sobre las *lanzas de "Invencible"*. No olvide, compañero, mi encargo: y bebamos a la buena salud de los muertos.

—De los vivos querrás decir, chico,—arguyó Pepe,—y no hablemos aquí sino de sacar suertes a la suerte.

—Hasta mañana, dijo Pancho tomando su sombrero

de ancha ala. Al siguiente día llegaba tal como lo hemos presentado.

El bicho es un león por su bravura, y azabache es su color, si color puede llamarse el negro.

Lo reciben los de a caballo, suena la señal, y Pancho, adelantándose como centinela a la voz de alerta, se coloca cara a cara delante del animal: cárgale éste; él no se mueve, y tomándole la furia de frente lo levanta dos, tres y cinco veces al aire, otras tantas lo deja caer al suelo.

El pueblo grita horrorizado; las niñas se desmayan; los nervios están de toros; los toreros acuden en defensa, pero no logran arrebatar la presa al furioso animal que, entre el polvo y la espuma de su boca, arroja chispas de fuego, hasta que una bala de revólver le ha atravesado el corazón. Pancho Ccolqque, Paco de Plata ha muerto, y una mujer elegantemente vestida, arrojándose desde una galería, va a mezclarse con la multitud que recoje el cuerpo ensangrentado del torero.

IV.

Acuden el doctor Villar, el doctor Flores, los mejores médicos de Lima, que Paco respira aun y acaso la ciencia pueda salvar la vida al gallardo torero de las sierras que, bárbaro, se ha entregado con la resolución del suicida.

El pueblo tiene sus ídolos. Dichosos los ídolos que mueren antes que el pueblo los mate, pasada la privanza.

Pidieron un coche y diez acudieron al instante.

Se puso en el Nº 117 el cuerpo helado de Paco y junto a él fué la mujer que hemos visto bajar de una galería.

Al cabo de un mes las gacetillas de los diarios anunciaban el restablecimiento de la salud del simpático Paco de Plata, arrojado al peligro por el desdén de una mujer, cuyos ojos le hirieron el alma el primer día que se presentó en la plaza de Acho.

Los amores de los toreros son fieros, terribles, como el oficio.

El amor del torero ha puesto su límite entre la muerte o la vida.

Pancho Ccolqque nació impetuoso, y sús pasiones eran invencibles.

Su resolución fué el combustible que arrojó llama en el corazón de la mujer poco ha desdeñosa.

Las aberraciones de la mujer son infinitas, como su ternura.

Paulita Laredo, de posición medianamente ventajosa, amó en los umbrales de la muerte, al torero a quien despreciara en vida. Y le amó hasta darle su mano. Pancho Plata cuenta su dicha por horas; ella asegura que tiene encantos desconocidos el amor de un torero, y cuando habla de ello a sus amigas.—Hijas, les dice:—no hay como el amor de redondel.

Protestamos,—responden ellas, con la gracia encantadora que tienen los ángeles de falda, que pueblan las orillas del Rímac.

Pero la verdad es que el amor tiene heroes aun en las clases desheredadas de los grandes pueblos.

En lontananza.

I.

Partíamos. El silbato del tren hirió como rayo el corazón y la locomotora se lanzó con la rapidez vertiginosa de la aplicación que Stéphenson hizo del vapor a la tierra, utilizado, ya por Fúlton, para el mar.

El tren devoraba la distancia y bien pronto aquella risueña campiña de floresta magnífica y caserío de bóvedas que se recuesta al pié del volcán espléndido, apenas quedaba en lontananza como una blanca paloma en medio de laureles. Un segundo más, y Arequipa sólo era visible ante los ojos del espíritu que en triste, tristísima meditación recorría nombres y fechas de variantes llenas de luces históricas.

En la ciudad morisca quedaban *raices del alma*, que, si bien lloró por la avaricia del abogado mercader, también halló espléndida acogida en corazones de oro; familias patriarcales que en la cristiana amistad derraman paz, consuelo y alegrías para el caminante que llama a sus puertas.

Ley sublime y fatal a la que va sujeto el corazón humano. Do vaya, acopia afectos que el viajero desgarra cuando suena la hora de la partida, y allá, en lontananza los mira al través de triste lágrima de gratitud. También esa es la ley de la existencia del hombre y la partida que sella el sepulturero nos arranca lágrimas de duelo.

La tristeza del adios es muda y sombría.

Pero, en esta fugaz existencia, Dios ha derramado los reflejos del consuelo celestial en la animación del paisaje que la vista recorre y lleva la mente, de idea en idea, en pos de la conformidad.

Rompió el mutismo la voz de una amiga que iba a ser la compañera de peregrinación desde Arequipa hasta la rada del Callao.

Creyó penetrar en el motivo de nuestra abstracción y sin embargo, ¡cuán distante estaba!

Otras meditaciones sombrearon la frente de la viajera, y en lontananza quedó un punto, uno solo, como el asilo santo de las tempestades de la vida.

¡Oh inconstancia de las cosas humanas! Alegre plática nos acompañó en medio de las cumbres arenosas de *La Joya, Cachendo* y *Tambo*. Luego vino la vista magnífica del mar, ese abismo infinito cantado por Michelet con la pompa de sus creaciones sorprendentes!

¡El mar! con sus olas pujantes, espumosas y bramadoras, que aterra al hombre, pero que le acerca a la contemplación del poder de Dios.

No hemos soñado al ateo en medio de la inmensidad del Océano, porque allí escuchamos la *Salve Regina* entonada por el marino perdido y desconsolado.

Mollendo iba a presentarnos las ruinas del puerto que, lleno de vida en 1879, con magníficas factorías, estaciones lujosas y casas venesianas, es hoy el panteón donde permanecen insepultas las osamentas de la civilización destruida por el cañón y el fuego de la guerra. El esqueleto de la Estación y sus edificios, es el terrible libro de acusaciones abierto a la contemplación del viajero que, si antes llegó a aquellas playas con el corazón henchido de satisfacciones, hoy suspira contemplando en lontananza la tardía resurrección de esta patria que, si dió vida a los próceres de la lucha magna de la independencia, sólo ha podido brindar gloriosa sepultura a los héroes de su defensa republicana.

II.

Mollendo, empero, está con brillante porvenir iniciado. La prensa ha tomado posición civilizadpra en los áridos peñascos sobre que descansa la población de madera, azotada por esas embravecidas olas del mar que ruje y se encoleriza.

Dos imprentas funcionan en aquel puerto; una da a la luz "La Gaceta del Puerto", semanario redactado con ilustraicón y patriotismo; en la otra sale la "Crónica Imparcial" en cuyos talleres trabaja la mujer, dignificada por esa industria, admirada por su laboriosidad y constancia.

Generoso y espléndido agazajo que recibimos de una virtuosa y digna familia no nos dejó tiempo libre para visitar ese taller, donde anhelábamos estrechar la mano de compañeras tipógrafas y periodistas. Supimos sí, complacidas, que una y varias señoritas eran las divinidades de aquel templo de la civilización. Bien por ellas.

Al tomar camino para embarcarnos, el alma quedó confundida con mil remembranzas del pasado feliz, que trascurrió en aquellas playas junto al esposo, al amado del corazón, y en triste reminiscencia vimos, en lontananza, el cielo y el mar.

En la tormenta.

(De los "Apuntes de Viaje")

I.

Los que no habeis tenido el alma adolorida en *"los días sin sol de la desgracia"* y que *"en las horas sin luz de la congoja"* (1) no habeis sentido el corazón oprimido por

(1) Rafael Obligado.

la nostalgia del país donde aprendísteis a pronuciar los nombres de vuestros padres y con ellos el de Dios; los que no habeis soportado las tempestades de la vida que con ola gigante nos arrojan a la desierta playa del dolor; los que en la hora de la tormenta, cuando la sangre ruge, y cree la resignación encontrar lindero no habeis sentido resbalar la lágrima que oscurece la pupila, ¡ah! vosotros no comprendeis, no, la ternura del *yararí* de la *quena*, ¡ay! del alma proscrita con que se queja el indio peruano, errante en las soledades de la *puna*.

Notas dulcísimas, suspiros de la quena, cuyo clacicismo conocen sólo aquellos seres a quienes "plugo a la suerte abandonar en los campos del infortunio".

Las notas de la quena son quejidos y van al corazón. Brisa doliente, que pasa rielando sobre las hojas de nuestras tristezas, también oreó la frente de la escritora de la tormenta..... .....
....

II.

Caminamos media hora y la noche principiaba á cerrar.

Quince minutos más, y todo estuvo negro como ala de cuervo, y el viento helado de la cordillera azotaba iracundo el rostro de los viajeros.

Vilcanota es el nombre de la posada que dejamos para continuar la ruta de *Santa Rosa*.

Seguíamos la marcha confiados únicamente al instinto de los caballos, cuando rompió el silencio una voz bronca, y en tono de prevención gritó:—¡Los ponchos! agregando luego, una copa de aguardiente, por caridad.

Era el arriero conductor.

Detuvimos los brutos, cada cual desató la grupa, se arropó lo mejor que pudo y sirvió de la cantina, cuando principió a rugir el poder de Dios en medio de la naturaleza envuelta en tinieblas. Cintas de plata cruzaban el espacio, alumbrando nuestros semblantes, empalidecidos por la luz eléctrica, y el trueno parecía el choque del rayo contra la tierra, cuyo eco se paseaba terrorífico en todas las direcciones de la rosa náutica.

¿Dónde refugiarse?

Una casucha miserable habría sido en aquellos momentos el palacio encantado que cuidaban enanitos negros y rubios, perfumado con las recinas de Arabia en pebeteros de oro y esmeraldas.

Nuestra derrota se hacía cada minuto más incierta, pues habíamos desviado el camino, y la lluvia, en torrentes cada vez más respetables, comenzó a prestar su concurso para una de esas tormentas de Febrero.

Continuamos cruzando por en medio de ese campo nutrido de fuego, agua y truenos que libraban batalla con las tinieblas.....

....

III.

Para el náufrago que lucha con las ondas, y logra asirse de una tabla, la esperanza se le presenta por las manos, y el navegante sin rumbo ve su salvación en la luz del faro que le señala puerto seguro. Para nosotras, en aquella noche tormentosa, la esperanza vino en la nota de la dulce quena tocada por los pastores, y a esa música siguió la voz del amigo del hombre, el fiel perro, cuyo ladrido de amenaza fué la palabra cariñosa del que llama a los viajeros perdidos.

Poco trecho anduvimos, para encontrar la cabaña pastoril, donde ardía aun el fuego que cocinara la merienda de esa buena gente.

Las circunstancias nos hicieron hasta impolíticas porque no tardamos en instalarnos en la choza sin la venia de sus moradores, pero encontramos hospitalidad tan sincera como rara vez se halla en la corte.

Nos acurrucamos todos junto al fogón para secar nuestros vestidos y dar calor a los miembros entumecidos por la acción del frío. Dos chiquillos que al despertar gruñeron asustados al ver seres acaso estrafalarios por el aspecto, se resolvieron a dejar los *pellejos* sobre que descansaban y arrimársenos con miedosa confianza, atraidos por la golosina de los bizcochos que tomábamos con el café, servido por Gervasio, cuya fidelidad lo disculpa de los trastrueques cometidos en su labor escuderil.

Colocamos en la falda a la más pequeñita de aquellas criaturas, teniendo recostada a la otra contra nuestro

hombro y los compañeros dieron comienzo a alegre plática retemplada por los refuerzos de la cantina que los hizo olvidar bien pronto las angustias del trayecto.

El indio y su mujer, a quienes hablamos en su hermoso idioma, fueron cobrando confianza y nos preguntaron si sabíamos la historia del cura de *Yanaquihua*, que fabricó la quena de una canilla de una muerta, y nos refirió el origen del *Manchai puito*.

Siguiendo la ley de los contrastes, rememoramos al amigo de Garcilaso de la Vega, Francisco de Borja, Duque de Gandia, que al ver los despojos de la Emperatriz Isabel, elevó sus miradas al cielo, y no, como el cura de Yanaquihua, fué a esconder su dolor en el abismo de la blasfemia.

IV.

Pedimos al huésped que nos regalase con algún yaraví pastoril.

Tocólo haciendo estremecer las *fibras del alma*, y la meditación surgió al compás de aquellos ayes del que llora un imposible.

Raza cautiva y triste, la quena será el poema de sus despojos imperiales.

Sus notas, arrancadas por ese humilde pastor, nos salvaron en aquella noche de tormenta..... ....

....

En el viaje de la vida, también hemos cruzado por duras borroscas del alma enferma.

¿Alcanzaremos a escuchar las notas del Pastor Santo, que, en la noche de la tormenta del corazón, llama a redil, con dulce acento, a los que sufren, a los que lloran?.....

El oráculo del indio.

I.

Las creencias religiosas de los indios del Perú y Bolivia están mezcladas de supersticiones fantásticas a la vez que poéticas. Nacen unas de la imaginación ardiente de la mujer peruana, se cobijan otras en el corazón, siempre dispuesto a la nobleza de la acción.

Así, las plomizas nubes que, formando caprichosas figuras, cruzan el espacio, el ruido mujidor de viento que en ciertas horas de la noche agita las hojas del bosque; el canto misterioso del gallo a despropósito de la hora, el aullido del can que aterroriza en la lobreguez de la noche; todo es observado por el indio con cauteloso examen.

De ahí nace el fundamento de la variedad de sus creencias, que la tradición archiva en el corazón del indio de generación en generación.

Condori, el indio cuidador del ganado en la quinta de mi padre, era uno de esos tipos patriarcales que inclinan a la fé en los pronósticos futuros. En las tardes lo veíamos llegar cargado del haz de leña, arreando las ovejas, seguido de su inseparable *Atocc-hillapa*, que así se llamaba un perrillo sucio y enteco, novio tal vez de la célebre *perrilla* de Marroquín y dueño de todos los afectos de su amo.

Después de ordener el ganado en la cerca, dirijese a la cocina, donde se trataba de asuntos de encantamientos, *chapetones* y aparecidos, cuya novedad de relato interesaba [illegible] tros siete años para burlar la vigilancia de doña Pa[illegible] la ama, y correr junto al fogón.

[illegible]iempo, con sus pasos de gigante, fué acumulando los años.

No era yo la niña de ayer, pero Condori seguía siendo el oráculo respetado.

El año 78 fuí a pasar largas semanas en la quinta y todas las tardes me relataba el viejo ovejero el curso de sus observaciones, presiagiando, consternado, horribles cosas para la patria y para mi familia. Un día le ví llorar con la fé ciega del que ha visto el teatro del espanto.

—*Yanappuyo* (nube negra) ha aparecido en forma del

Inca envuelto en *llaccolla roja* y llorando sangre! ¡Ah! señoracha, por la mama de Dolores, que todo va a caer con sangre y duelo, *Atocc-hillapa* ha aullado como grande, y el cernícalo ha arrebatado la paloma blanca que, inocente, posaba sobre el campanario del pueblo,—dijo y calló, sollozante, tapándose la cara con la esquina del poncho, que enjugó gruesas lágrimas. Callé también, pero confieso que aquellas palabras me trocaron en taciturna y cabilosa. ¿Era sólo el influjo de la sangre peruana? ¿era la tristeza del presagio? ¡Misterios de Dios!..... .....

II.

Finalizaba el año 1884 y la blanca luna alumbraba nuestra vivienda en la ciudad de Arequipa.

Solas y huérfanas nuestros soliloquios tenían intervalos de suspiros.

La mente tendía la mirada en rededor abarcando el conjunto de cinco años y el nombre de Condori resonaba ante la exactitud con que se cumplieron sus presagios.

Campos desolados, casas enlutadas, rostros demacrados por el hambre, la ruina y la pobreza por doquiera: esa era la reseña de las calamidades que sembró la guerra del Pacífico.

¡Grau y Pérez marchando al templo de la inmortalidad; la sublime epopeya de la alianza defensiva; el desconsuelo apagando toda esperanza en *Huamachuco!*.

¡Todo! ¡ah! cruzó por el recuerdo con lecciones de fuego, Tendimos la vista en el propio derredor y..... oh! no, no, mejor es no trasladarlo al papel.

Las imágenes de Angélica y de María vinieron a contemplar el cuadro, como el marco desgarrador del corazón que se retuerce ante la imposibilidad de alargar la mano en nombre de la caridad.

Cien viudas, miles de huérfanos contemplaban vagando en los umbrales de su estancia, el fantasma aterrador del hambre no satisfecha en veinte días.

Angélica, como el botón de la rosa que codicia la mirada de las elegantes, era la pobre flor sacrificada desde su capullo a la adversidad de la suerte. Pobre niña, mustia y callada, iba consumiéndose con la atrofia del corazón.

María agonizaba, más que por su presente por el veni-

dero de Angélica. Solas ambas, sin refugio y sin asilo, el cielo era el punto donde dirijían la mirada cristalina con la lágrima del infortunio. Pero su fé no vacilaba al impulso de aquel recio vendabal.

Cruzaban el mundo bebiendo acíbar pero con la sonrisa de los mártires.

¡Ah! un día trocóse de súbito el escenario.

María perdonó a la Providencia la infamia de muchos por la caridad de un hombre y bendijo a Dios en la alegría con la misma constancia con la cual le alabó en la tristeza.

III.

La habitación de María, triste y modesta, no tenía, más felicidad que Angélica.

Una tarde, próximo a ponerse el sol, se detuvo a la puerta un elegante cabriolé del que bajó un hombre gordo y aristocráticamente vestido, que preguntó por la señora María y puso en sus manos un paquete con las ricas iniciales grabadas en oro. Contenía buena porción de *esterlinas*, para dote de Angélica, dichosa por la caridad de un desconocido.

¡La dote de Angélica! Se cumplirá el Oráculo del Indio dijo María guardando aquel valioso presente con alegría sin igual.

IV.

No fué, pues, sueño.

El indio Condori, tomando una vez a Angélica entre sus brazos:—*Huahuacha* le dijo—a tí te dotará *allpamama* con el fruto de su seno.

Y María, preocupándose de aquello y avivándolo cada vez más en medio de su desventura, se preguntaba a menudo: ¿Encontraremos una mina? ¿la suerte de Angélica estará encerrada en algún entierro del Inca, junto a algún cadáver sepúltado con sus tesoros?—y veía brillar la imagen de la esperanza.

La ofrenda aquella era la de un rico minero de Potosí, al que había oido nombrar desde joven pero que no conocía.

Fué en efecto la dote de Angélica que, desposada con Arturo, tiene al presente dos angelitos: Blanca y Corina, que en la tarde y en la madrugada empalman sus pequeñas manitas al cielo para pedir por el desconocido señor que ha dado cumplimiento al Oráculo del Indio.

¡Hogar bendito, al que con frecuencia llegamos en alas de la felicidad reflejada en la modesta familia, cuyo presente va escrito así: paz, trabajo y gratitud!

Y en medio de la mala ventura que no se cansa de seguirnos, alguna vez hemos estado tentadas a marchar en busca del Oráculo del Indio ovejero; mas el desconsuelo nos lleva a la duda: ¡Quién sabe si habrá muerto ya el bueno de Condori!

¡Tal vez no existe, para interrogarle por la paz del alma!

DATOS BIOGRAFICOS

DE

Francisca Zubiaga de Gamarra.

I.

Siendo uno de los fines del periodismo el de inmortalizar los nombres de las personas dignas de la celebridad, he querido consagrar mis primeros trabajos, aunque imperfectos, a la memoria de la señora Francisca Zubiaga de Gamarra, deseosa de que no se pierda en la oscuridad de los tiempos el nombre e historia de tan ilustre cuzqueña.

No era en verdad a mi pluma a la que competía ocuparse de esta mujer singular y digna de admiración, tanto más cuanto que la estrechez de las columnas de este semanario no me dan campo para hablar extensamente como fué mi propósito. El narrar la biografía de la señora

que me ocupa, es pues una tarea harto superior a mis fuerzas, por lo que, dejando este cometido a otra pluma más feliz, me honraré iniciando tan importante obra y daré solo ligeros apuntes históricos que puedan servir para la biografía de la señora Zubiaga, tantos años esperada y deseada por los hijos del Cuzco y desgraciadamente por ninguno emprendida.

Si los datos que he tomado no están cronológicamente minuciosos, es porque la influencia del tiempo que todo lo destruye los ha ido borrando, y en la actualidad quedan muy contadas personas que puedan referir algo de la esposa del Generalísimo de Mar y Tierra don Agustín Gamarra.

II.

Nuestra heroina debió el ser al honrado señor don Antonio Zubiaga natural de Güipuzcoa (Vizcaya) empleado en tiempo del Gobierno Real en un destino de finanza y a la señora doña Antonia Bernales de Zubiaga natural del Cuzco y perteneciente a una notable familia de esta monumental ciudad.

Se encontraba de viaje el señor Zubiaga en compañía de su esposa, quien fué sorprendida por los síntomas del parto en el punto llamado *Huacarcay o Anchibamba* del distrito de San Salvador de *Oropeza* y distante cinco leguas de la ciudad del Cuzco. Allí, pues, poco mas o menos por los años 1802 o 1803 dió a luz doña Antonia una hermosa niña que fué bautizada en Oropeza con el nombre de Francisca siendo su padrino el señor don Juan Pascual Laza paisano del señor Zubiaga y por quien conservó siempre doña Francisca la veneración y los cuidados filiales.

Los primeros años de doña Francisca pasaron en la ciudad del Cuzco; mas el destino que desempeñaba su padre obligó a la familia a trasladarse a la capital de Lima, Allí recibió una muy esmerada educación, la mejor que en aquellos tiempos podía alcanzar la mujer, y desde los primeros albores de su vida, manifestó una clara y expansiva inteligencia y un carácter excesivamente valeroso, sus juegos eran casi siempre los de un niño.

Su tez alabastrina, sus ojos pardos, rasgados, de mirada penetrante y altiva, su nariz un poco arremangada,

su boca muy pequeña, su cabellera abundante, sedosa, un tanto rubia que indicaba haber sido dorada en la niñez, su alta estatura y la excesiva gracia en sus modales y hablar; hacían de doña Francisca una mujer interesante y hermosa. Cariredonda, robusta y nervuda sin dejar de ser esbelta, poseía una voz un poco gruesa y modales varoniles. Montaba a caballo con elegancia y maestría, manejaba muy bien la pistola y era admirable en la natación. Una de las cosas que menos le agradaba era el trato de las de su sexo, gustándole siempre la sociedad de varones, pero cuando contraía amistad con alguna mujer, era muy cumplida amiga. Su acento como criada en Lima, era limeño bastante marcado, y una de sus diversiones favoritas la del juego de gallos, pues en el Cuzco asistía a la cancha o circo donde hacía grandes apuestas.

Habiendo enviudado el Coronel don Agustín Gamarra de su primera esposa doña Juana Manuela Alvarado, natural de Jujuí, conoció a doña Francisca Zubiaga y quedó prendado de su hermosa figura, y más que todo de su carácter varonil y esclarecida inteligencia, y contrajo matrimonio con ella en la ciudad de Lima, poco antes de la batalla de Ayacucho.

Después de esta famosa acción de armas que rompió para siempre las opresoras cadenas que nos sujetaron al trono de España, el General Gamarra fué el primer jefe patriota que ocupó la capital del Cuzco, la cual le hizo una recepción muy suntuosa. Nombrado en seguida Prefecto de este Departamento llamó a su esposa que residía en Lima, y doña Francisca emprendió el viaje por tierra. Noticioso Gamarra de la proximidad de su esposa, salió en su alcance hasta el Apurimac y en el pueblo de Zurite (provincia de Anta) se velaron don Agustín y doña Francisca que solo estaban desposados.

El Cuzco todo bendijo la unión de estos ilustres cuzqueños y todos los pueblos en competencia obsequiaron grandes fiestas para manifestar su júbilo por tal enlace.

La villa de *Urubamba* (hoy ciudad) convidó al señor Prefecto y esposa a pasar algunos días de solaz en aquella deliciosa provincia que bien puede llamársele el jardín del Cuzco, y entre otras fiestas, que el vecindario había preparado, se dieron unas corridas de toros en las que ostentaron grande lujo.

La falta de tropas de línea hizo que los nacionales de

Urubamba participasen del general entusiasmo, proponiéndose presentar un despejo en el que, según tradición, emplearon en lugar de flores escudos de oro y plata, alcanzando vivas y aplausos por la lucidez con que se desempeñaron.

Terminada la corrida hizo llamar la señora Zubiaga al Capitán que mandó el brillante despejo, pues encontró en él, un joven que debía destinarse en el ejército por su porte gallardo, inteligencia y aire de todo punto militar. El joven se llamaba Mariano La-Torre que, no obstante las resistencias de su anciano padre, fué destinado en clase de Teniente al Regimiento del Coronel Frías. Este ha sido mas tarde el famoso jefe de caballería valiente Coronel Mariano La-Torre, víctima de los vencedores de Yanacocha y fusilado por Cerdeña en el pueblo de San Sebastián a pesar de ser prisionero de guerra. (1).

Este paso prueba que la señora Zubiaga poseyó la perspicacia y penetración de conocer a los hombres de verdadero mérito, así como fué dotada de grande claridad para esplicarse en un estilo lacónico.

Anunciada en el Cuzco la visita del Libertador don Simón Bolívar se llenó de entusiasmo el vecindario y muy especialmente el bello sexo quien preparó una guirnalda de brillantes para obsequiar a tan valeroso soldado. Doña Francisca fué nombrada para presidir una comisión compuesta de las mas hermosas jóvenes del país encargada de saludar a Bolívar y presentarle el valioso obsequio de las hijas del Sol.

A la entrada del Cuzco levantaron arcos triunfales y un tabladillo donde debía recibir Bolívar las ovasiones casi fabulosas de un pueblo que sabía premiar las nobles hazañas y estimar el valor de los que tan dignamente pelearon por la santa causa de la libertad.

La señora Zubiaga saludó pues a Bolívar, con un patriótico discurso y le puso la guirnalda que había salido de gran tamaño en razón de no ser conocido personalmente don Simón. Este afortunado guerrero que arrancó del yugo español una gran parte de la América del Sur, aceptó el regalo con marcadas pruebas de estimación y después de agradecer a la patriota sociedad de la antigua

(1) Este Jefe fué padre del señor don Benigno La-Torre y del Coronel don José La-Torre.

metrópoli de los Incas, se sacó la guirnalda para obsequiarla a la mas hermosa cuzqueña, que sin disputa era doña Francisca.

Como madre, la señora Zubiaga fué *mujer*, pues siempre mostró cariño y desvelos por sus hijos aunque ninguno le vivió mucho tiempo. Esposa debió ser muy cumplida y amante puesto que asistió con asiduidad esmerada y acompañó a su esposo en varias correrías militares haciendo como cualquier otro soldado la vida de campaña, y compartiendo como el último todas las fatigas y penalidades de la vida militar.

Donde la señora Zubiaga dió a conocer por completo su carácter guerrero y las nobles y excepcionales dotes de su corazón femenino, fué en la campaña del Alto Perú (Bolivia) en 1828. Acompañó a su marido y recorrió toda aquella República con el ejército del Perú, separándose de él solamente para ir a la Argentina en busca de su hijastro Andrés, hijo del primer matrimonio de su esposo. Por este joven que hoy es el Coronel Gamarra, tuvo doña Francisca el cariño y la solicitud de una verdadera madre lo cual prueba una vez mas la nobleza y magnanimidad de su corazón.

A la cabeza de un batallón y con su escolta de veinticinco lanceros mandada por un Capitán Navarrete (alias el colorado) (1) tomó ella personalmente la plaza de Pária, y contribuyó en mucho con sus consejos y hábil política a la capitulación del ejército boliviano con el nuestro en Piquiza, donde su esposo fué proclamado Gran Mariscal por el ejército peruano.

De regreso pasó al Perú, a la capital de Lima, tomando en seguida el camino del Cuzco deseosa de visitar el querido país que la vió nacer, y esta fué la última vez que sus plantas tocaron el suelo patrio.

Estando en el Cuzco se sublevó contra ella un batallón de infantería, y noticiosa de lo ocurrido tomó un disfraz de varón, pidió un caballo ensillado y embozada en una capa militar penetró el cuartel revolucionario, dentro del que descubriendo su rostro dijo a los soldados: "cholos ustedes contra mí?" (2) a lo cual contestaron los re-

(1) No hay seguridad de que fuese Navarrete el Capitán, pero se cree generalmente.

(2) Estas palabras, así como las de adelante son rigurosamente verídicas.

voltosos con un entusiasta "viva nuestra patrona". El motín quedó terminado y salió la Zubiaga arrojando a los soldados unos cuantos puñados de plata.

Comprometido el Perú en 1833 en una cuestión con Bolivia, el gran Mariscal Gamarra se vió obligado a dejar la capital de la República y ponerse a la frontera de aquella nación. Entre tanto fué informada doña Francisca de que el General La-Fuente trataba de mostrarse hostil a Gamarra negando el refuerzo de tropas que necesitaba. La mujer vigilante por los intereses del marido, y la insigne patriota sacrificándose por el bien nacional, tomó el partido de amarrar a La-Fuente y quitarle toda la autoridad que investía; así lo hizo y dió parte a su esposo cuya aprobación y agradecimiento recibió.

Poco tiempo después (en 3 de Enero de 1834) estalló una revolución contra el General Bermudez a quien Gamarra había hecho elegir Presidente. Doña Francisca se puso a la cabeza de las pocas tropas leales que quedaron, y salió de Lima a caballo, empuñando una pistola y abriéndose paso por entre el pueblo amotinado y sublevado en favor de Orbegoso. Este había tomado ya los castillos del Callao, y reforzándose en ellos la Zubiaga conoció que sus tropas no eran suficientes para reeuperar a viva fuerza los castillos perdidos, y contramarchando tomó el camino de la sierra con dirección a Jauja llevando una división compuesta de dos batallones y un escuadrón de caballería, los primeros comandados por los Coroneles Zubiaga, hermano de doña Francisca, y Guillén, que años después fué muerto en una revolución estallada en Ayacucucho. Una de las compañías de infantería mandaba el Capitán don Manuel Ignacio Vivanco después General, y Navarrete la caballería de la escolta siendo el General don Antonio Elizalde quien acompañó a la señora en esta retirada que se emprendió a las doce de la noche.

Ocupada la señora Zubiaga en los preparativos de la defensa que debía hacer, recibió aviso de que Gamarra se encontraba de regreso de su expedición al Norte y contramarchó (previo arreglo sin duda) ocupando ambos nuevamente la capital que no opuso ya resistencia a Nino y Semíramis modernos, si nos permite la comparación, dirijiéndose mas después ambos a la ciudad del Cuzco.

En este mismo año (1834) se encontraba la señora Zubiaga en Arequipa, donde estalló un movimiento político

acaudillado por Lobatón a favor de Orbegoso; después de las acciones campales de la división de San Román del 2 y 5 de Abril en Miraflores y Cangallo, dando la derrota del General Nieto y cuando Gamarra partió hacia Tacna en persecución del caudillo vencido. El pueblo amotinado dispersó al batallón "Pultunchara" que servía de guarnición y atacó la casa del señor Ganio donde estaba alojada la señora Zubiaga quien no teniendo fuerzas a sus órdenes para repeler a sus enemigos, tuvo que apelar a la fuga. En tal ocasión dió un terrible salto de la azotea al segundo patio de la casa contigua, donde por favor de la Providencia encontró un sombrero y capa de clérigo, se los puso y salió a la calle contra los consejos y aun súplicas de los dueños. Tomó asilo en la casa fronteriza desde donde presenciaba con la mayor sangre fría el ataque que hacían a la suya y las investigaciones de la gente para encontrarla y darle muerte. Por la noche pasó a otra casa de amigas, y poco tiempo después, con disfraz de varón, fué hacia la costa para tomar un puerto: en efecto se embarcó en Islay con dirección a Valparaiso.

La narración ligera que hemos hecho por la misma naturaleza de este escrito, prueba muy de sobra el genio guerrero, la grande alma e inteligencia con que la naturaleza dotó a la señora Francisca Zubiaga de Gamarra.

Lo que más enaltece a esta mujer extraordinaria es el interés vivo que tomaba por el ejército, cuidando de proporcionarle la mejor alimentación posible, y los desvelos que se imponía en favor de los enfermos asistiéndolos con verdadera caridad evangélica, aun sobre los mismos campos de batalla donde siempre se le vió dar la primera el ejemplo de valor y desempeñar los oficios de las Hijas de San Vicente de Paul.

III.

El matrimonio de don Agustín Gamarra y doña Francisca Zubiaga que tan festejado había sido y algunos años feliz, llegó en 1834 a un completo rompimiento por causas que no es de nuestro deber publicar; pues, no nos creemos con suficiente derecho para penetrar en el sagrado recinto de la vida privada y porque al hablar de personas juzgadas ya por Dios, no debemos tocar la funeraria

losa que las cubre. Tales investigaciones quizá correspondan a su biógrafo.

Los fatales resultados del salto que dió la señora Zubiaga en Arequipa y del que hemos hablado ya, dieron fin a su preciosa existencia a la temprana edad de 33 o 34 años.

Quillota, ciudad distante doce leguas de Valparaiso, lugar pintoresco por su vegetación y apetecido por los convalecientes a causa de la benignidad de su clima, fué el lugar que señalaron los facultativos para restablecer la salud de la ilustre enferma; pero desgraciadamente no surtió el efecto anhelado y tuvo que regresar a Valparaiso.

El Gran Mariscal La-Fuente—dice el Coronel don Andrés Gamarra—le proporcionó un médico de una fragata de guerra que acababa de fondear en el puerto. Este examinó a la señora detenidamente y opinó que muy pronto terminaría su existencia. Así fué en efecto y murió en la madrugada del 5 de Mayo de 1835 la admirable cuzqueña cuyas últimas disposiciones son notables, como su vida.

IV.

Llamó a su médico y le dijo: "Doctor creo que mi mal no tiene ya remedio y que camino a prisa hacia la muerte. Usted, como todos los demás médicos, me engaña, creyendo sin duda afligirme con el aviso de mi próximo fin. Pero, tal suposición es mal entendida; he visto muchas veces la muerte muy de cerca en mi tránsito sobre este mundo, sé que he nacido mortal y que me toca como a toda criatura el turno de pagar este tributo a la naturaleza. Con que doctor, ¿cuántos días más puedo vivir? dígalo con franqueza".

El médico dió aun algunas escusas, pero obligádo, tuvo que decir la verdad asegurándole muy contados días de existencia.

La noticia no alarmó en manera alguna a doña Francisca, y antes bien al contrario, dió gracias al doctor. Llamó ese mismo día dos facultativos mas, y después de oir, serena, esta valiente mujer, la opinión unánime de ellos, les suplicó no dijesen nada a su servidumbre e hizo sus arreglos espirituales.

Se confesó y dijo a su confesor: "Hágame usted traer el viático sin lujo ni ostentación ninguna, porque ahora soy una pobre penitente y no la Presidenta del Perú"

Después de recibir el Santísimo con ejemplar devoción, manifestó ante su servidumbre la mejor tranquilidad y aun alegría a fin de evitar aquellos tristes momentos que preceden a la eterna separación, y la noche antes de su último día ordenó que nadie entrase en su dormitorio porque necesitaba descansar sola hasta el siguiente día por su tarde, sin que nadie le perturbase.

Los que la asistían cumplieron con inquietud esta caprichosa disposición, y mientras tanto sé ocupó la señora Zubiaga en cambiarse completamente la ropa, púsose un vestido del todo blanco, peinó su hermosa cabellera, perfumó su habitación y dejó sobre su mesa un lacónico testamento en el que declaraba que jamás en la elevación en que como pocas mujeres se viera, ni en los trabajos que como ninguna había pasado, renegó de la santa religión en que sus cristianos padres la habían criado, y entre otras cosas ordenaba, que su corazón fuese extraido y remitido al Perú donde su esposo, si aun vivía; que en caso de no existir, pues que la vida de un militar era mas precaria que la de otros, se entregase a su tío materno el doctor don Pedro P. Bernales, Deán de la Catedral del Cuzco. Que sus pocas alhajas estaban destinadas a los sirvientes que la asistían, etc.

Arreglado todo lo que ella creyó preciso, se reclinó graciosamente sobre un diván y durmió el sueño eterno la ilustre cuzqueña doña Francisca Zubiaga de Gamarra, legando a su país un recuerdo honroso y a la posteridad un ejemplo digno de encomio.

V.

Las últimas disposiciones de la señora Zubiaga, fueron cumplidas con exactitud religiosa. Su corazón de un tamaño sorprendente, fué conservado en alcohol, traido al Cuzco por el Mayor don Luis La-Puerta, hoy General, y exhibido en 1841 en el catafalco levantado en los funerales del Generalísimo de Mar y Tierra don Agustín Gamarra.

Después de la muerte del señor Deán doctor Bernales quedó el corazón de la señora Zubiaga depositado en el monasterio de Santa Teresa de esta ciudad, donde por desgracia no existe hoy tan valiosa prenda, pues no la supieron apreciar ni conservarla.

(De "El Recreo").

FIN DE LA OBRA.



INDICE DEL TOMO SEGUNDO

Tradiciones

	PAGINA
Un doble y un repique	1
Las tres hermanas	5
Caer á hora	9
Pobre importuno, saca mendrugo	11
Chico pleito	14
Azotaina mayúscula	17
De cabildo á cabildo	19
Buena laya de hombre	23
¿La del Arzobispo?	26
El Risco de Yaya-Huarcuscca	29
Plagas humanas	32
Ccata-hueqque	36
Llamada de sepulcro	38
Moscas y moscardones	42
De llama y fuego	45

Hojas sueltas

La romería a Cayma	48
Nocturno	51
La quena	53
En la paz de Dios	56
Malccoy	58
Entre dos luces	62
Armonías	64
Entre las sombras	67
¡Getsemaní!	72
¡Aleluia, aleluia!	74
	76

PAGINA

Entre las tumbas..... 78
Para ellas..... 81
Las artistas..... 83
Remembranzas..... 86
San Cristóbal..... 88
Amor de redondel..... 90
En lontananza..... 96
En la tormenta..... 99
El oráculo del Indio..... 102
Datos biográficos de Francisca Zubiaga de Gamarra 105